

La Torre de Plata



La Torre de Plata

Título de la obra: La Torre de Plata

© 2026, El Amo del Calabozo / La Madriguera del Tejón

Esta obra está bajo una licencia internacional **Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0)**.

Se autoriza su descarga, lectura y compartición libre y gratuita por cualquier medio, siempre que se reconozca la autoría, no se haga un uso comercial de la misma y no se altere, transforme ni mutile su contenido. Términos completos de la licencia: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Edición, maquetación y diseño de interiores: Sergio Tejón

Sello editorial: La Madriguera del Tejón

Sitio web: lamadrigueradeltejon.com

Contacto: habrá un día en que podamos ponernos en contacto, pero hoy no es ese día

Primera edición digital: Agosto de 2026

I. El humo de Aldovera	7
II. El camino del norte	11
III. Fauces en el Varga	13
IV. Lo que no compensa	17
V. La hoguera del claro	19
VI. El interrogatorio junto al río	23
VII. Lo que se decide por un viejo	27
VIII. El regreso inesperado	30
IX. La trastienda	33
X. Cabos sueltos	39
XI. La centinela	42
XII. Los que se rinden	47
XIII. El salón de las armaduras	50
XIV. Hielo en el Varga	55
XV. La espera	58
XVI. El margen	64
XVII. Lo que venía en la barca	68
XVIII. Esperemos a la luna	75
XIX. Sé que estáis ahí	81
XX. Lo que soltaron	88
XXI. Huid, idiotas	94
XXII. El camino al molino	99
XXIII. La primera palabra	105
XXIV. Lo que había en la barca	111
XXV. Cuento hasta veinte	116
XXVI. La segunda noche	122
XXVII. La tercera noche	131
Epílogo	137

Para los cuatro que se metieron en aquel río sin preguntar la profundidad:

A Sergio, por perdonarme lo del primer cocodrilo.

Y lo del segundo.

A Jose, que no sabía rastrear, que lo sabía,

y que nos guió igualmente.

A Antonio, que se dejó hasta el último conjuro

curando a gente que no lo merecía.

A Álvaro, a quien dije muy claramente que no saltara.

Las dos veces.

Aquella noche todo terminó mucho mejor que esto. Lo siento.

Al escribirlo resultó que la historia quería otra cosa.

Vuestro amo del calabozo

I. El humo de Aldovera

Llevaban cinco días internados en la espesura del Bosque de Corvegal cuando el viento cambió de dirección y les trajo, por fin, un aroma que no era el de la tierra húmeda ni el de las hojas podridas: olor a leña quemada, a pan recién sacado del horno, a vida humana. Elandra fue la primera en detenerse, alzando el rostro como quien reconoce una vieja canción, y dejó escapar un suspiro que llevaba días conteniendo. Detrás de ella, Halvar aflojó los hombros bajo el peso de su petate; Durgan murmuró algo parecido a una plegaria de gratitud a su dios; Milo, siempre el más ligero de pies y de ánimo, ya canturreaba entre dientes, imaginando una cama de verdad y una jarra de algo que no fuera agua de arroyo.

El alivio duró exactamente lo que tardaron los tejados de paja de Aldovera en recortarse entre los últimos troncos del bosque.

Algo iba mal. Se notaba en el modo en que las puertas se cerraban de golpe, en las siluetas que cruzaban corriendo entre las casas, en los gritos ahogados que llegaban entrecortados por la distancia. No era el bullicio tranquilo de una aldea que recibe viajeros; era el desorden de un lugar al que acababa de golpearle una desgracia.

Un grupo de vecinos los vio llegar —cuatro forasteros armados, con el barro del camino aún pegado a las botas— y se lanzó hacia ellos casi corriendo y el pánico se dibujaba en cada rostro.

—¡Por favor, ayudadnos! —suplicó uno, agarrando la manga de Durgan con dedos temblorosos—. ¡Se han llevado al Viejo Varek! ¡Esos malditos bandidos se lo han llevado!

En un instante se vieron rodeados. Voces que se atropellaban unas a otras, alguien sollozando, un niño que se aferraba a la falda de su madre sin entender nada. Elandra, incómoda con tanto contacto y tanto ruido, levantó las manos y alzó la voz por encima del tumulto.

—Calma —dijo, con ese tono seco que empleaba cuando algo la sacaba de sus casillas—. Por favor, calma. ¿De qué habláis?

Un hombre corpulento, con un delantal de herrero manchado de hollín y las manos aún callosas del yunque, pareció recomponerse el primero. Levantó las palmas pidiendo silencio a su propia gente.

—Tenéis razón, tenéis razón... perdonad, es que estamos todos muy nerviosos —respiró hondo, tragó saliva—. Unos bandidos han entrado en la aldea al amanecer. Se han llevado al Viejo Varek a rastras y han desaparecido hacia el norte, hacia el río. No hemos podido hacer nada. No somos guerreros.

Varios vecinos asintieron entre lágrimas. Una mujer mayor, agarrada del brazo de otro aldeano, lloraba en silencio, con la mirada perdida hacia el norte, como si aún pudiera ver algo entre los árboles.

Elandra miró de reojo a sus compañeros, buscando en sus caras la misma pregunta que le rondaba a ella: ¿de verdad iban a meterse en el lío en que aquella gente, desesperada, quería arrastrarlos?

Halvar, sin embargo, fue el primero en hablar, y no precisamente para ofrecerse.

—¿Bandidos, decís? —Entornó los ojos, cruzándose de brazos—. ¿Qué querrán unos bandidos de un viejo de una aldea de mala muerte? —Nadie respondió, y él continuó, más para sí mismo que para los demás—. Y por qué no le han robado a los demás el oro que ahora nos vais a ofrecer a nosotros... Esto me parece de lo más extraño. Seguramente sabéis más de lo que contáis.

Se giró hacia el fondo de la plaza, donde, apartados del gentío, distinguió a través de unas grandes ventanas a dos jóvenes tras el mostrador de una taberna de madera oscura con un cartel desvaído que rezaba “La Ceba Mocha”. Eran un muchacho y una muchacha, pálidos, con los ojos hinchados de tanto llorar, demasiado desbordados por la tragedia como para gestionar la avalancha de vecinos que ahora invadía su plaza.

—¿Por qué se lo han llevado? —les preguntó Halvar, acercándose—. ¿Alguna sospecha?

Los dos jóvenes se miraron, desconcertados. La pregunta parecía dolerles tanto como la propia ausencia del viejo.

—No... no lo sabemos —respondió el chico, con la voz quebrada. Era Jorik, se presentó después, entre disculpas—. El abuelo no tiene enemigos. Todo el mundo en Aldovera le quiere. Es el hombre más bueno que conocemos.

—Igual pensaron que teníamos oro guardado, o... no sé —añadió la muchacha, Miren, más para sí misma que para nadie—. No tiene ningún sentido. ¡Por favor, traedlo de vuelta!

Durgan, plantado junto a Halvar con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba en silencio, atento a cada palabra, a cada gesto. No había nada en el desconcierto de esas dos personas que oliera a mentira: su miedo era tan genuino como su ignorancia.

Fue entonces cuando Milo, que hasta ese momento se había mantenido un paso por detrás, calculando en silencio, decidió que era el momento de sacar partido a la desgracia ajena. Se adelantó con una sonrisa que rezumaba encanto natural, apoyó una mano sobre el mostrador de la taberna y desplegó todo su repertorio de labia halfling.

—Amigos, amigos —dijo, paseando la mirada por el corro de vecinos como quien se dirige a un público entregado—, entiendo vuestro dolor, de veras. Pero dejadme deciros algo que he aprendido recorriendo caminos: un trabajo muy bien pagado se hace con muchas más ganas que uno hecho por lástima. Y vuestro Varek, por lo que contáis, merece que quien vaya a buscarlo lo haga con el corazón puesto en ello, no arrastrando los pies.

El herrero cruzó una mirada incómoda con los demás aldeanos. Hubo murmullos, algún gesto de resignación, pero al final el hombre suspiró y rebuscó bajo su delantal hasta dar con una bolsita de cuero escondida.

—Tenéis razón... esto es lo que hay ahora mismo —dijo, repartiendo unas monedas de plata entre los cuatro, cinco piezas por barba—. Pero os prometo que cuando volváis con Varek sano y salvo, completaremos la paga como sea. Y por supuesto, comida y cama gratis en la taberna todo el tiempo que queráis.

El gesto arrancó murmullos de aprobación entre los vecinos, mezclados con alguna mueca resignada: estaba claro que aquello era más de lo que la aldea podía permitirse.

—Un par de mozos vieron el rastro que dejaban camino al río Varga, hará cosa de una hora —añadió el herrero, señalando hacia el norte—. Si os dais prisa, aún podréis seguirles la pista.

Elandra, viendo hacia dónde soplaba el viento —y lo poco que les iban a dejar descansar—, dejó salir un resoplido resignado antes de preguntar, sin demasiado entusiasmo:

—¿Tenéis algunas viandas para el camino? ¿Y alguna bestia que nos haga más llevadero el viaje? No sé, caballos.

Halvar, que en cuanto oyó la palabra «río» ya calculaba distancias y ventajas, se giró hacia el herrero con urgencia.

—¿Tenéis caballos? Si los bandidos han huido a pie y con un hombre maniatado, los alcanzaremos enseguida si vamos montados. ¡Traedlos rápido!

Pero el aldeano corpulento que se encargaba del huerto negro con la cabeza mientras se sacudía las manos aún manchadas de barro.

—¿Caballos? Ojalá, buen hombre... En Aldovera no hay más bestias que las mulas de labranza, y esas las necesitamos para el campo, que la cosecha no espera a nadie. Además, el sendero que sigue el rastro se mete entre la maleza y las raíces del bosque de Corvegal; ni una mula terca pasaría por ahí sin romperse una pata.

Halvar resopló, frustrado, y comprobó que su espada siguiera bien sujeta al cinto. Tocaría ir a pie.

Miren, como queriendo compensar la mala noticia, desapareció un momento en la cocina de la taberna y volvió con varios hatillos de tela atados con cordel: pan duro, queso curado, tiras de carne seca.

—Esto es lo que tenemos... no es mucho, pero no os moverá el hambre por el camino —dijo, entregándoles los sacos.

Con el adelanto en la faltriquera de Milo y las provisiones repartidas entre los cuatro, los aldeanos se apartaron poco a poco, dejando claro con la mirada que esperaban verlos partir cuanto antes.

II. El camino del norte

—¡Vamos, Elandra! —dijo Halvar, cargándose el petate al hombro con una confianza que no sentía del todo—. Démosle una lección a esos bandidos. Después te prometo que disfrutaremos de la hospitalidad de esta buena gente todo el tiempo que quieras.

Elandra respondió con un resoplido que podría haber cortado el acero, y echó a andar con la cabeza gacha, unos pasos por detrás del grupo, rumiando en silencio lo poco que le apetecía aquel encargo, aunque no dijera nada en contra. Milo trotaba ligero junto a los demás con una sonrisita calculadora, ya pensando en cómo estirar cada moneda de aquella «misión de caridad» a su favor.

Los aldeanos los despidieron con murmullos de gratitud y alguna plegaria susurrada mientras se alejaban de las últimas casas de Aldovera. El camino torció hacia el norte, remontando la ribera del río Varga, y no tardaron en dar con el rastro: pisadas profundas en el barro, ramas quebradas, restos de una hoguera apagada que delataban el paso reciente de un grupo numeroso.

La pista era clara al principio, corriendo paralela al cauce entre juncos y raíces retorcidas. Pero según avanzaban, el terreno se volvía más pedregoso y las huellas empezaban a difuminarse entre las piedras y la maleza.

Fue entonces cuando Milo, ajustándose la capa con un gesto teatral, carraspeó y se dispuso a demostrar sus dotes.

—Dejadme a mí —anunció, hinchando el pecho—. He seguido rastros desde ciervos heridos hasta el mismísimo Rey de los Ladrones de Sumbria. Esto no es nada.

Se arrodilló junto a unas huellas medio borradas en el barro, entornó los ojos, siguió con el dedo una línea de hierba aplastada... y señaló con seguridad hacia el este, donde el terreno se acercaba a la orilla del Varga.

—Por aquí. Sin duda.

Elandra arqueó una ceja, escéptica, pero no dijo nada; total, ella misma reconocía que no distinguiría una huella de bandido de la de

una vaca extraviada, así que se limitó a seguir el paso del halfling con los brazos cruzados.

Halvar, mientras tanto, iba rezagado, arrastrando los pies.

—¿De verdad vamos a perder la tarde detrás de un vejestorio que ni conocemos? —masculló—. Con lo que nos han pagado ya podríamos estar camino de otra aldea, dando de comer a otra panda de desgraciados... aunque, no os voy a mentir, la idea de moler a palos a unos cuantos matones y volver como héroes tiene su punto. Y esa chiquilla del pueblo no paraba de mirarme...

Ninguno de sus compañeros pareció muy dispuesto a darle la razón, pero tampoco a cortarle. El bosque, al menos, parecía tranquilo.

Hasta que dejó de estarlo.

La confianza de Milo se topó de bruces con la realidad: las pisadas que creía tan claras se disolvían junto al agua, donde el barro daba paso a piedras y raíces empapadas. Los bandidos, más listos de lo que el grupo hubiera querido admitir, habían caminado pegados a la corriente para despistar a cualquiera que los siguiera. Y ellos, sin darse cuenta, acababan de hacer lo mismo, demasiado cerca del cauce turbio del Varga.

La queja de Halvar quedó cortada de golpe cuando algo se agitó entre los juncos, a su derecha, y el agua parda se abrió en una salpicadura violenta. Dos formas alargadas y escamosas emergieron de la orilla, directas hacia el grupo, con las fauces ya abiertas.

III. Fauces en el Varga

Todo ocurrió demasiado deprisa. Apenas habían puesto un pie en el barro cuando el agua explotó: unas mandíbulas del tamaño de un remo se cerraron sobre Elandra antes de que nadie pudiera siquiera gritar. Los dientes se hundieron con fuerza brutal y la elfa se desplomó, inconsciente, arrastrada a medias hacia el agua entre las fauces del cocodrilo, mientras la corriente empezaba a teñirse de un rojo tenue.

—¡Elandra! —gritó Durgan, pero ya era Milo quien reaccionaba primero, con reflejos de ladrón consumado: se escurrió detrás de la corpulencia de Halvar y del propio enano, se pegó al barro y quedó inmóvil entre las sombras de la vegetación, estoque listo, esperando el instante perfecto.

Halvar, con el pulso acelerado por el pánico —o quizá por pura cabezonería—, dio media vuelta y echó a correr tierra adentro, alejándose del agua a toda velocidad.

—¡Maldito Milo, siempre metiéndonos en esta clase de líos! —bramó mientras corría, dejando atrás a Elandra, inerte entre las fauces del reptil.

Durgan, al ver caer a la maga, rugió y descargó contra el cocodrilo el hacha corta que llevaba al cinto, con toda la fuerza de su brazo enano. El hacha para abrir y la maza para rematar, como le habían enseñado de crío. Pero el pie se le hundió en el fango en el peor momento posible, y el filo terminó clavado en el barro, muy lejos de su objetivo. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, un segundo cocodrilo surgió a su lado y lanzó un mordisco hacia su costado; el metal de su armadura lo desvió por muy poco.

Elandra colgaba inconsciente de las fauces del primer cocodrilo, arrastrada centímetro a centímetro hacia aguas más profundas. El peligro era real: ahogarse, o un segundo mordisco que ya no dejaría lugar a dudas.

Fue entonces cuando algo cambió en Halvar. El grito de rabia que llevaba en la garganta se convirtió, a media zancada, en un giro sobre los talones.

—¡Maldita sea! —bramó, volviendo sobre sus pasos.

Tensó la cuerda de su arco, apuntó al único punto blando en aquella coraza de escamas —el ojo del cocodrilo que apretaba a Elandra entre sus fauces— y soltó la flecha. El proyectil rebotó con un chasquido seco contra el hueso de la ceja de la bestia, desviado en el último instante por una sacudida del animal. Maldiciendo, Halvar arrojó el arco a la hierba y desenvainó el acero, listo para cerrar la distancia.

Durgan no perdió ni un segundo: alzó su símbolo sagrado y masculló una plegaria urgente. Una calidez dorada recorrió el cuerpo de Elandra, y sus párpados se abrieron de golpe con un jadeo ahogado. Seguía atrapada, y las fauces del reptil permanecían cerradas en torno a su cintura como un cepo de hierro, pero al menos respiraba, consciente del peligro que la rodeaba, dedicó una mirada de agradecimiento hacia Durgan que fue apenas un parpadeo antes de que el terror volviera a apoderarse de ella.

El cocodrilo, indiferente a gritos y flechas, seguía sujetándola, esperando el momento de arrastrarla a aguas más hondas.

Milo no esperó más. Salió de su escondite con una precisión letal: el estoque se hundió limpiamente en la cuenca del ojo de la bestia. El animal, hasta entonces una máquina de mordiscos imperturbable, se convulsionó con un chillido gutural y agónico que nadie hubiera esperado de una criatura semejante. Sus fauces se abrieron de golpe por el espasmo de dolor, liberando a Elandra, que cayó al barro de la orilla, magullada pero libre, arrastrándose instintivamente lejos del agua.

El cocodrilo, gravemente herido, siguió coleando, dando latigazos desesperados sin ver por ese lado. No estaba muerto, pero el golpe lo había dejado tambaleante.

Mientras tanto, el segundo reptil seguía trabado en un forcejeo con Durgan, que aún no había logrado asestarle un golpe limpio. La orilla se había convertido en un caos de barro removido, sangre y juncos aplastados.

—¡Cubríos! —gritó Milo, ya replegándose tras la espalda de Halvar.

Durgan no se anduvo con chiquitas. Alzó su maza y la descargó con un gruñido sobre el cráneo del cocodrilo que sangraba por la cuenca del ojo. El golpe fue brutal. La bestia, ya castigada, se retorció con un chasquido de mandíbulas al aire y, en vez de seguir peleando por una presa que ya no podía atrapar, decidió que no merecía la pena morir allí: dio un latigazo con la cola y se sumergió de nuevo en las aguas turbias del Varga, desapareciendo bajo la superficie.

Un cocodrilo fuera de la pelea. Quedaba el segundo.

Halvar se plantó como un muro entre Elandra y el peligro, la espada en alto, esperando su ocasión. En cuanto el reptil abrió las fauces para atacar, Halvar reaccionó con una estocada rápida hacia su garganta... pero el animal giró el cuello en el último instante y la hoja solo arañó el aire. Aun así, la propia embestida del cocodrilo se quedó corta, y sus dientes chocaron contra el peto de Halvar sin encontrar carne. Ambos se quedaron mirándose, frustrados, listos para el siguiente choque.

Milo, sin embargo, no pensaba dejarle todo el mérito. Aprovechando el hueco que había dejado el mordisco fallido de la bestia, se deslizó con una pirueta imposible desde detrás de Halvar hasta el costado del cocodrilo, colándose entre sus patas traseras con una gracia que contrastaba brutalmente con la violencia del momento. El estoque encontró un resquicio entre las escamas justo cuando Halvar, gritando algo sobre pollo y venganza —«¡esta noche comemos cocodrilo, compañeros! Dicen que sabe a pollo!»—, se impulsó en un salto y descargó su espada sobre el cráneo del reptil.

Un instante después, tres chispazos de luz violácea trazaron un arco desde la posición de Elandra, que ya se retiraba hacia una zona más alejada del agua, y estallaron contra el lomo de la bestia.

El cocodrilo apenas tuvo tiempo de reaccionar. El acero de Milo se hundió en su costado, la espada de Halvar le abrió una brecha en la cabeza, y los proyectiles mágicos de Elandra remataron el trabajo. La criatura se desplomó con un último coletazo que salpicó de barro y agua turbia a todo el grupo, y quedó inmóvil entre los juncos.

Milo, fiel a su costumbre, ya había vuelto a ponerse a resguardo tras la espalda de Halvar, limpiando el estoque con gesto teatral. Del otro cocodrilo, el que había huido malherido río abajo, no quedaba más rastro que un reguero de sangre perdiéndose en la corriente.

El silencio volvió a la orilla, roto solo por el zumbido de los insectos y el murmullo eterno del Varga.

IV. Lo que no compensa

Durgan no perdió tiempo. Apoyó la maza contra una piedra, murmuró una breve plegaria y posó la mano, cálida y firme, sobre el hombro tembloroso de Elandra. Un resplandor tenue recorrió las heridas de la elfa mientras el frío del susto y del agua turbia se disipaba un poco; no era una cura milagrosa —apenas cerraba los cortes más superficiales—, pero bastaba para que pudiera respirar sin esa punzada en el costado.

—Con esto aguantarás —gruñó el enano, ya volviéndose hacia el resto para comprobar que nadie más sangraba donde no debía.

—Cura a la maga, así no nos sirve —dijo Milo, sin mala intención, mientras terminaba de limpiar el filo de su estoque con un trapo sacado de su bolsa. Sacudió las últimas gotas de sangre de cocodrilo y le lanzó una mirada elocuente a Durgan antes de encaminarse ya hacia el norte, dando por hecho que la comitiva le seguiría.

Halvar miró alrededor esperando que alguien —cualquiera— se animara a sacar provecho del cadáver del reptil para la cena; al no encontrar voluntarios y viendo que el tiempo apremiaba, se limitó a sacudirse el barro de la ropa y tendió una mano a Elandra para ayudarla a ponerse en pie.

La elfa, con las mejillas aún pálidas por el sobresalto, murmuró un «gracias» apenas audible entre dientes, evitando mirar a los ojos a sus compañeros. Se retiró un momento tras unos matorrales para cambiarse la túnica empapada por una seca de su morral —no tenía ninguna gana de caer enferma además de todo lo demás—, y al volver, con el semblante algo más entero pero el ánimo por los suelos, sentenció en voz baja:

—Como me temía... esto no compensa ni de lejos.

Nadie le llevó la contraria.

El cuerpo del segundo cocodrilo yacía inmóvil en el barro; del primero, gravemente herido, no quedaba más que unas ondas perdiéndose río abajo. Con el peligro inmediato superado y el grupo algo más recompuesto, Elandra se echó encima el hechizo que le

cubría la piel de un brillo casi imperceptible, una segunda piel invisible contra el próximo mordisco que el bosque quisiera darle, y mantuvo los sentidos bien alerta: aquel río guardaba demasiados peligros para su gusto, y no tenía intención alguna de volver a acabar en la boca de uno de ellos.

—Sigamos —dijo Milo, ya adoptando, sin que nadie se lo hubiera pedido, los aires de líder indiscutible del grupo—. El rastro está más adelante, río arriba. Cuanto antes lleguemos, antes volvemos a Aldovera con el viejo y con la recompensa completa.

Halvar asintió, apremiando al grupo a avanzar más deprisa, esta vez con los ojos bien abiertos sobre cada sombra entre los juncos y cada remolino sospechoso en la corriente.

—No volverá a pillarme desprevenido —masculló, más para sí mismo que para los demás.

Y así, con el sol filtrándose oblicuo entre las copas de Corvegal y el rumor del Varga como único testigo, la pequeña comitiva reanudó la marcha río arriba, siguiendo unas huellas que, esta vez sí, volvían a dibujarse claras sobre el barro de la orilla, camino de lo que fuera que aguardaba al Viejo Varek y a sus captores más allá del recodo del río.

V. La hoguera del claro

El resplandor los avisó antes que el ruido. Fue Milo quien lo vio primero —una mancha anaranjada palpitando entre los troncos, allí donde el bosque se abría en un claro a cincuenta pasos de la orilla— y quien levantó una mano abierta para detener al grupo sin decir palabra. Se agacharon todos a la vez, como si el gesto fuera contagioso, y, por un instante, el silencio se adueñó de la orilla, roto únicamente por el murmullo eterno del Varga lamiendo los guijarros y el aire que escapaba, tenso, de sus pulmones.

—Ahí están —susurró el halfling, con los ojos entornados y una sonrisa que no tenía nada de alegre—. Y no parecen tener ninguna prisa.

No la tenían. Desde detrás de un tocón podrido, pudieron contar cinco figuras repartidas alrededor de una hoguera generosa, excesiva para un grupo en desbandada: uno destripando un conejo, dos jugando a algo con piedras sobre una manta extendida, otro dormitando con la espalda apoyada en un fardo. Y de pie, más apartado, un hombre enorme con un peto de cuero remachado y los brazos como jamones, que iba de un lado a otro sin hacer nada concreto y sin dejar de mirar el bosque, como quien cobra por preocuparse mientras los demás descansan. Atado de espaldas a un roble, en el borde mismo del círculo de luz, con la cabeza caída sobre el pecho y las muñecas moradas por la cuerda, estaba el Viejo Varek.

—Está vivo —murmuró Durgan, y en su cadencia de piedra rodada asomó un matiz que no era consuelo, sino pura aritmética—. Respira. Le veo el pecho.

—Pues vamos a por él —dijo Halvar, y su mano ya empezaba a buscar la empuñadura.

—Ni se te ocurra. —Milo le apretó la muñeca con una fuerza sorprendente para su tamaño—. Cuatro. Y además el grande. Vosotros hacéis ruido hasta cuando pensáis. Dejádmelo a mí: me acerco, corto la cuerda, y para cuando esos se den cuenta de que les falta un abuelo ya estaremos los cinco a media legua río abajo.

—Miró a Elandra—. Tú cúbreme desde aquí. Si esto se tuerce, prefiero que se tuerza contigo vigilando.

Elandra asintió sin ganas. No le gustaba el plan, y lo que era peor, tampoco se le ocurría uno mejor.

El halfling se deslizó entre los helechos con esa facilidad suya que siempre parecía un poco insultante, doblado sobre sí mismo, pisando donde no había hojas secas, aprovechando cada sombra que el fuego proyectaba hacia el bosque. A veinte pasos del claro se quedó quieto detrás de un arbusto de acebo, y fue entonces cuando comenzó a oír lo que decían.

—¿Por qué será tan importante este viejo saco de huesos? —decía uno de los jugadores, tirando una piedra sobre la manta sin mirar dónde caía.

—Y yo qué sé. —El otro se encogió de hombros—. Kessa paga una buena suma por entregárselo vivo. Lo que pretenda hacer con él me trae sin cuidado.

—¿Crees que nos permitirá entrar en su banda si cumplimos el encargo?

—¿Acaso me has visto cara de adivino, mangurrián? —El segundo bandido escupió al fuego, que respondió con un siseo—. Deja ya las preguntas y vete a buscar más leña, que esto se apaga y a mí no me apetece dormir con frío.

Milo sonrió en la oscuridad. Kessa. Un nombre. Ya se llevaban algo, pasara lo que pasara. Empezó a rodear el claro hacia el roble, contando los pasos, calculando el ángulo muerto entre el tronco y la hoguera, y no contó con que el bandido de la leña caminaría precisamente hacia allí. El hombre se agachó a recoger una rama caída a un palmo escaso de donde Milo estaba tumbado, se irguió con ella en la mano, y en ese momento la mirada se le fue hacia abajo por pura casualidad, hacia un bulto entre las hojas que no era una piedra ni una raíz. Le dio el margen justo para separar los labios, pero el destino no le concedió nada más; el acero de Milo le cruzó la garganta con una precisión quirúrgica, apagando el clamor antes de que pudiera nacer de sus pulmones. Pero la rama cayó, y la rama sí hizo ruido.

—¡Alerta! —bramó el grandullón, y el claro entero se puso en pie de golpe.

—¡Pues a la carga! —rugió Halvar, y la primera flecha salió de su arco antes incluso de que terminara de incorporarse, cruzó el claro y se clavó temblando en el fardo contra el que dormitaba el bandido más perezoso, a un dedo de su oreja. La segunda no falló. Arrojó el arco al suelo sin contemplaciones y, al desenvainar el acero, emergió de su escondite con un arrebato de furia que llevaba cuarenta y ocho horas aguardando el menor pretexto.

Lo que siguió fue rápido, sucio y sin ninguna clase de elegancia. Durgan embistió de frente con el escudo por delante, y el primer bandido que quiso interponerse salió despedido hacia la hoguera entre chispas y aullidos. Halvar se fue directo a por la mole, porque a Halvar siempre le tiraba el más grande, y los dos primeros intercambios de acero le enseñaron que la corpulencia de aquel hombre no era grasa: el garrote le alcanzó el hombro con un golpe seco que le hizo ver puntos blancos. Y Elandra, que no se molestó en apuntar con delicadeza, alzó la mano izquierda, pronunció aquellas sílabas con su cadencia de piedra rodada y una lengua de fuego brotó de sus dedos abiertos en abanico, barriendo el lado izquierdo del claro. Dos bandidos se convirtieron en dos antorchas que gritaban. Uno se tiró al río; el otro rodó por la hierba, apagándose a manotazos, con la manga izquierda deshecha y el brazo en carne viva, y ahí se quedó, sollozando, incapaz de ponerse en pie. El olor —lana quemada, pelo quemado, carne quemada— se les metió a todos en la garganta a la vez.

—¡Por los dioses, Elandra! —bramó Halvar, escupiendo aire entre un tajo y el siguiente—. ¡Que nosotros también necesitamos aire para no palmar!

El grandullón cayó poco después, desplomándose contra la piedra con el filo del enano hundiéndosele donde termina el hombro, y una mirada que era puro asombro final, como si hasta el último momento no hubiera contemplado la posibilidad. El quinto bandido, viendo el panorama, hizo lo único sensato que se había hecho en aquel claro en toda la tarde: soltó la cimitarra y echó a correr hacia

la espesura sin mirar atrás. No llegó a los árboles. El guerrero recuperó el arco de la hierba con una calma gélida, acomodó la cuerda y, al soltar, el proyectil cruzó el claro para hundirse entre los hombros del fugitivo, que se desplomó sin un grito sobre el manto de helechos.

—Aquel infeliz habría dado la voz de alerta mucho antes de que pudiéramos atajarlo —sentenció, lanzando la frase al aire sin buscar réplica, mientras acomodaba de nuevo el arco sobre su hombro con un gesto gélido—. Y no tengo ninguna intención de que nadie nos arruine cualquier sorpresa que tengamos preparada.

Nadie discutió, aunque Durgan apartó la vista y masculló algo en enano que no sonaba a bendición. Y así, entre el crepitar de la hoguera y los quejidos del hombre quemado, se hizo el silencio.

Durgan llegó hasta el roble en cuatro zancadas y cortó las cuerdas con el filo del hacha, sujetando al anciano por debajo de los brazos para que no se desplomara de bruces. Varek tosió, parpadeó, tardó un momento largo en enfocar la mirada. Tenía el labio partido y una costra de sangre seca bajo la nariz, y olía a miedo.

—¿Sois... —empezó, con la voz de un fuelle roto—. ¿Sois de Aldovera?

—Somos de donde nos paguen, abuelo —dijo Milo, apareciendo por detrás mientras limpiaba el estoque en la manta de los dados—. Y hoy nos paga Aldovera. Suerte la tuya.

Halvar ya iba de fardo en fardo, dando patadas a lo que no se abría a la primera. Elandra, en cambio, no miraba ni a los muertos ni al botín: miraba al hombre quemado que se arrastraba entre las hierbas y calculaba cuánto aguantaría una conversación larga.

—Ese —dijo al fin, señalando la manga chamuscada—. Ese ha oído cosas. Se le nota en la cara. —Y sin esperar respuesta, fue a buscarlo.

VI. El interrogatorio junto al río

Elandra empujó al bandido rendido hasta el mismo árbol donde momentos antes estaba colgado, agotado y demacrado, el Viejo Varek. La ironía no le pasó desapercibida a nadie: ahora era el prisionero quien sentía la corteza áspera contra la espalda y las cuerdas mordiéndole las muñecas, mientras la elfa las anudaba con una firmeza que no dejaba lugar a esperanzas de fuga.

—Vas a hablar —le dijo, sin alzar la voz. Sin ninguna necesidad de alzarla—. Si te das prisa, dejaremos de sopesar tu destino con la mirada de quien decide cómo deshacerse de un estorbo.

El hombre, con el persistente aroma a lana quemada impregnado en las vestiduras y una herida en carne viva asomando bajo el tejido chamuscado, tragó saliva y no opuso resistencia alguna. Durgan se plantó a un lado con los brazos cruzados y el mazo aún ensangrentado colgando del cinto. Aquel movimiento bastó para que el propósito de callar se hiciera añicos antes incluso de cobrar forma.

—No sé gran cosa, os lo juro —balbuceó el bandido—. Solo... solo sé que hay una recompensa. Kessa Ravel puso precio a la cabeza del viejo. No preguntamos por qué, solo... solo queríamos ganarnos su favor. Completar un encargo de este calibre, ponérselo en bandeja... eso son galones ante ella, ¿me seguís? Y con Kessa Ravel más vale que la balanza de favores pese siempre a nuestro favor.

—¿Quién es esa Kessa? —preguntó Durgan, formuló la pregunta con la templanza serena propia de quien, acostumbrado a interrogar a hombres acobardados, comprende que un tono sosegado resulta más eficaz para extraer la verdad que cualquier alharaca o grito.

—La que manda. La que manda de verdad, por aquí, en el Varga. Comanda la banda de mercenarios más numerosa que ha recorrido este rincón del bosque en mucho tiempo. —El bandido bajó la mirada, como si el simple hecho de nombrarla en voz alta fuera a invocarla entre los árboles—. Su campamento está al norte, río arriba. Unas pocas horas a pie... hay una vieja torre de aduanas, de

cuando esto todavía era frontera de algo. Abandonada desde hace siglos, pero ella la ha hecho suya. Muros de piedra, un embarcadero... no es un sitio fácil de asaltar, os lo digo yo.

A muy poca distancia, Milo se volvió hacia el anciano, luciendo esa expresión triunfante de quien ya está midiendo las pausas y los énfasis de la crónica que, sin duda, despachará en la siguiente taberna que se cruce en su camino. El anciano, liberado por completo del tronco, se frotaba las muñecas doloridas y no dejaba de mirar al grupo con una mezcla de gratitud y algo más difícil de nombrar: un asombro que no terminaba de encajar del todo con el alivio.

—Sois... —empezó Varek, quebrándosele la voz—. Por todos los dioses, sois de verdad. Pensé que iba a acabar mis días atado a un árbol escuchando a esa panda de patanes reírse de mis huesos viejos.

—Eso es porque somos héroes —le cortó Milo, hinchando el pecho todo lo que su estatura le permitía—, de los de verdad, de los que se cuentan en las tabernas junto al fuego. Cuando llegues a Aldovera sano y salvo de nuestra mano, no olvides mencionarlo a todo el que quiera escucharte. Comprenderás que esto no lo hacemos por mera caridad... al fin y al cabo, el heroísmo no llena el estómago. Para que podamos continuar rescatando a quienes lo necesitan, es imprescindible que la gente contribuya con las recompensas... oportunas.

Varek soltó una risa cascada, casi un ladrido, que le sacudió los hombros flacos.

—Ay, muchacho —soltó el anciano, con una risa que le asomaba por los ojos—, me apuesto lo que quieras a que no has variado un ápice desde que te trajeron al mundo. —Pero enseguida su expresión se ensombreció, y bajó la voz, como si aún temiera que alguien más pudiera oírle entre los árboles—. Escuchad. Mientras me llevaban atado y a rastras hasta aquí, esos hombres hablaban entre ellos, creyendo que un viejo medio sordo no entendía nada. Decían que Kessa había puesto precio a mi cabeza. A la mía, ¿entendéis? Un tabernero de pueblo. ¿Qué interés puede tener la

bandida más temida del Varga en un viejo que sirve cerveza aguada y cuenta historias que ya nadie cree? Algo no me cuadra, muchachos. Hay algo en todo esto que resulta completamente desconcertante.

Aquel silencio, denso y cargado de presagios, se adueñó del claro con una pesadez que superaba incluso al rastro del humo que aún emanaba de las brasas. Elandra, sin soltar la cuerda del bandido atado, intercambió una mirada larga con Durgan; sin pronunciar palabra, intercambiaron una mirada prolongada; callaron ambos, guardando la incertidumbre como quien sepulta una brasa viva entre las cenizas para evitar que se extinga.

Halvar, mientras tanto, no había perdido el tiempo. Con la espada aún desenvainada por mera precaución, había recorrido el perímetro del claro sin encontrar ninguna otra sombra escondida entre los árboles, y ahora iba de cuerpo en cuerpo, de fardo en fardo, con la sagacidad pragmática de quien bien sabe que en un terreno hostil jamás se abandona nada de provecho. Recuperó tres de sus flechas, algo torcidas pero aprovechables, un puñado de monedas de cobre y plata que repartió mentalmente entre el grupo, y una bota de vino que olfateó con desconfianza antes de decidir que no valía la pena el riesgo.

—Aquí no hay mucho más —anunció, dando una última patada a un fardo vacío—. Un campamento de paso, nada permanente. Tal y como dice nuestro amigo el achicharrado: esa torre es donde estará el grueso de la banda.

Varek asintió lentamente, aún tembloroso, agotado, acabó desplomándose sobre un tronco inclinado ante las brasas agónicas, vencido por el peso de una noche que parecía haberle robado hasta la última gota de fuerzas.

—Una torre de aduanas —murmuró, casi para sí—. Sé cuál es. Hace años, cuando yo era joven y todavía tenía las rodillas para largas caminatas, se decía que ese lugar guardaba secretos peores que los bandidos que ahora lo ocupan.

Nadie se atrevió a pedir una aclaración, no mientras la noche todavía pesaba sobre ellos. Sin embargo, aquellas palabras se

quedaron suspendidas en la brisa, enredadas entre el rastro de la hoguera y el rumor eterno del Varga, como un presagio amargo que ninguno de los cuatro se sentía con fuerzas de digerir todavía.

VII. Lo que se decide por un viejo

La discusión empezó, como empiezan casi todas las discusiones importantes, por algo que parecía un detalle sin importancia: hacia dónde echar a andar.

—Al sur —dijo Elandra, echándose el morral al hombro—. Aldovera está al sur. El hombre está entero, nosotros más o menos, y el trato era traerlo de vuelta. Se acabó.

—No.

Lo dijo Varek, sentado en el tronco junto a la hoguera moribunda, sin levantar la voz, con la misma tranquilidad con que un tabernero anuncia que ya no queda cerveza. Los cuatro se giraron a la vez.

—¿Perdona? —dijo Milo.

—He dicho que no. —El anciano se puso en pie con un esfuerzo considerable y una dignidad que nadie le había visto todavía—. Río arriba. Al norte. A esa torre.

Halvar soltó una carcajada corta, seca, incrédula, de las que se le escapaban cuando alguien decía algo que él consideraba directamente imposible.

—Abuelo, con todo el respeto: te acabamos de sacar de un árbol. Tienes el labio partido y no te tienes en pie sin apoyarte en algo. La torre esa está llena de gente como estos —señaló el claro, los cuerpos, la manta de los dados—, pero muchos más, y con una jefa que paga por tu cabeza. ¿Y quieres ir tú?

—Quiero saber por qué. —Varek dio un paso hacia él. Los incisivos, que le sobresalían tanto cuando reía, ahora solo le daban al gesto algo terco y viejo—. ¿Lo entendéis? Llevo sesenta y un años sirviendo cerveza en el mismo sitio. Sé el nombre de todos los que han nacido en Aldovera desde que tengo memoria y el de casi todos los que han muerto. Y ahora resulta que una bandida a la que no he visto en mi vida paga por mí *con vida*, muchachos, con vida, que no es lo mismo que pagar por matarme. Alguien quiere algo de mí. Y yo pienso enterarme de qué.

—Ya —dijo Elandra, con una neutralidad glacial—. Y nosotros pensamos cobrar.

—Os pagaré el doble. —No hubo ni un temblor en la voz cuando lo dijo—. El doble de lo que os hayan dado esos infelices de mi aldea, y lo pondré de mi bolsillo, que para eso es mío. Acompañadme hasta esa torre. Es todo lo que pido.

Hubo un silencio en el que se oyó perfectamente cómo Milo hacía cuentas.

—El doble —repitió el halfling, muy despacio, saboreando la palabra.

—Milo. —Durgan no había abierto la boca hasta entonces. Ahora lo hizo, y su voz de piedra rodada bastó para cortar la aritmética por la mitad—. Mírale las muñecas.

Todos miraron. La cuerda le había abierto la piel en los dos brazos, y por debajo de las heridas nuevas asomaban otras marcas, más pálidas, más viejas, cicatrices finas y paralelas que rodeaban ambas muñecas como dos brazaletes descoloridos y que no las había hecho ningún bandido esa semana. Varek se bajó las mangas con un gesto rápido, casi violento, y por primera vez desde que lo habían desatado apartó la mirada.

—El bosque está lleno de zarzas —dijo.

Nadie le creyó, y él supo que nadie le creía, y aun así ninguno de los cuatro dijo nada. Fue Elandra quien rompió el silencio, y lo hizo con la voz más suave que le habían oído en cinco días de camino.

—Anciano. Ese sitio está a varias horas río arriba y hay multitud de hombres dentro. Si vas, no vuelves. Y si no vuelves, tus nietos se quedan sin abuelo simplemente por una cuestión que te asalta y quieres zanjar.

—Ya veo, tendré que ir solo. —Varek echó a andar hacia el norte, hacia el recodo del río, con paso corto y decidido—. Y cuando lo cuenten en Aldovera, que cuenten también que cuatro héroes armados hasta los dientes prefirieron dar media vuelta antes que acompañar a un viejo desarmado. Seguro que queda muy bien en la canción.

Dio siete pasos, y Halvar lo alcanzó en tres. Lo que pasó a continuación pasó sin que mediara una palabra más, y ninguno de los cuatro llegaría a ponerse de acuerdo nunca sobre quién lo había

decidido: el guerrero le puso una mano en el hombro para detenerlo, el anciano se revolió con una fuerza sorprendente para su edad, y Halvar, con la cara de un hombre que hace algo que sabe que va a tener que recordar, giró la muñeca y le golpeó en la nuca con el pomo de la espada. Varek se dobló como un saco de grano. Halvar lo cogió antes de que tocara el suelo, y durante un momento larguísimo no se oyó más que el Varga.

—Por los dioses, Halvar —dijo Durgan al fin, muy bajo.

—¿Qué querías? ¿Que se fuera? —Halvar no lo miraba. Estaba acomodando el cuerpo inerte sobre su propio hombro con un cuidado que contradecía todo lo anterior—. Se nos muere en cuanto asome su nariz por allí cerca. Y de esta forma conseguimos que se despierte en su cama con dolor de cabeza y nos maldiga una semana. —Se ajustó el peso del viejo, y añadió, algo más suave, a lo dicho—: Prefiero que me maldiga.

Elandra miró el cuerpo del anciano colgando del hombro del guerrero, y luego miró hacia el norte, hacia el recodo, hacia donde estaba la respuesta a una pregunta que a ella también le había empezado a picar. Y no dijo lo que estaba pensando, que precisamente era que Varek parecía tener toda la razón y que ir era justo lo que había que hacer, solo que sin el viejo.

—Al sur, entonces —dijo—. Y que nadie en la aldea pregunte de dónde ha salido ese chichón.

Milo ya caminaba delante. Durgan recogió el hacha, echó un último vistazo al bandido quemado, que seguía atado al roble mirándolos con los ojos muy abiertos, y decidió, sin consultarlo, que aquel hombre podía pasar una noche más al raso.

—Mañana volvemos a por ti —le dijo—. Si sigues ahí.

VIII. El regreso inesperado

Las primeras casas de Aldovera se abrieron ante ellos como una boca cansada de esperar noticias. El muchacho pecoso que montaba guardia al principio del camino —una vigilancia improvisada que nadie le había encargado desde el secuestro y que nadie le discutía tampoco— dejó caer la horca que sostenía y echó a correr hacia el interior de la aldea gritando algo que sonaba a la vez a alivio y a alarma. No hicieron falta más presentaciones: la sola visión de Halvar cruzando el portón con el Viejo Varek desmadejado al hombro bastó para que las puertas de las casas se abrieran una tras otra, y en cuestión de instantes un puñado de vecinos —panaderos con las manos aún blancas de harina, niños descalzos, una mujer con un bebé en brazos— se agolpara a ambos lados del camino, murmurando entre sí, señalando al anciano inconsciente con una mezcla de miedo y esperanza.

—¡Se pondrá bien! —proclamó Halvar, alzando la voz por encima del rumor de la multitud y componiendo su mejor sonrisa de héroe de romance barato—. Solo necesita descanso, buena gente. Un golpe en el camino, nada que una noche de sueño no arregle.

Nadie preguntó de dónde había salido ese golpe. Halvar, sin detener el paso, se abrió camino directo hacia La Cepa Mocha, cuya fachada de madera oscura reconoció incluso desde lejos por el rótulo desvaído que colgaba sobre la puerta. Milo trotaba a su lado, abriendo camino entre la gente con gestos ampulosos —«¡paso, paso, dejad pasar al héroe y a su carga!»— visiblemente disfrutando del papel de anunciador. Cruzaron el umbral de la taberna, vacía a esas horas salvo por un par de parroquianos que se levantaron de golpe al verlos entrar, y Halvar subió la escalera hasta el cuarto que uno de los parroquianos le señaló con la jarra, sin llegar a decir nada, como si nombrarlo en voz alta fuera a gafarlo. Lo depositó sobre el jergón con más cuidado del que había empleado para golpearlo, acomodándole la cabeza sobre la almohada como quien arropa a un abuelo borracho tras una fiesta.

—Duerme, viejo terco —murmuró, casi con afecto, antes de dar un paso atrás y contemplar su obra con las manos en las caderas—. Cuando despiertes, más te vale tener mejores respuestas.

Mientras la conmoción se extendía por la planta baja de la taberna —Milo ya explicando a los curiosos una versión considerablemente embellecida del rescate, en la que él mismo aparecía enfrentándose a «una docena de bandidos armados hasta los dientes»—, Elandra se había quedado rezagada junto a la puerta, observando la escena con los brazos cruzados y aquella expresión suya que nunca terminaba de ser cordial ni hostil, solo calculadora. No le interesaban los vítores ni las palmadas en la espalda. Le interesaba la mujer que, en ese preciso instante, bajaba corriendo las escaleras del piso de arriba con el rostro desencajado.

Miren.

La reconoció nada más verla: la nieta de Varek, la que llevaba la taberna cuando el viejo se ausentaba, la que probablemente sabía más de lo que decía. Se abalanzó hacia el jergón, se arrodilló junto a su abuelo, le tomó el pulso en la muñeca con dedos temblorosos y, al comprobar que respiraba con normalidad, soltó un suspiro que fue a la vez de alivio y de reproche silencioso hacia los cuatro extraños que lo habían traído inconsciente a cuestras.

Elandra aprovechó el instante en que Miren seguía inclinada sobre el anciano, antes de que la mujer se incorporase y quedara rodeada de vecinos curiosos, para acercarse y hablarle en voz baja, casi confidencial.

—Miren. —No fue una pregunta, sino una forma de reclamar su atención—. ¿Podemos hablar? A solas. Es sobre tu abuelo... y sobre lo que no nos ha querido contar.

Algo cruzó el rostro de Miren al oír aquello —una sombra fugaz, muy parecida a la que Elandra había visto asomar en los ojos del propio Varek junto a la hoguera— antes de que la mujer recompusiera el gesto y asintiera despacio, limpiándose las manos en el mandil como si con ello pudiera limpiar también la inquietud que le atravesaba la cara.

—Abajo, en la trastienda —dijo, señalando con la cabeza hacia la puerta que había al fondo de la sala común, tras el mostrador—. Y no vos sola: los cuatro. Lo que tenga que decir mi abuelo que lo diga una vez y delante de todos, que ya me he cansado de enterarme de las cosas de esta casa la última.

Y sin esperar respuesta, echó a andar escaleras abajo, dejando que Elandra la siguiera entre el humo de las velas recién encendidas y el creciente clamor de un pueblo entero celebrando el regreso de su anciano líder, sin saber aún que ese mismo regreso escondía preguntas que ni el propio rescatado estaba dispuesto a responder.

IX. La trastienda

El anciano tardó menos en despertar de lo que Halvar había calculado, y despertó de mal humor, con un chichón en la nuca del tamaño de un huevo de codorniz y una opinión muy clara sobre el método empleado para hacerle cambiar de idea. Costó media hora y dos jarras de agua bajarlo por la escalera. Trasladarlo después de la sala común a la trastienda de La Ceba Mocha fue, en sí mismo, una segunda pequeña odisea. Durgan lo llevaba casi en volandas, con un brazo firme bajo el suyo, mientras Miren apartaba jarras y sillas del camino con gesto brusco, más preocupada por el trayecto de su abuelo que por la reunión que se cocía a su alrededor. Jorik cerró la puerta tras ellos con un chasquido seco que dejó fuera el rumor de la taberna, el eco todavía cálido del discurso de Milo y las voces nerviosas de los notables aguardando su momento.

Dentro, entre barriles apilados y el olor a mosto viejo, sentaron a Varek en un tonel volteado que hacía las veces de silla. El anciano respiraba con más soltura ahora, aunque el temblor de sus manos no había remitido del todo. Bebió un largo trago de agua que Jorik le tendió y, por primera vez desde que lo rescataran, alzó la vista hacia el grupo con algo parecido a la lucidez.

—Bien —dijo, con la voz todavía rasposa—. Supongo que me debéis explicaciones... o yo a vosotros. No sé cuál de las dos cosas duele más.

Elandra fue la primera en hablar, situándose frente a él con esa calma calculadora que la caracterizaba, dejando que Milo permaneciera un paso atrás, observando, guardando silencio por una vez.

—Anciano —dijo—, antes de que salgamos ahí fuera y les digamos a esos buenos vecinos exactamente qué clase de peligro han estado alimentando en su pueblo sin saberlo, necesitamos saber la verdad. Toda. Porque anoche, en el claro, estabas dispuesto a marchar tú solo hacia esa torre con tal de averiguar quién pagaba por ti vivo. Y antes de perder el conocimiento dijisteis

algo: que esa torre esconde secretos peores que los bandidos que la ocupan. No fueron palabras de un hombre en pleno delirio.

El rostro de Varek se ensombreció. Miró a Miren, que se había quedado junto a la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, y algo pasó entre ambos —una pregunta muda, una negativa igual de silenciosa— que Elandra no dejó de captar.

—Miren —dijo el anciano al fin, con una suavidad que sonaba casi a disculpa—, ¿serías tan amable de vigilar que nadie entre? Esto... es mejor que lo hablemos entre nosotros.

La mujer titubeó, y por un instante pareció que iba a protestar, a exigir quedarse, a reclamar el derecho de saber lo que fuera que su abuelo llevara ocultando. Pero terminó asintiendo, con los labios apretados en una línea fina, y salió cerrando la puerta tras de sí con más cuidado del necesario, como si temiera que un golpe pudiera hacer añicos algo frágil que aún no comprendía.

Varek esperó a que sus pasos se alejaran antes de hablar de nuevo. Cuando lo hizo, su voz había perdido el temblor de la debilidad y había ganado, en cambio, el peso de quien lleva demasiado tiempo cargando algo a solas.

—Esa mujer, Kessa Ravel... o comoquiera que se llame la que manda en ellos —comenzó Varek, dejando claro que aquel nombre solo lo conocía de oídas por las conversaciones de sus captores—. No me secuestró por rencor de salteadores, ni por pedir cuatro monedas de rescate, ni por ninguna de esas historias que sin duda ya os habéis inventado para estos pobres vecinos. —Miró a Milo al decir esto, con un asomo de ironía cansada que sugería que había oído más del discurso de lo que el halfling hubiera querido—. Quería entregarme vivo río abajo. Y en el claro os dije la verdad: no la he visto en mi vida ni sé quién le ha llenado la bolsa para dar conmigo. Pero cuando un fantasma te echa la garra al cuello después de media vida, necesitas plantarte frente a él para averiguar cuál de tus viejos pecados ha venido a cobrarte la cuenta. Por eso quería llegar a esa torre a toda costa.

—¿Qué clase de pecados, anciano? —preguntó Elandra, sin apartar los ojos de él—. ¿Quién te busca?

Varek cerró los ojos un instante, como reuniendo fuerzas para algo que llevaba mucho tiempo posponiendo.

—Hace muchos años... antes de Aldovera, antes de la taberna, antes incluso de que Miren o su madre nacieran... yo no era tabernero. —Hizo una pausa, y sus dedos, todavía temblorosos, se cerraron sobre el borde del tonel—. Fui otra cosa. Alguien a quien mucha gente hubiera preferido ver muerto, y a quien, por lo visto, alguien todavía recuerda con el odio suficiente como para pagar una fortuna por atraparme vivo. No sé quién mueve los hilos río arriba, pero ningún viejo conocido mío paga por un hombre desarmado si no es para cobrarse algo terrible. Quería llegar allí antes de que el fuego bajara a este pueblo y me alcanzara detrás del mostrador.

Elandra no dijo nada, pero guardó tres cosas en algún rincón de su cabeza. La primera, que el anciano seguía sin responder del todo a la pregunta. La segunda, que aquel discurso —«fui otra cosa», «alguien a quien mucha gente hubiera preferido ver muerto»— tenía la cadencia demasiado redonda de algo ensayado, quizá durante dos días atado a un árbol, o quizá durante treinta años detrás de un mostrador. Y la tercera, que era la que de verdad la inquietaba: un hombre que quiere esconder un secreto pequeño no se inventa uno grande. Se inventa uno aburrido. Varek acababa de ofrecerles un pasado de criminal buscado, con torres llenas de enemigos antiguos, y lo había hecho con la generosidad de quien paga con moneda falsa porque la buena no puede sacarla del bolsillo.

El silencio que siguió se llenó del crujido de los barriles y del rumor amortiguado de la taberna al otro lado de la puerta. Milo fue el primero en romperlo, con una media sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Eso —dijo lentamente— es mucho más interesante que un tabernero querido por el pueblo. Y también mucho más peligroso, me temo.

—Lo es —concedió Varek, bajando los hombros en un gesto de rendición—. Por eso insistí en ir con vosotros hacia el norte. Pero ya me habéis arrastrado de vuelta y se acabó el factor sorpresa. Ahora solo os pido que, digáis lo que digáis ahí fuera, a esta gente,

protejáis lo poco que tienen. No merecen pagar por mis viejas cuentas pendientes. Si esa bandida —o quienquiera que pague su sueldo— vuelve a por mí, que sea lejos de aquí.

Elandra intercambió una mirada breve con Milo, una de esas miradas que no necesitaban palabras: aquello cambiaba el valor de todo lo que habían estado a punto de vender ahí fuera como una simple amenaza de bandidos.

—Una última cosa —añadió Elandra, bajando la voz—. Si subimos a esa torre a resolver esto antes de que vengan... ¿qué nos vamos a encontrar allí arriba, exactamente?

Varek negó despacio con la cabeza, encogiéndose de hombros con una mezcla de amarga ignorancia y resignación.

—No tengo ni la menor idea de qué o a quién tienen metido entre esos muros —dijo el anciano, con la mirada clavada en la madera carcomida del suelo—. Pero tened por seguro que, si viene de mi pasado, no va a ser nada bueno.

Salieron de la trastienda poco después, y ninguno de los cuatro se molestó en fingir que aquella conversación había terminado bien.

* * *

Fue Durgan, esa misma noche, quien hizo lo que todos estaban pensando y ninguno había propuesto en voz alta. Esperó a que la taberna se vaciara, a que Miren subiera a acostarse y a que la respiración del anciano se volviera profunda y regular al otro lado de la puerta, y entonces entró en el cuarto de Varek con una vela y la conciencia razonablemente incómoda.

No tardó mucho. Los hombres que llevan media vida escondiendo algo terminan escondiéndolo siempre en el mismo sitio: debajo. Bajo el jergón, bajo tres tablas mal clavadas que cedieron a la primera con la punta del hacha, había un hueco del tamaño de una caja de pan, y dentro del hueco había dos cosas.

La primera era un cuaderno grueso, forrado en piel de becerro reseca, con las esquinas comidas y el lomo reventado por el uso. Durgan lo abrió por la mitad. No era un diario de los que cuentan

cosas: era un registro. Columnas de fechas, en una letra pequeña y apretada que se había ido volviendo temblorosa con los años, y junto a cada fecha un dibujito a tinta de la luna en distintas fases, y junto a cada dibujito una única palabra. Casi siempre la misma. *Bien*. De vez en cuando, muy de vez en cuando, otra. Y las primeras páginas, las más antiguas, ni siquiera eran de la misma mano: las había escrito alguien con letra de niño.

La segunda cosa era un grillete.

Un solo grillete de plata maciza, pulido y sin decoración ninguna, con la bisagra gastada de abrirse y cerrarse miles de veces, del tamaño justo para una muñeca de hombre. Le faltaba el par. Durgan lo levantó a la luz de la vela, lo sopesó, y comprendió con un frío repentino en la nuca que aquello no era una prisión: era demasiado pequeño, demasiado cuidado, demasiado usado. Aquello era una herramienta. Alguien se lo ponía a sí mismo.

Bajó las escaleras con el cuaderno y el grillete envueltos en un trapo, se los puso a Elandra sobre la mesa sin decir palabra y se sentó enfrente a esperar a que ella terminara de mirarlos.

—¿Cuántas fechas? —preguntó la elfa al cabo de un rato largo.

—No las he contado.

—Cuéntalas.

Durgan las contó. Demasiadas, repartidas en treinta y un años, y estaban separadas entre sí por intervalos que ninguno de los dos necesitó medir dos veces para reconocer.

* * *

Lo que se le contó a la aldea lo soltó Milo a media mañana, subido al brocal del pozo y con media plaza alrededor.

Fue una patraña redonda: una partida de salteadores nutrida, un rescate pagado en plata foránea y un malentendido de los que se zanzan con hierro. El viejo Varek era un vecino cabal a quien unos forajidos habían confundido con otro; ya descansaba en su camastro y no quedaba nada que temer. Los cuatro forasteros, eso sí, remontarían el río para asegurarse de que a la chusma no le diera

por volver. Nadie hizo preguntas difíciles. El herrero les estrechó la mano por segunda vez en dos jornadas, una vecina les metió una hogaza en el fardo y Elandra, que un día antes rabiaba por cantarles la verdad entera, se encontró con el pleito cerrado sin haber abierto la boca.

De Varek no se despidieron.

Ganaron la calleja antes de clarear, por la trasera de la taberna. No fue una fuga, sino algo más ruin: una marcha que a ninguno le pareció necesario discutir. Miren los vio perderse desde el arranque de la escalera, con un cabo de vela en la diestra y una fijeza en los ojos que nada tenía que ver con el sueño. Y arriba, en el cuarto oscuro del fondo, un viejo de más de setenta inviernos que sumaba tres noches en vela los escuchó cruzar el umbral sin asomar la cabeza ni llamarlos.

Eso fue lo que se le atragantó a Elandra durante dos horas de marcha, y no el embuste del pozo: que aquel anciano, que en el claro se había incorporado con una brecha en la nuca empeñado en andar solo hacia una torre tomada, hubiera soltado la porfía de golpe. Que prefiriera que fueran sin él.

Luego asomó lo otro, lo que Milo soltó a la media hora de senda porque a él las cuentas se le escapan solas: que la faena estaba zanjada. Habían devuelto al tabernero, descansaba bajo techado y la bolsa estaba cobrada. Nadie les pedía cuentas río arriba, nadie aguardaba su acero y nadie les afearía dar media vuelta para trasegar un tazón caliente.

—El doble —soltó Halvar—. Lo prometió en el claro: el doble de la soldada de la aldea, salido de su cinto.

—Ya —dijo Milo.

—Pues eso tenemos.

Eso tenían, en efecto. Les bastó de parapeto para quemar leguas por la trocha, y ninguno de los cuatro se lo creyó ni medio latido.

X. Cabos sueltos

El bandido seguía atado al mismo árbol donde lo habían dejado, y una sola noche a la intemperie había bastado para deshacer cualquier resto de fanfarronería en él. Tenía los labios agrietados y los ojos inyectados en sangre, y el brazo izquierdo, que la noche anterior era una quemadura fea asomando bajo la manga rasgada, se le había puesto durante la noche de un color que Durgan reconoció desde diez pasos y que le hizo apretar la mandíbula sin decir nada. Estaba temblando, y no de frío. Cuando oyó pisadas entre la maleza empezó a farfullar promesas —de silencio, de huida, de no volver a acercarse a Aldovera en su vida— que nadie se detuvo a escuchar hasta el final, y las farfulló de prisa y mal, encadenando las palabras, con la lengua torpe de un hombre al que le ha subido la fiebre.

—Sigue siendo un cabo suelto —dijo Milo, sin el menor rastro del encanto teatral que había desplegado ante media aldea la noche anterior. Su voz sonaba plana, práctica, la de alguien haciendo cuentas—. Si lo dejamos aquí, se suelta o lo encuentra alguien y avisa a Kessa de que seguimos vivos y sueltos por el bosque. Si lo llevamos con nosotros, es un problema con patas que alimentar y vigilar mientras intentamos colarnos como bandidos nuevos. —Se pasó la lengua por los dientes—. Y aun así éste es el barato. El caro es el otro.

Nadie le preguntó cuál, porque los cuatro se acordaban perfectamente: el que se había tirado al río ardiendo, en el claro, y al que nadie había vuelto a ver. Halvar había bajado un rato la orilla aquella misma tarde buscando un cuerpo entre los juncos y había vuelto sin nada, y no encontrar un cuerpo es la peor de las dos noticias posibles.

—A lo mejor se ahogó —dijo Durgan.

—A lo mejor.

Halvar ya había desenvainado.

—Yo no necesito que nadie me convenza de esto —dijo, y no había en su tono ni rencor ni prisa: solo la frialdad de quien ha decidido que ciertas cosas no merecen discusión.

Elandra apartó la mirada un instante —no por lástima hacia el bandido, que había estado dispuesto a arrastrar a un anciano indefenso río arriba para venderlo, sino porque algo en la facilidad con que la conversación se movía hacia aquello le resultaba incómodo, un peaje silencioso que el camino les estaba cobrando desde que salieron de Corvegal. No dijo nada. Durgan tampoco. El golpe fue rápido, y el claro quedó en silencio salvo por el rumor lejano del Varga, indiferente, corriendo hacia la torre como llevaba corriendo mil años antes de que ninguno de ellos naciera.

Deshicieron las cuerdas, ocultaron lo que quedaba entre la maleza espesa lejos del sendero, y sin ceremonia ni palabras de más, reanudaron la marcha.

—Bien —dijo Milo, recomponiendo ya el gesto, la voz, el papel que iba a necesitar dentro de poco—. Un cabo menos. Ahora el de verdad: cómo entramos.

Caminaron el resto del trayecto planificando en susurros, con el bosque cerrándose otra vez a su alrededor como si nunca los hubiera dejado ir del todo. La torre de aduanas, cuando por fin se recortó entre los árboles, era exactamente tan siniestra como el bandido la había descrito: piedra vieja y ennegrecida, medio devorada por la hiedra, con el estandarte remendado de Kessa ondeando perezoso sobre las almenas y dos siluetas apostadas junto al portón, lanzas apoyadas en el hombro con la desidia de quien lleva demasiadas horas de guardia sin que pase nada.

Milo se detuvo antes de que estuvieran a tiro de vista clara, y se volvió hacia sus compañeros con esa mirada afilada, calculadora, que reservaba para los momentos en que el numerito de verdad importaba.

—A partir de aquí —dijo, bajando la voz— nadie es un héroe de Aldovera. Somos gente que ha oído que Kessa Ravel paga bien y recluta sin hacer muchas preguntas. Dejad que hable yo primero. Y

por lo que más queráis —añadió, mirando de reojo a Halvar—, que nadie mencione al viejo tabernero.

Halvar envainó el acero, aunque no del todo el gesto de fastidio que llevaba prendido desde la taberna.

—Hagámoslo —dijo simplemente—. Cuanto antes entremos, antes acabamos con esto.

Elandra respiró hondo, sintiendo el peso del diario y el grillete de plata que Durgan aún cargaba envueltos en el fondo del petate, un secreto ajeno que llevaban encima como quien lleva una brasa. Fuera lo que fuese lo que Kessa Ravel quería realmente del Viejo Varek, la respuesta —estaba segura— no iba a encontrarla en Aldovera, sino detrás de aquellos muros de piedra vieja.

—Vamos —dijo—. Fluyamos, como dice Milo. Y que los dioses nos asistan si algo sale mal.

Los cuatro se ajustaron capuchas y gestos, borraron de sus caras cualquier resto del pueblo que dejaban atrás, y echaron a andar hacia el portón de la torre, hacia los dos guardias somnolientos, hacia lo que fuera que Kessa Ravel guardaba entre esas paredes junto con sus propios secretos.

XI. La centinela

Había una mujer apoyada contra la pared de la torre, junto a la puerta, y estaba profundamente aburrida. Eso fue lo primero que registró Milo, y lo registró con alivio, porque el aburrimiento es la mejor noticia que puede dar un centinela. Era humana, joven, de pelo negro y rizado recogido de cualquier manera, con un cuchillo largo al cinto que llevaba como quien no se acuerda de que lo lleva. Tenía un pie apoyado en la piedra a su espalda y estaba pelando una manzana con una parsimonia ociosa, sacando la piel en una sola tira que ya le llegaba a la rodilla. No levantó la vista hasta que los tuvo a treinta pasos, y cuando lo hizo, la tira de piel se rompió.

—Alto ahí.

No gritó, y fue peor: apartó el pie de la pared, dejó caer la manzana entre las zarzas y se enderezó con una economía de movimientos que a Elandra, desde el otro extremo del claro, le pareció mucho más alarmante que cualquier grito.

—Buenas —dijo Milo, avanzando con las manos abiertas y una sonrisa de vendedor de reliquias—. Venimos por lo del trabajo.

—¿Qué trabajo?

No era una pregunta. Los ojos de la mujer iban del uno al otro, y Milo supo, con esa parte del cerebro que llevaba veinte años salvándole la vida, que los estaba contando, midiendo y clasificando: el grande con la espada, el enano con el escudo, la elfa que no se había acercado, el bajito que hablaba demasiado.

—El de Kessa Ravel. —El halfling lo soltó como quien tira una carta buena y espera—. En Corvegal se dice que paga bien y que no hace muchas preguntas. Nosotros tampoco las hacemos. Somos gente práctica.

Algo cambió en la cara de la mujer, muy poco, apenas un músculo.

—Cuervo —dijo, señalándose el pecho con el mango del cuchillo, sin dejar de mirarlos—. Y sí, hay trabajo. —Se apartó de la puerta y empezó a rodearlos sin prisa, de modo que los cuatro tuvieron que girar sobre sí mismos para no dejarla nunca a la espalda—. Aunque

el que había ahora mismo estaba encargado. Cinco hombres. Un bulto. Deberían haber vuelto ayer al anochecer.

El silencio duró una fracción de segundo de más.

—Pues no nos hemos cruzado con nadie —dijo Milo.

—¿Por dónde habéis venido?

—Por el sendero de la orilla.

—El sendero de la orilla. —Cuervo se detuvo y ladeó la cabeza—. Cuatro forasteros por el sendero de la orilla, justo hoy, buscando trabajo justo con Kessa, y sin cruzarse con cinco hombres que venían por ese mismo sendero con su encargo a rastras. —Sonrió, y no fue una sonrisa agradable—. ¿Cómo decís que lo habéis capturado?

—No hemos capturado a nadie —dijo Milo, sin perder el paso—. Acabo de decirte que no nos hemos cruzado con...

—¿Venís de Aldovera?

—Venimos del oeste.

—¿Y qué buscáis exactamente? ¿La recompensa en oro, o la aprobación de Kessa?

Y ahí, justo ahí, Milo cometió el error de responder bien.

—El oro —dijo—. La aprobación no se come.

Cuervo se rió: una risa corta, sincera, sorprendida, y por un instante todo el filo se le cayó de la cara.

—Eso es lo más listo que ha dicho nadie delante de esta puerta en dos años. —Resopló, y en el resoplido había mucho más que aire—. Aunque aquí el oro tampoco se come, para lo que nos llega. Uno se mata trabajando y luego reparte *ella*, y reparte como reparten los que nunca han pasado hambre. —Escupió a un lado, entre las zarzas, y añadió, más bajo, casi para sí—: Ya veremos cuánto le dura.

Milo la oyó. La oyó perfectamente, y en ese medio segundo entendió que aquella mujer no era un obstáculo sino una puerta, que la puerta estaba entreabierta y que lo único que tenía que hacer era decir la palabra justa —*a nosotros tampoco nos gusta cómo reparten, nos han hablado de ti*, cualquier cosa— para que se abriera del todo. No llegó a decirla, porque Halvar, que llevaba un

buen rato con la mano demasiado cerca del pomo y la paciencia demasiado cerca del final, eligió ese momento para dar un paso adelante y preguntar, con toda la sutileza de un yunque:

—¿Y el viejo dónde está? ¿Dentro?

El claro entero se quedó quieto. Cuervo lo miró a él, miró después a Milo, y en su cara se vio, con una nitidez espantosa, cómo encajaban las piezas una detrás de otra: *cuatro forasteros que no se han cruzado con nadie preguntan por el viejo que nadie les ha mencionado*.

—Hijos de perra —dijo, casi con admiración. Y gritó.

Fue un grito agudo, largo, dos notas repetidas, un sonido que no era una palabra sino una señal, y antes de que se apagara ya venía respuesta desde el otro lado de la puerta: pasos, hierro, la voz de un hombre muy grande preguntando qué demonios pasaba.

—¡Elandra! —bramó Milo, tirándose de cabeza hacia el zarzal más cercano.

Lo que siguió fue el peor combate que aquel grupo había peleado nunca, y no por los enemigos, sino por el suelo. El claro que se abría frente a la torre estaba tomado por las zarzas hasta la altura del muslo: cada paso costaba dos, cada zarpazo de espino abría un corte fino en la pantorrilla o el antebrazo, y en tres respiraciones todos sangraban por sitios que ni siquiera notaban. Cuervo se movía entre ellas como si el zarzal fuera una casa que conocía a oscuras. Desaparecía. Aparecía a un costado. El cuchillo entraba y salía y volvía a desaparecer. La primera vez le abrió a Halvar el costado por debajo del brazo; la segunda le habría cortado el cuello a Elandra si Durgan no se hubiera interpuesto con el escudo; la tercera no llegó a haberla, porque Milo, que llevaba tres asaltos sin hacer nada más que estarse quieto entre los espinos, aguantando la respiración con la cara metida en el barro, había estado esperando justo eso: que Cuervo pasara por delante de él sin mirar hacia abajo.

Cuando le hincó el estoque bajo las costillas se lo dijo casi al oído, con la voz baja y la boca torcida, porque la frase se le había ocurrido hacía un rato y no pensaba desperdiciarla:

—Cometiste un error apareciendo por aquí en este justo momento.

Cuervo abrió mucho los ojos y bajó la vista hacia el acero. Y después, en lugar de miedo o de rabia, lo que le cruzó la cara fue algo mucho peor de sostener: una carcajada rota, sin aire, que se le quedó atascada a medio camino.

—Ay, chaval —consiguió decir, con la sangre ya subiéndole a los dientes—. Qué mal... qué mal lo habéis hecho. Podríamos haber... —Se le doblaron las rodillas—. ...podríamos haber ganado los dos.

Se cayó hacia delante entre las zarzas y ya no dijo nada más, y Milo se quedó mirándola con el estoque todavía en la mano y el gesto del que acaba de oír, demasiado tarde, la respuesta a una pregunta que ni siquiera sabía que había hecho. No tuvo tiempo de pensarlo: la puerta de la torre se abrió de par en par y salió el matón —dos metros de cuero remachado, una maza en cada mano y ninguna intención de negociar—, y detrás de él dos bandidos que se metieron en el zarzal gritando.

El matón fue directo a por Halvar y estuvo a punto de terminar el asunto en dos golpes. El primero le rebotó en el escudo con un estruendo que le dejó el brazo muerto; el segundo le alcanzó de lleno en el costado, por encima de la herida que Cuervo ya le había abierto, y el guerrero se dobló escupiendo aire, viendo destellos negros. Solo la insistencia terca de Durgan —el enano metiéndose entre los dos con el hacha, encajando en el hombro un golpe destinado al cráneo de su amigo— le dio los segundos que necesitaba para volver a respirar.

Fue Elandra quien acabó con aquello. Desde el borde del claro, con las manos ensangrentadas por los espinos y la voz perfectamente firme, trazó en el aire el sello que llevaba tres días sin gastar, y tres dardos de pura fuerza cruzaron el zarzal en línea recta, uno detrás de otro, y le entraron al matón en el pecho como tres clavos en una tabla. El hombre se detuvo en seco, sorprendido, miró los tres agujeros humeantes de su peto y se cayó de bruces sin soltar las mazas. Halvar, empapado en la sangre negra que le había

salido a borbotones, se quedó de rodillas sobre él respirando como un fuelle.

Quedaban dos bandidos. Uno de ellos, un muchacho flaco con una espada corta que no había llegado a usar. El otro había alcanzado a Durgan en el antebrazo con un tajo afortunado, y estaba a punto de descubrir lo poco que le iba a durar la suerte.

XII. Los que se rinden

Durgan no esperó a que nadie le dijera qué hacer. Con el símbolo sagrado todavía tibio contra su pecho y la sangre de Cuervo aún fresca en la tierra a sus pies, giró hacia el muchacho flaco de la espada corta —el único que quedaba ileso— y levantó el hacha con ambas manos, gruñendo algo entre dientes que sonaba a plegaria y a insulto a la vez. El golpe cayó pesado, más fruto de la rabia acumulada que de la destreza, y aunque el filo mordió el hombro del bandido, este consiguió zafarse a tiempo de perder el brazo entero, retrocediendo un paso con un aullido de dolor y los ojos desorbitados por el pánico.

Fue entonces cuando el otro —el que le había abierto el antebrazo a Durgan y al que Milo había dejado agonizando con el estoque hundido casi hasta la empuñadura— soltó el arma que apenas sostenía y cayó de rodillas entre las zarzas, con las manos alzadas y temblorosas, la garganta borboteando un hilo de sangre que le impedía gritar con claridad.

—¡Me... me rindo! ¡No me matéis, por los dioses, me rindo!

Milo, que ya tenía el pie adelantado para remachar el golpe, se detuvo a media zancada. Su estoque quedó suspendido a un palmo del cuello del bandido, brillando aún húmedo bajo la luz gris de la mañana.

—Cometiste un error apareciendo por aquí en este justo momento —repitió, casi para sí mismo, saboreando la frase que ya había soltado una vez—, pero parece que tú lo sabes mejor que nadie.

El muchacho, viendo a su compañero derrumbado y sangrando, con Durgan todavía blandiendo el hacha ensangrentada a un paso, y a Halvar —cubierto hasta los codos con la sangre negra del matón— avanzando hacia él con la espada goteando, no tardó ni un segundo en tomar la misma decisión. Soltó la espada corta al suelo, entre los zarzales, y levantó las manos vacías.

—¡Alto, alto! ¡Nosotros también! ¡No hace falta más sangre, no somos nada sin Cuervo aquí fuera, ni siquiera manda ella dentro, os lo diré todo lo que queráis!

El claro, que un instante antes había sido un caos de aceros y gritos, quedó de pronto suspendido en un silencio extraño, roto solo por el jadeo entrecortado de los combatientes y el rugido constante del Varga contra el muelle derruido. El cuerpo del matón yacía boca abajo entre las zarzas, todavía humeando ligeramente donde los dardos de fuerza de Elandra le habían atravesado el pecho. Cuervo, un poco más allá, con los ojos abiertos a un cielo que ya no veía, era el recordatorio más frío de que aquella infiltración se había torcido sin remedio.

Elandra bajó las manos, las puntas de los dedos aún le cosquilleaban por el conjuro gastado, y miró alrededor con una mezcla de alivio e inquietud. El ruido —los gritos de Cuervo, el choque de aceros, los golpes de maza— había sido considerable, y la torre, con su puerta abierta de par en par, era ahora una boca oscura de la que en cualquier momento podía brotar el resto de la banda.

—Que se rindan no significa que estemos a salvo —dijo, sin bajar la guardia, con la mirada fija en la entrada—. Si dentro han oído esto, ya deben de estar formando. Hay que decidir qué hacemos con estos dos, y rápido, antes de que la puerta vuelva a abrirse con más gente saliendo por ella.

Halvar, todavía con la respiración agitada y la herida de la maza escociéndole bajo la armadura, clavó la punta de la espada en la tierra junto al muchacho rendido, no para herirlo, sino para dejar claro quién decidía si aquello terminaba ahí o no.

—Habla rápido, entonces —le dijo, con la voz aún ronca de la furia del combate—. ¿Cuántos quedan dentro? ¿Dónde está Kessa? ¿Y qué hay ahí abajo que merezca la pena, aparte de ella?

Milo, sin apartar el estoque del cuello del otro bandido, que seguía de rodillas sangrando y temblando, añadió con una sonrisa que no llegaba a los ojos, mucho más fría que la que había usado con Cuervo minutos antes:

—Y pensad bien las respuestas. Porque a estas alturas, ya hemos visto lo poco que le importa a esta banda la vida de nadie... y no me refiero solo a la vuestra.

Durgan, todavía con el hacha en la mano y un hilo de sangre resbalando por su antebrazo desde el corte que le habían abierto minutos antes, se plantó junto a la puerta abierta de la torre, vigilando el interior en sombras, listo para el caso de que la respuesta de los prisioneros no llegara a tiempo de evitar una segunda oleada.

XIII. El salón de las armaduras

El muchacho flaco había hablado deprisa y bien, como hablan los que quieren seguir respirando: dentro quedaban seis, puede que siete, casi todos durmiendo la del día anterior; la jefa estaba en el salón, siempre estaba en el salón; y esperaban al viejo, que no había llegado, y como no llegara pronto iban a rodar cabezas.

—Seis —repitió Halvar, apretándose el costado con la palma—. Seis y nosotros cuatro, con un brazo muerto y las piernas hechas un colador.

—Cinco de esos seis están dormidos —dijo Milo— y no saben que su centinela está criando malvas entre las zarzas. Es lo más cerca que vamos a estar de tener ventaja en toda nuestra vida. —Se limpió el estoque en la pernera—. Y si esperamos a que se despierten, tendremos seis despiertos.

Entraron. El pasillo era corto, negro y olía a humedad vieja, y al fondo una cortina de arpillera colgaba torcida sobre el vano, dejando escapar por los bordes una luz naranja y un rumor de voces perezosas. Durgan la apartó con la punta del hacha.

El salón principal de la torre era una sala grande y sombría cuyas paredes de piedra estaban recorridas por grietas del ancho de una mano, tan largas que costaba creer que el edificio siguiera en pie. El sonido del Varga se filtraba desde fuera y el eco lo devolvía multiplicado, de modo que dentro de aquella habitación el río sonaba mucho más cerca de lo que estaba. Una chimenea ardía en un rincón y a su alrededor, media docena de mesitas dispuestas sin ningún orden servían de tablero, de banco y de sitio donde apoyar las botas: tres bandidos jugaban a los dados sobre una de ellas y otro dormitaba sentado con la cabeza colgando. Y en la mesa del fondo, la más cercana al fuego, con una jarra de cerveza a un lado y las botas cruzadas sobre otra silla, había una tiefling de piel azulada con el pelo negro recogido bajo un pañuelo anudado entre los cuernos y una moneda de oro corriéndole entre los nudillos, arriba y abajo, sin que ella pareciera prestarle la menor atención. Levantó la vista hacia la cortina con la expresión de alguien que espera ver

entrar a la persona que lleva un día entero esperando, y no la vio, y la moneda se detuvo.

—Vaya —dijo Kessa Ravel, muy despacio—. Vosotros no sois míos.

Los dados dejaron de rodar. El que dormitaba abrió un ojo. Y en aquel silencio de tres respiraciones, mientras cuatro forasteros ensangrentados y seis bandidos se miraban a los lados de una sala llena de mesas, lo único que se movió en toda la habitación fue el fuego.

—Depende de lo que pagues —dijo Milo.

Kessa se rió, una risa corta y sin ninguna gracia, y se levantó de la silla con una lentitud deliberada, apartándose de la mesa mientras hablaba.

—Traéis sangre encima. —Ladeó la cabeza—. Y no traéis a mi viejo. Y no oigo a Cuervo ahí fuera diciéndome quiénes sois, que es su trabajo y lleva dos años haciéndolo sin fallar un solo día. —Sonrió con todos los dientes—. Así que o mi centinela está muerta, o mi centinela por fin se ha decidido. Y en cualquiera de los dos casos, queridos, vosotros habéis entrado por esa cortina sin que nadie os invitara. —Alzó la voz apenas nada, porque no hacía falta más—. Arriba.

Al principio Elandra no entendió a quién se lo decía, porque ninguno de los bandidos se movió. Se movieron las paredes: las dos armaduras completas que flanqueaban la chimenea —dos juegos de placas viejas y abolladas que llevaban allí desde antes de que llegaran los bandidos, tan indistinguibles de la decoración que nadie las había mirado dos veces al entrar— giraron la cabeza a la vez con un chirrido de goznes secos. Los yelmos vacíos no tenían nada dentro. Las manoplas se cerraron sobre nada y en el nada aparecieron dos espadas.

—Ah —dijo Durgan, con mucha calma—. Eso no me gusta.

La primera armadura le cayó encima a Halvar como un armario tirado desde un tejado, y el combate en aquella sala se volvió estrecho, ruidoso y confuso, y las mesas volaron.

Los seis hombres que andaban por la estancia entraron a la pelea tarde, mal y a regañadientes, más por miedo a Kessa que por ganas de partirse el lomo. Ninguno de ellos parecía tener la menor intención de morir aquella mañana: salieron al choque a trompicones, con la modorra todavía en los ojos y manoteando filos desenvainados a la desesperada. Uno de ellos se lanzó de frente contra Durgan, ciego de mala uva, y el enano ni se molestó en mirarlo: desvió la hoja con el canto del broquel y le hundió el hierro de la maza en los dientes, dejándolo en el suelo para el resto del día. Aquello bastó para zanjar las dudas de los dos que venían detrás, que en cuanto vieron los dientes ajenos desparramados por las losas tiraron las dagas y salieron zumbando por el pasillo antes de que la cosa se decidiera.

De los tres que quedaban, el más cobarde se quedó agazapado en un rincón con el cuchillo temblando hacia delante, haciéndose pequeño para que la pelea le pasara por encima sin tocarlo. Los otros dos intentaron cerrarle el paso a Halvar mientras el guerrero lidiaba con el peso del autómatas, pero Milo ya andaba reptando por debajo de los bancos volcados: un tajo certero a las corvas bastó para sentar al primero en seco y dejar al último congelado en el sitio, con el arma en alto y sin atreverse a dar un solo paso más.

Los dos autómatas, en cambio, no tenían miedo, ni cansancio, ni nada que ofrecerles: golpeaban con una regularidad de reloj, encajaban hachazos que habrían tumbado a un buey y volvían a levantar la espada al mismo ritmo. Durgan destrozó la primera. Le costó el escudo, tres costillas y una plegaria a pleno pulmón, pero cuando la maza le entró por fin bajo el yelmo, el metal se derrumbó sobre sí mismo con un estruendo de chatarra y ya no volvió a moverse: quedó ahí, apoyada contra la pared, hueca y quieta, igual que antes de levantarse, como si nunca lo hubiera hecho.

Y mientras tanto, Kessa Ravel no peleaba. Elandra se dio cuenta demasiado tarde: la tiefling no había lanzado un solo conjuro, no había desenvainado la espada corta que llevaba al cinto, no había hecho absolutamente nada salvo retroceder con paso firme, mesa

tras mesa, hacia una puertecilla baja que había al fondo del salón y que la elfa había tomado por una alacena.

—¡La puerta! —gritó—. ¡Que se nos va por la puerta!

Kessa ya la estaba abriendo. Entró un golpe de aire frío y con él el ruido del río, ahora sí de verdad cerca, y por el hueco se vio un tramo de tablas podridas y el brillo gris del agua.

—¡Ha sido un placer! —les gritó, y lo peor fue que sonaba sincera—. ¡Quedaos la cerveza!

La segunda armadura salió detrás de ella y cerró la puerta de una patada. Cuando consiguieron abrirla —Halvar con el hombro, tres veces, blasfemando— llegaron al embarcadero justo a tiempo de verlo todo perdido: Kessa estaba de rodillas en la popa de un bote, cortando el cabo con dos tajos rabiosos de la espada corta; la armadura ya empujaba con un remo contra el pilote; y la corriente del Varga, crecida por el deshielo, esperaba con la boca abierta apenas cuatro brazas más allá para llevárselos río abajo, y en esa corriente nadie le da caza a una barca a fuerza de riñones cansados.

Halvar echó a correr por el muelle y Milo echó a correr detrás de Halvar. Y Elandra, que se había quedado en el umbral porque le fallaban las piernas y porque llevaba dos días guardando el único conjuro que de verdad le importaba, hizo por fin lo que llevaba toda la semana esperando poder hacer bien una sola vez: no apuntó al bote, sino al agua.

Fue un sonido raro, un crujido largo y grave que no venía de ninguna parte concreta, como el que hace un lago entero al asentarse una noche de invierno. El río, alrededor del bote, dejó de ser río. Una costra de hielo blanco se abrió desde el casco hacia fuera en todas direcciones, atrapando el remo a medio empujar, cerrándose sobre la madera con un chasquido seco, y la embarcación se detuvo en mitad de su propio impulso como una mosca en resina. El silencio que siguió duró lo justo para que Kessa Ravel comprendiera lo que acababa de pasarle.

—No —dijo.

Halvar llegó al final del muelle a la carrera y saltó, y fue, sin ninguna discusión posible, la peor decisión táctica de toda la aventura. El guerrero calculó mal la distancia, calculó peor el hielo, y aterrizó con un pie en la costra y el otro en el agua negra justo cuando la armadura animada se giraba hacia él con la espada levantada. Todo sucedió en dos segundos: el hielo cedió bajo cien kilos de hombre y acero, Halvar se hundió hasta el pecho agarrándose al borde del bote, la armadura le descargó el filo en el hombro, y la propia inercia del golpe, sobre una superficie que ya no sostenía nada, la mandó de cabeza al Varga. Cien kilos de placas de hierro macizo no flotan.

XIV. Hielo en el Varga

El agua se cerró sobre la armadura con un chapoteo sordo, y por un instante el Varga pareció tragarse también el eco del combate: solo quedaba el rumor de la corriente contra las piedras del embarcadero y la respiración entrecortada de Kessa, boca abajo sobre las tablas podridas, con la daga de Milo todavía rozándole la piel del cuello.

—Buena chica —murmuró el halfling, sin apartar el filo—. Ya ves que no hacía falta montar tanto escándalo.

Elandra no perdió ni un segundo. Se arrodilló junto a la tiefling, sacó de su morral el rollo de cuerda que llevaba desde Corvegal —comprada, pensó con una punzada de ironía, para atar fardos, no bandidas— y empezó a asegurarle las muñecas a la espalda con nudos rápidos y firmes, los mismos que su padre le había enseñado de niña para asegurar los libros más valiosos durante los viajes. Kessa se revolvió apenas, más por orgullo que por esperanza real de soltarse.

—Cuidado con los cuernos —siseó la bandida, torciendo el cuello para lanzarle una mirada envenenada—. Y con lo que decís que sabéis. No tenéis ni idea de en qué os habéis metido.

—Pues entonces tendrás que explicárnoslo tú —respondió Elandra sin alzar la voz, tirando del último nudo hasta dejarle los tobillos también trabados—, porque ahora mismo eres tú la que está atada de pies y manos, y nosotros los que decidimos qué pasa después.

Milo la registró de arriba abajo con la eficacia impersonal de quien lleva media vida vaciando bolsillos ajenos. Del cinturón salió una bolsa pesada —treinta piezas de oro contadas dos veces allí mismo, sobre las tablas, mientras la tiefling apretaba los dientes— y, del forro interior del chaleco, un papel doblado en cuatro y sobado por los bordes, de esos que se han abierto y cerrado muchas veces.

Elandra lo desdobló. Era una letra apretada y nerviosa, escrita deprisa por alguien acostumbrado a escribir mucho, y decía muy poco:

«El tiempo se acaba y en pocas noches volverá. Se extiende y la clave para pararlo está en la gente de esa aldea. No puedes fallarme.»

Y al pie, una sola palabra a modo de firma: Karnash.

—¿Quién es? —preguntó la elfa, sin levantar la vista del papel.

Kessa no contestó.

Mientras tanto, al otro lado del claro, Halvar seguía de pie a duras penas junto al lugar donde la armadura se había hundido, con el barro pegado a la armadura de cuero y un hilo de sangre reseca cruzándole la ceja. Fue Durgan quien llegó corriendo desde las zarzas, habiendo dejado ya estabilizado a uno que fue herido en la garganta en la refriega anterior. Se plantó frente a él con el ceño fruncido de quien ha visto demasiadas temeridades en muy poco rato.

—Como vuelvas a hacer algo así —gruñó el enano, sin más preámbulo, posando ambas manos sobre el pecho maltrecho de Halvar— te juro que la próxima vez dejo que te ahogues tú solito, y me quedo mirando desde la orilla con un cuenco de sopa.

Un calor dorado brotó de sus palmas, extendiéndose por el cuerpo del guerrero como agua tibia sobre una herida abierta. Halvar sintió cómo los arañazos se cerraban, cómo el dolor sordo de las costillas se disolvía, cómo el aire volvía a entrar en sus pulmones sin arañarle por dentro. Cuando Durgan retiró las manos, ya no quedaba en él más que el cansancio y el barro seco.

—Te debo una, enano loco —dijo Halvar, con una sonrisa torcida y la voz aún ronca—. Otra vez.

—Me debes como cinco ya. Empiezo a pensar que debería llevar ya la cuenta en una libreta.

Elandra se incorporó, dejando a Kessa bien atada y a su merced sobre las tablas del muelle, y miró a su alrededor: el bote inmovilizado bajo una costra de hielo que ya empezaba a resquebrajarse con la corriente, los cuerpos a medio enterrar entre los zarzales, la torre en silencio, y ahora, por fin, la jefa de la banda reducida a un bulto atado a sus pies. El corazón aún le latía con fuerza, pero el peligro inmediato, al menos, parecía haber pasado.

—Bien —dijo, secándose las manos manchadas de barro y sangre en la capa—. Tenemos a Kessa. Tenemos silencio en la torre. Y tenemos, con suerte, algunas respuestas que llevamos tiempo esperando.

Se agachó junto a la tiefling y, sin la daga de Milo pero con una calma que resultaba casi más inquietante, le apartó el pañuelo torcido para poder mirarla bien a los ojos.

—Empecemos por lo fácil —dijo—. ¿Queda algún secreto más dentro de esa torre? ¿Y quién demonios es Karnash?

Al oír ese nombre, algo cruzó el rostro de Kessa que no fue desprecio ni rabia, sino, por primera vez desde que había salido corriendo por la puerta trasera, algo parecido al miedo.

XV. La espera

El sol acabó de rendirse tras las copas del Corvegal, y con él se fue el último calor del día. Sobre el embarcadero, las sombras de los botes empapados en aceite se alargaban como dedos oscuros sobre las tablas podridas, y el río, ya casi negro, seguía murmurando su cantinela eterna contra los pilotes.

Milo pasó revista una última vez, agachado junto al bote más próximo al muelle, comprobando con las yemas de los dedos que el aceite no se hubiera secado ni escurrido entre las juntas de madera. Levantó la vista hacia la torre, buscó el punto exacto donde sabía que Elandra aguardaba, y alzó dos dedos en un gesto breve. Desde lo alto, entre las almenas rotas, una lucecita anaranjada le respondió parpadeando un instante antes de apagarse, oculta de nuevo entre las sombras.

—Segunda mecha lista —murmuró el halfling para sí mismo, satisfecho, mientras retrocedía hacia su puesto, justo en el centro del embarcadero, donde pensaba plantarse como el más inocente de los recibidores en cuanto llegara la hora—. Que venga quien tenga que venir. Aquí lo estamos esperando con los brazos abiertos. Y con una tea.

El plan era suyo, y no se le había ocurrido en el muelle, sino seis horas antes, en la despensa, sentado a horcajadas sobre un barril volcado frente a una mujer atada que hablaba mucho mejor de lo que a ninguno de ellos le convenía.

Porque Kessa Ravel había hablado, y no había hecho falta ni tocarla. Elandra había empezado por lo fácil —qué más había dentro de la torre y quién era Karnash— y la tiefling, con el hombro contra un saco de harina y las muñecas atadas a la espalda, se había tomado su tiempo antes de contestar, como quien repasa el género antes de poner precio. Después había dicho, con esa media sonrisa que no se le había caído en toda la tarde, que no pensaba morir por un cliente que ni siquiera le daba la cara; que llevaba once años en aquel bosque y que en once años había aprendido que lo único

que se puede vender dos veces es un nombre; y que si querían el nombre entero les iba a costar justo lo que valía, que era su pellejo.

—Yo no sé quién es Karnash —dijo—. Que quede claro desde el principio, porque no os lo voy a repetir cada vez que me lo preguntéis. Nunca lo he visto. No sé si es un hombre. Sé que paga en oro bueno, sé que escribe él mismo las cartas, y sé que la letra es de alguien que escribe mucho y duerme poco. Eso es todo lo que da de sí un año de tratos.

—Un año —repitió Elandra.

—Cuatro meses de encargos y un año de tratos. Antes eran cosas pequeñas. Un carretero al que había que asustar en el vado. Un cofre que subía río arriba y tenía que dejar de subir. —Se encogió de hombros hasta donde la cuerda se lo permitió—. El viejo es lo primero que me ha pedido con nombre y apellido.

Y entonces llegó lo que de verdad habían ido a buscar, y llegó sin que nadie tuviera que sacárselo: llegó porque a Kessa Ravel le convenía que llegara. Mañana, con la primera luz, un hombre atracaría en aquel embarcadero. Vendría solo y vendría por el río, remontando desde el sur, porque llevaba cuatro meses haciendo el mismo camino y no conocía otro. Traería la otra mitad del pago y se llevaría la mercancía, y tenía orden tajante de no soltar una sola moneda antes de verla a ella frente a frente en la pasarela.

—Frente a frente —subrayó la tiefling, saboreando cada sílaba con una calma ensayada—. Órdenes directas. Ese hombre no negocia con intermediarios, ni con sombras, ni con nadie que no tenga mis cuernos delante. Así que echad cuentas: si queréis su oro, me necesitáis viva y sonriendo en el muelle. Si me matáis, el tipo ve la orilla vacía, da media vuelta con el barco y vosotros os quedáis con un montón de nada invendible y los bolsillos secos.

Milo no se movió de su asiento sobre el barril. Se tomó su tiempo para escupir una brizna de paja antes de mirarla a los ojos.

—Un contrabandista que lleva cuatro meses remando río arriba contra corriente no da media vuelta porque no salgas a darle los buenos días, Kessa —dijo Milo, con una voz arrastrada y carente de cualquier dramatismo—. Ese hombre no arriesga el pellejo por tu

cara bonita; lo arriesga por el porcentaje. Si atraca y la pasarela está despejada, baja. Si ve la carga lista y a dos tipos armados esperándole, calculará si le compensa pelear o pagar. Y si encima le decimos que tú te has quedado dentro con unas fiebres que te están pudriendo la tripa, soltará el oro todavía más rápido para no contagiarse y salir de aquí antes de que amanezca del todo. La gente que mueve género prefiere tratar con socios enfermos antes que volver con las manos vacías y explicarle a su patrón por qué no hay entrega.

La sonrisa de Kessa se congeló. No fue un espasmo evidente, sino esa rigidez microscópica en la comisura del labio que delata al tahúr cuando comprende que el otro ha visto el as que escondía bajo la manga. Milo llevaba veinte años leyendo esa exacta fracción de segundo en mesas grasientas de taberna.

La tiefling tragó saliva con disimulo y recalculó su posición sobre la marcha, endureciendo el tono para no perder el control por completo.

—El problema no es que baje del barco, listo. El problema es el primer minuto —replicó ella, ladeando la cabeza con una mueca más afilada—. Ese hombre es un paranoico. No mira la carga hasta que Cuervo le da el santo y seña en la orilla y le amarra el cabo de proa. Cuervo es la única que le ha hablado de cerca. Si ve una cara extraña en el poste de amarre antes de que yo asome por la puerta, no discutirá: tirará una tea al barril de pez que lleva en popa y se dejará arrastrar por la corriente mientras os deja a todos ardiendo. Necesitáis el código que usa Cuervo, y necesitáis saber qué nudo espera ver en la cornamusa. Y eso no te lo va a dar tu sentido común de taberna; os lo tengo que decir yo.

Nadie se apresuró a darle las gracias por la advertencia. El silencio volvió a densificarse en la despensa hasta que Elandra dio un paso al frente, rompiendo la tensión del regateo para poner sobre la mesa la duda que llevaba royéndole las sienes desde que cruzaron el umbral.

—Las armaduras del salón —preguntó Elandra, despacio, clavando la mirada en los ojos ambarinos de la tiefling para medir cada parpadeo—. ¿Por qué obedecían?

—Porque eran más —dijo Kessa, y por primera vez en todo el interrogatorio asomó en su voz un orgullo genuino, áspero y sin artificio—. Y no las tenía plantadas ahí para partir cráneos. Las tenía para escuchar. —Se pasó la punta de la lengua por el labio partido, saboreando el óxido de su propia sangre—. Demasiados forajidos hacinados en una torre con una sola sala común, elfa. ¿Sabes cuánto tarda una banda de perros hambrientos en calcular que el botín se reparte mejor si a la jefa le da un síncope mientras duerme? Yo lo sabía todo. Sabía lo que murmuraba Cuervo antes de que Cuervo terminara de masticar la frase. —Y ahí, de golpe, la vanidad se le pudrió en la garganta y la voz se le volvió puro veneno—. Lo sabía todo, sí. Menos que cuatro desgraciados iban a tirar mi puerta abajo con la cara lavada una mañana cualquiera.

Elandra no le concedió una sola palabra de réplica. Dio media vuelta y cruzó el umbral de la despensa, dejando a la tiefling masticando su propia rabia en la penumbra.

Avanzó por el pasillo con esa incomodidad punzante que deja el encajar dos certezas de golpe: la primera, que la banda no había sobrevivido dos años impune por suerte ni por disciplina, sino porque el hierro oxidado de aquella torre tenía oídos; la segunda, que uno de esos pares de orejas yacía ahora ahogado en el fondo cenagoso del Varga, mientras el otro descansaba hecho añicos sobre las losas frías del salón principal. Y que nadie, jamás, llegaría a saber qué secretos —ni de quién— se habían quedado atrapados para siempre entre las juntas de aquel metal roto.

Del resto se encargó Milo, y se encargó con el aceite.

Porque el que venía, venía por el agua, y en el agua no hay esquinas donde doblar ni setos tras los que agacharse: sólo hay corriente abajo, que es la dirección a la que huyen todos los cobardes y a la que el río Varga empuja gratis. El deshielo bajaba bravo, ancho y traicionero. Si el comprador olía la trampa antes de tiempo, le bastaría cortar amarras con un tajo de machete y dejarse

llevar por el centro del cauce; una vez el esquife ganara la corriente principal, ni las flechas a ciegas entre la bruma del alba ni el mejor tiro de ballesta le darían caza antes de perderse en el recodo.

La única forma de quitarle el río era prenderle fuego a la orilla.

Toda la trampa pendía de un cálculo ciego: saber cuánto de lo que había escupido Kessa en la despensa era un farol de tahúr acorralado y cuánto era una verdad de las que te salvan el pescuezo. Si la tiefling mentía y el contacto no exigía contraseñas ni aspavientos, bastaría con que el hombre confiara lo justo para poner las dos botas en tierra firme. Pero si decía la verdad —si el tipo era tan perro viejo como ella aseguraba y recelaba de cualquier detalle fuera de sitio—, el margen para hacerlo desembarcar sin que diera la voz de alarma se reducía a una moneda al aire.

Si el mensajero se quedaba a bordo, con el cabo flojo en la cornamusa y la pértiga apoyada en el pecho, cualquier sombra extraña le bastaría para empujar la proa y dejarse tragar por la corriente. Milo necesitaba que pisara la madera del muelle creyendo que la transacción iba como la seda. En el segundo exacto en que sus suelas tocaran la estacada, el río dejaría de ser su vía de escape. Fuese o no un farol de Kessa, si el comprador intentaba recular o correr de vuelta al esquife, la orilla ardería antes de que pudiera desatar una sola maroma.

Había seis barcazas amarradas a lo largo del embarcadero, más el esquife de fondo plano de Kessa, cabeceando entre los restos de escarcha que la corriente iba deshaciendo. En los almacenes de la planta baja, entre los despojos de una aduana fluvial que llevaba dos siglos sin cobrar un mal arancel, Milo había dado con lo que ninguno de los demás habría sabido buscar: cuatro cántaros de aceite de lámpara y medio barril de brea de calafatear, cuarteada por fuera pero densa y negra como la pez por dentro.

Untaron las seis maderas, tabla a tabla, empapando las bordas y las bancadas hasta que el muelle entero apestó a trementina. Milo dispuso dos mechas de tela trenzada bien largas: una en el extremo de aguas arriba y otra en el de aguas abajo. Si el hombre desembarcaba y olía la encerrona, nadie tendría que jugarse el

pellejo corriendo al descubierto: una sola chispa en cualquiera de los dos cabos levantaría un muro de fuego de ochenta pasos, cerrando el recodo y convirtiendo la ensenada en una trampa de humo y brasas de la que ningún bote saldría a flote.

—Con eso también nos quedamos nosotros sin barcas si la cosa se tuerce —apuntó Halvar, que tenía la maldita costumbre de ver los problemas justo cuando el trabajo sucio ya estaba terminado.

Milo se limpió los dedos grasientos en la pernera del pantalón y ni se molestó en mirarlo.

—Nosotros no tenemos que remar a ninguna parte, grandullón —contestó el halfling con una media sonrisa—. Somos la emboscada. Los que van a necesitar correr son ellos.

XVI. El margen

Arriba, en la tronera más alta, Elandra notaba la impaciencia mordiéndole el estómago. Mantenía una brizna de fuego titilando entre las yemas para no perder el tacto en los dedos mientras el cielo viraba del cobre al violeta y se apagaba en un añil frío, salpicado de estrellas tempranas. Cada crujido de la viguería y cada golpe del agua contra los pilotes carcomidos le hacían tensar la espalda, solo para comprobar que no era más que el Varga, ajeno a todo. Sabía de sobra que nada de lo que esperaba asomaría antes del alba, pero miraba igual; eso era lo que le quemaba la sangre.

La discusión de la tarde en el salón se les había ido de las manos en cuanto Durgan decidió vaciar el saco.

Hasta ese momento, lo del Viejo Varek solo lo sabían ellos dos: lo que desenterraron tras forzar tres tablas podridas bajo el jergón de la posada, el cuaderno forrado en piel de becerro y aquel grillete de hierro tachonado en plata pura que el enano todavía cargaba envuelto en un trapo grasiento. Para Milo y Halvar no había sido más que vigilar a un viejo con mala estrella que le debía favores a la gente equivocada.

Fue Durgan quien arrojó el paquete sobre la mesa rota. El metal sonó sordo, pesado.

—No lo buscan por deudas —dijo el enano, abriendo el cuaderno por la última página—. Mirad las fechas. Mañana por la noche sale la luna llena, y las dos siguientes. El viejo lleva catorce años encadenándose solo a la viga maestra de un molino abandonado para no matar a nadie en Aldovera.

Halvar tardó un latido de más en encajar el golpe. Miró el grillete y soltó una risa corta, incrédula:

—¿El vejete del caldo de col es un lobo? ¿Ese saco de huesos? —Se rascó la barba, ladeando la cabeza con una chispa rapaz en los ojos—. Ahora se entiende el barco de Karnash y el medio cofre de oro. Una bestia dócil, con correa y metida en el pellejo de un

abuelo al que nadie va a echar en falta. ¿Y qué? ¿A alguien le estorba el pelo que le salga de noche?

—A mí como si cría escamas y canta en élfico —zanjó Milo, haciendo rodar la moneda de Kessa entre los nudillos—. La licantropía es asunto suyo; el oro de Karnash, nuestro. Pero si la luna se llena mañana, la cuenta atrás corre para todos: o el comprador ve la mercancía viva y entera al amanecer, o se larga con la plata y nos quedamos con una torre sembrada de fiambres, un lobo suelto a dos horas y los bolsillos pelados.

—En el pueblo no se queda —remató Durgan con terquedad de piedra—. Si los de Karnash peinan la comarca y dan con él allí desarmado, se lo llevan gratis. Y si revienta la luna y se transforma suelto, degüella a media aldea. Lo traemos a la torre, lo amarramos a la roca con su propia plata y cuatro pares de ojos vigilan mejor que una viga vieja.

Nadie discutió el disparate: meter bajo el mismo techo donde pensaban dormir a la fiera de la que pretendían salvar a la comarca, todo por no perder la bolsa. Lo quiso Durgan por deber, lo quiso Milo por las monedas, y Halvar y Elandra tragaron en silencio porque el tinglado se caía sin la pieza central.

A Durgan le tocó volver a Aldovera a buscarlo, por justicia y por descarte. Halvar no podía cruzar las calles arrastrando a un anciano sin levantar a la guardia; Milo tenía que armar la ratonera del embarcadero; y Elandra debía cubrir el tiro desde la torre. El enano se marchó sin terminar el plato, y el sendero de la orilla se lo tragó en la penumbra.

Dos horas de ida a paso largo, convencer al viejo, desenterrar las cadenas del molino y otras tres de vuelta tirando de un anciano molido a palos. El margen era una miseria: llegarían con la primera luz pegada a la espalda, justo cuando la barca enfilara el recodo.

Elandra apretó el puño para ahogar la llama entre sus dedos y volvió a clavar la vista en la curva oscura del río.

* * *

Abajo, en el salón en penumbra, Halvar no se apartaba de la puerta del muelle. Mantenía la mano despierta sobre el pomo de la espada, rumiando el peor papel de los cuatro: el de no estar. El intermediario tenía que toparse con un embarcadero desierto y un pícaro solitario, no con un mastín de dos metros oliendo a sudor y cuero crudo, con la sangre del mediodía seca en las mangas. A Halvar le tocaba hacerse invisible contra la madera carcomida hasta que hiciera falta salir a reventarlo todo. Los dos bandidos supervivientes ya no daban guerra: Milo los había largado descalzos y desarmados hacia el sur poco después de comer, y Elandra no había abierto la boca ni para asentir ni para reprocharlo, que en ella era la forma más tajante de zanjar un entierro.

El fuego de la chimenea agonizaba en una esquina, estirando sombras torcidas sobre los bancos rotos y sobre el amasijo del autómatas de hierro. Ya no montaba guardia por arte de magia; ahora era Milo quien le hacía la trampa a la muerte. El halfling se había pasado un buen rato enderezando la chatarra que el martillo de Durgan había estampado contra el muro: el peto hundido bajo el gorjal, el yelmo partido de oreja a oreja y las grebas amontonadas como leña seca, todo calzado con astillas de pino para darle una postura firme, con las manoplas huecas apoyadas en una hoja mellada. De lejos y a la lumbre colaba; de cerca no engañaba a nadie, porque por las costuras reventadas se veía la piedra pelada. Un espantapájaros de hojalata para que quien metiera la cabeza contara dos centinelas antes de entender que solo había uno.

A Halvar se le erizaba el lomo al darle la espalda, y no por el metal, sino por lo que la tiefling había dejado caer sobre los oídos de la torre antes de morir. La otra armadura descansaba bajo cuatro brazas de cieno en el fondo del Varga, arrastrada más allá del último pilote: el único enemigo de esa semana del que tenía la certeza absoluta de que no volvería a dar guerra.

Se palpó la faltriquera. Treinta monedas de plata birladas del cinto de Kessa mientras Elandra le ataba los tobillos; un tintineo sordo y limpio que le devolvió el pulso. El alivio le duró lo que tardó

en mirar por la saetera: la luna, ajena a sus prisas, seguía ganando cielo con una lentitud desesperante.

* * *

A dos leguas de allí, la noche se tragaba a Durgan junto a la ribera. Caminaba con el costado quejándose a cada zancada, masticando el dolor y el vaho helado, con la terquedad de una mula que sabe que no tiene permiso para caerse. El fardel con el cuaderno y la plata le repicaba contra la cadera, y la cabeza no paraba de darle vueltas a lo que iba a soltarle a Varek nada más patear la puerta. Había ensayado tres discursos y los tres se le habían atragantado; no había forma limpia de plantarse ante un viejo y decirle que se le había acabado el tiempo de esconderse.

En la torre ignoraban si el hombre de Karnash amarraría solo, si traería gente de escolta o si Milo sabría sostener la farsa sin que le temblara el pulso. Sabían que la barca entraría con el primer clarear del agua, pero nadie sabía si el viejo llegaría a tiempo, y ahí estaba el verdadero filo de la navaja.

Solo el crujido de las vigas viejas y el rumor ciego del río, bajando turbio de nieve deshecha, llenaban las horas muertas que quedaban hasta el alba.

XVII. Lo que venía en la barca

El recodo fue soltando la noche a jirones y Elandra los contó todos desde la tronera, con los ojos ardiéndole de vigilia: primero el agua pasando del negro al plomo; después la niebla despegándose del río en volutas lentas; y al fin, dentro de una de ellas, algo que remontaba la corriente y no era ni un tronco a la deriva ni una de las fochas que llevaban horas engañándola. Una barca de fondo plano. Un hombre a los remos, subiendo desde el sur con la cadencia sorda de quien lleva cuatro meses haciendo el mismo trayecto y ya no cuenta las paladas. Sin farol, sin escolta y sin prisa. Puntual como una deuda.

Elandra torció el cuello hacia la cinta pálida del sendero de la orilla y lo encontró desierto. Eran dos horas de marcha a paso firme; tres o cuatro al arrastre de un anciano molido a palos y a preguntas. Durgan habría salido de Aldovera antes de clarear, pero las cuentas no salían de ninguna manera. Dejó de intentarlo: el sendero estaba vacío, y eso era todo lo que se le podía pedir a un camino.

—Ya está aquí —dijo hacia el hueco de la escalera, y bajó los peldaños de caracol de tres en tres, rozando la piedra con el hombro en cada curva.

En el salón, Milo terminaba de echarse la capa del bandido muerto y de colocarse el estoque en la cadera para que se viera bien; un salteador que oculta el hierro parece un hombre con miedo.

—¿Y el enano? —Nada aún. —Mejor así. —Milo se paró en el umbral, con la mano en la cortina de arpillera, buscando qué decir. Lo que encontró no valía gran cosa—: Elandra. Tú no hables. Pase lo que pase ahí fuera, ni una palabra.

Halvar llevaba desde antes del alba encajado en el extremo de tierra del muelle, entre los despojos de dos siglos de aduana: cajones reventados, maroma podrida y el casco volcado de una chalana sin cuadernas. Tenía el arco montado, una brasa viva en un cuenco de barro y la orden más perra de todas: esperar. Desde aquel agujero cubría la línea entera de botes y los veinte pasos de

tablas por los que iba a pasar todo, repitiéndose que no saldría hasta que hiciera falta salir de golpe.

Ella no contestó a Milo. Se sentó en el suelo de la despensa, de espaldas a la sombra, con la manta doblada sobre las rodillas, y abrió la mano izquierda. La brizna de fuego llevaba toda la noche calentándole las yemas; la había cebado y dejado menguar por turnos, cuidándola como un rescoldo en la nieve, y era lo único que le quedaba aparte de los dardos. Pero un conjuro y un rostro ajeno se sostienen con la misma mano, y en esa mano solo cabe una cosa. Dejó que se apagara. Tardó tres latidos en irse, sin ruido, y a Elandra le pareció una pérdida ridículamente triste. Después, se vistió con la cara del viejo.

—Llegas tarde —le soltó Milo en cuanto la proa estuvo a tiro de voz.

Lo traía ensayado: a quien reciben con una queja no se le ocurre preguntar por qué lo recibe quien lo recibe. El barquero no picó ni respondió; encajó la barca entre dos pilotes con un par de paladas cortas, amarró con un ballestrinque ciego y saltó a las tablas sin pedir ayuda y sin dar la espalda al embarcadero. Luego se quedó plantado, pasando la vista por la torre, la puerta cerrada y los botes amarrados. Arrugó apenas la nariz; un pliegue mínimo que Milo anotó mentalmente.

—Tengo orden de hablar con ella. En persona.

—Hoy no va a poder ser.

—Pues tráela.

—No está para traerla aquí —dijo Milo, pasándose la lengua por los dientes—. Lleva tres días acostada arriba.

—Que se levante.

—Levantarse se levanta. —Milo bajó la voz lo justo para que sonara a aviso—: Le empezó con un frío que no se quitaba ni con dos mantas, y a la segunda noche ya no retenía el agua. Le sube al oscurecer. Ahora está en las horas buenas, si es que a esto se le puede llamar bueno.

El hombre calló, y a Milo aquel silencio le bastó.

—Mira, yo no entiendo de esto, y el que sabía tiró río abajo el mes pasado y no ha vuelto. Solo sé lo que he visto: se le ha puesto el cuello de un color que no había visto en mi vida, y en dos sitios más está igual. Y no se rasca, que es lo que me da mala espina; lo que pica es de la piel y punto. Yo le subo el caldo, lo dejo en el rellano y me bajo. Llevo tres días sin entrar en ese cuarto y pienso seguir así. De modo que si tienes orden de verla en persona, la escalera está ahí. Sube. Te espero aquí abajo. Bien abajo. Y luego ya le explicarás tú al que te manda de qué se ha muerto el que te mandaba.

Y antes de que el otro pudiera replicar, Milo remató la jugada:

—Al viejo no lo ha tocado. Lo tenemos en la despensa con la tranca echada y ahí solo entro yo. El género está limpio.

Era una mentira áspera, con la virtud de ser incómoda de comprobar. Ante una casa pestilente, cualquiera da medio paso atrás por puro instinto. El intermediario no dio ninguno. Se quedó con los pulgares en el cinto mirando la puerta cerrada, y después miró al halfling un segundo más de la cuenta. No dijo si le parecía bien o mal: se lo guardó, con esa frialdad de quien archiva un cabo suelto. A Milo no le cuadraba un tipo al que le hablas de fiebres negras y no mueve los pies ni una pulgada; al barquero no le cuadraba una entrega con la jefa ausente.

—Enséñame el género.

Milo cruzó la arpillera y tardó un minuto largo en salir arrastrando a Elandra por la axila. La sacó despacio, parándose dos veces en los veinte pasos de tablas, con el cuidado de quien transporta algo quebradizo. El viejo iba envuelto en la lana hasta la barbilla, arrastrando los pies muertos, con la cabeza colgando de lado y todo el peso volcado en el halfling; solo se le veían el perfil afilado de roedor, los dientes asomando bajo el labio reseco y dos muñecas en carne viva oscilando como pájaros muertos.

Elandra no abrió la boca. No intentó imitar la cháchara del tabernero de Aldovera; se limitó a reproducir el pánico que le había visto encima los últimos tres días y le sumó el único truco para disimular su estatura de elfa: dejarse caer a plomo. Un cuerpo

desmadejado no tiene altura, solo bulto. El engaño era tan espeso que al propio Milo se le erizó el vello del brazo.

El barquero no se movió de su sitio. Los midió como un tratante mide a una mula reventada.

—Está peor de lo que me sirve.

—Así me lo dejaron —dijo Milo—. Yo no lo he puesto así, y de balde tampoco lo he tenido.

—¿Come?

—Poco.

—¿Cuánto lleva así?

—Dos días. Lo trajeron cascado y aquí nadie es su madre.

—¿Anda solo?

—A ratos.

—Muéstreme cómo anda.

Era la segunda pieza que chirriaba: un transportista que lleva meses cargando fardos sin preguntar, de pronto quería saber si el fardo comía. Milo avanzó dos pasos y la soltó con cuidado. Elandra aguantó su propio peso apenas cuatro latidos antes de doblar la rodilla y caerse de nuevo contra él, un desplome calculado que le costó un tirón limpio en el costado.

El intermediario esperó todavía un momento.

—Así no viaja. De aquí al vado son cuatro leguas de río, y luego ocho más por tierra. Se me muere antes de la segunda noche.

—Tú verás. Yo te lo enseño; curarlo no entraba en el trato.

—A mí me pagan la mitad al entregarlo vivo —dijo, sin levantar la voz—. Esperaré. Cuando se tenga en pie me lo llevo.

Clavó los ojos en Milo el tiempo justo para dejar claro que el trabajo de levantarlo era suyo, y que le convenía darse prisa. Fue la peor frase de la mañana: Milo había montado el teatro sobre la premisa de que nadie carga con un moribundo, y acababa de toparse con que el hombre pensaba sentarse a esperar en el muelle. Y por la cuesta, en una hora o en dos, iba a asomar un enano con el anciano de verdad al hombro.

El intermediario repasó las muñecas peladas, el suelo donde descansaban los pies del viejo y los seis botes que apestaban a brea bajo el sol naciente. Miró la torre y miró la cuesta.

Y a cuatrocientos pasos, entre los sauces, algo se movió.

* * *

Durgan vio la barca antes que la torre. Llevaba horas caminando con el costado quejándose a cada zancada y el fardel metálico golpeándole la cadera. Se detuvo en seco, contó los botes amarrados y entendió la catástrofe en dos parpadeos.

—Al suelo —le siseó al anciano, empujándolo hacia las raíces de un tirón bruto—. Y ni media palabra.

Se agazapó a su lado sobre el barro helado, sin saber cuánto tendría que aguantar allí ni recordar que a un viejo exhausto las piernas le fallan en cuclillas. A Varek se le fue el equilibrio hacia un lado, luego hacia el otro, y al tercer balanceo clavó la mano en el fango para no rodar por la orilla.

* * *

Arriba, el intermediario apartó la vista de la manta. No fue alarma, fue simple fastidio. Se dio media vuelta despacio y barrió el paisaje como quien revisa una cuenta que no cuadra: el agua, los botes, la pendiente. Y allí abajo, entre la maleza, dos siluetas agitándose torpemente en el lodo.

No gritó ni echó mano a las armas; simplemente cambió de expresión y echó a andar hacia Milo y Elandra con el mismo paso tranquilo con que había desembarcado.

—Ya te lo acerco yo... —empezó Milo, atravesándose con los brazos abiertos y la sonrisa congelada—. Espera, que si lo nuevo deprisa se marea y...

El hombre lo esquivó como a un estorbo. Se puso en cuclillas frente a la manta y estiró dos dedos hacia el embozo para apartar la lana. Elandra intentó echarse atrás, aplastándose contra Milo, pero fue tarde: la yema del hombre le rozó la clavícula y el contacto

quebró el disfraz como una piedra rompe el agua en calma. La piel arrugada y roedora se disolvió como vaho en un cristal; lo que quedó al descubierto fue el hombro liso y tenso de una elfa joven.

El intermediario no se asustó. Sonrió con la calma limpia de un jugador veterano que descubre la trampa de un novato y sabe que no va a ninguna parte. Se puso en pie, sacudiéndose la rodilla, mientras en su mano izquierda brillaba una perla mate del tamaño de una avellana.

—No sé quiénes sois ni me importa demasiado —dijo en tono plano—, mientras me lleve lo que he venido a buscar.

—¡Halvar! —aulló Milo.

La flecha salió del parapeto de chatarra con un zumbido y una lengua de fuego corta. Mordió la regala del tercer bote y el embarcadero saltó por los aires: la brea prendió por dentro del casco, saltó de amarra en amarra y, en veinte segundos, ochenta pasos de madera se convirtieron en un muro de fuego que tiñó de naranja las aguas del Varga.

El barquero ni pestañeó hacia las llamas. Miró hacia los cajones rotos de donde había salido el tiro y alzó la mano izquierda; de la palma le brotó una esfera ardiente que cruzó el muelle con una pereza insultante. Cayó sobre el montón de maderas y la chatarra dejó de existir.

La detonación reventó las tablas en abanico y despedazó el casco de la chalana. La onda empujó a Milo hacia atrás y le vació los pulmones a Elandra; más abajo, en el sendero, obligó a Durgan a clavar los codos en el barro. Durante un rato solo se oyó llover astillas encendidas sobre el río.

En el extremo de tierra solo quedó un boquete negro humeando entre dos pilotes partidos. El arco no volvió a sonar.

—Halvar... —soltó Milo desde el suelo, casi sin voz.

El intermediario caminó hacia su barca entre dos paredes de fuego, sin apresurarse, con el calor restallando en la tela de su capa. Al pasar junto a Milo apenas lo miró, con el gesto neutro de quien anota una deuda pendiente. Al llegar a popa extendió los brazos y de las mangas le salió una exhalación blanca: una cellisca seca que

cubrió su barca de escarcha pálida y asfixió las llamas a su alrededor, dejándola a salvo en mitad de la quema.

—Elandra —gimió Milo, de rodillas, con el miedo helándole el cuerpo por primera vez en años—. Elandra, dispara.

Ella se incorporó sobre las tablas calientes y arrojó lo último que le quedaba: tres dardos de luz pura salieron disparados de sus dedos, cruzaron la humareda y fueron directos al pecho del hombre. Pero a media vara de su ropa se estrellaron contra la nada con tres chasquidos secos y ridículos, como guijarros rebotando en un cristal. El tipo ni siquiera levantó la vista del cabo.

A Elandra se le cayó el alma a los pies: en aquel muelle había dos personas capaces de tejer magia, y ella era la pequeña.

La barca empezó a deslizarse hacia atrás sin que nadie tocara los remos, arrastrada por un viento anómalo que soplaba desde el norte contra la corriente. La apartó del pilote tiznado, la sacó de la línea de fuego y la colocó en el hilo de agua viva. En un minuto era un punto oscuro en el recodo; en dos, el río volvía a bajar en silencio.

Milo seguía de rodillas y Elandra de pie, a tres pasos de él, con la mano extendida y la respiración cortada frente a las tablas ardientes. Fue ella la primera en volverse hacia el foso negro que seguía humeando entre los pilotes rotos.

—Halvar —dijo Milo, y esta vez la voz le salió entera.

XVIII. Esperemos a la luna

Del embarcadero al salón había veintidós pasos de pasillo, y Milo los cruzó gritando.

Venía de asomarse por segunda vez al boquete del muelle con la capa del bandido muerto puesta y tiznada en los bordes. Daba vueltas a la mesa rota como un perro atado a un poste corto: que se largaban, que recogieran lo que pudieran en lo que tardaran en decidirlo y que nadie volviera a pisar aquel muelle mientras viviera. No era el miedo torpe de un cobarde; Milo pensaba tan rápido como siempre, solo que aullando, una novedad tan rara que Elandra levantó la vista del suelo para mirarlo.

—¡Ven y sujétale la cabeza! —gritó ella también, de rodillas, con las dos manos ocupadas sin poder soltar ninguna—. ¡Milo! ¡La cabeza, que se le va de lado!

—¡Y yo digo que nos vamos!

—¡La cabeza!

Estaban a cuatro pasos y no se escuchaban. Antes que el luto o la derrota, el muelle los había puesto a chillar a la vez su propia urgencia, y ninguna de las dos llegó a ningún lado.

Durgan empujó la puerta de tierra adentro en ese momento. Lo vio todo desde el umbral: al halfling girando como un poseso, a la elfa arrodillada gritándole y a los dos sordos el uno al otro. Y aún no había soltado al viejo.

Habían subido los cuatrocientos pasos de cuesta a la carrera: corrió el enano arrastrando a un anciano de setenta años con tres leguas nocturnas en los huesos y el fogonazo de la explosión metido en los ojos. Varek cruzó la sala a ciegas, boqueando como un pez fuera del agua, y se desplomó en el banco de la chimenea igual que un saco de grano arrojado de un carro. Durgan tiró el fardel sobre la mesa —las cadenas del molino, el par del grillete y la manta que Miren les había dado sin mirarlos a la cara— y se quedó en mitad de la estancia resoplando hollín por la barba.

Al dar dos pasos vio lo que Elandra tenía bajo los dedos, y el resto se le borró de golpe.

Habían sacado a Halvar del río.

La onda lo había despedido por encima de los pilotes partidos y el agua helada del Varga apagó lo que el fuego prendió en dos segundos. Milo lo había pescado del cinto y Elandra del otro brazo, arrastrándolo hasta el salón dejando un rastro negro y chorreante por el pasillo.

Estaba vivo. Tuvieron que repetírselo a Durgan tres veces para que lo creyera.

Pero estaba vivo como queda lo que sale de un incendio: el flanco izquierdo en carne viva desde la cadera hasta la oreja, la sien pelada y la mano derecha aferrada a un arco del que solo quedaba un palmo de fresno astillado. No hablaba. Respiraba con un silbido largo y feo, y con cada quejido Elandra le apretaba el trapo empapado contra el hombro sin ganar nada.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —soltó el enano.

La primera pregunta de una ristra que nadie iba a responderle bien: qué había pasado, quién era el tipo, por qué ardía el muelle, dónde estaban los seis botes y dónde la plata. Milo lo vomitó a trompicones, empezando tres veces por el final; todavía no había digerido la imagen de aquel hombre cruzando ochenta pasos de llamas con la capa azotada por el calor y sin torcer el paso.

—Un intermediario —dijo Durgan al acabar, despacio.

—Un intermediario.

—Milo, un mero correo de Karnash. Un tipo que sube y baja fardos por el río sin escolta. —El enano miró el muñón de madera en la mano de su amigo—. ¿Y me dices que ese hombre os ha arrollado a los tres en diez minutos y le ha hecho esto a Halvar?

—Te digo lo que he visto.

—No me cuadra de ninguna de las dos formas —dijo el enano, áspero—. Ni que sea verdad, ni que me lo estés contando mal.

La primera grieta se abrió allí mismo, entre el silbido agónico de Halvar y las tablas tiznadas: la brecha que separa a los que estuvieron delante del que llegó tarde.

—Cúralo —dijo Elandra sin apartar las manos. Durgan tardó un segundo en contestar y a ella le bastó—: Ya sé lo que hay esta noche. Se nos muere, Durgan. Se nos va desde hace media hora y yo no tengo nada. Cúralo.

El enano se arrodilló, se pasó la lengua por los labios y plantó las palmas sobre la carne destrozada. Vació allí, de golpe y sin guardarse nada para más tarde, todo lo que le quedaba en el cuerpo.

El calor penetró despacio, como agua en tierra seca, cerrando lo que pudo y dejando el resto. Halvar dejó de silbar al respirar y a Elandra le volvió el pulso; el guerrero movió la mano, luego la cabeza y abrió el único ojo útil sin reconocer a nadie.

—El arco —susurró.

—Olvidalo. Ya no hay arco.

—Maldita sea.

No dijo más. Había vuelto a medias: la voz no era suya, no juntaba tres palabras seguidas y al intentar alzarse sobre el codo el mundo se le venía encima. Durgan se sentó a su lado, con los brazos caídos entre las piernas, mirándose las palmas vacías como si lo hubieran estafado.

—Ahora —insistió Milo, reanudando el paso—. Nos vamos ahora, mientras el tipo baja el río y no nos ve salir.

—Milo...

—Escuchadme de una vez. —Se detuvo y apoyó las manos en la mesa rota—. ¿Qué defendemos aquí? El oro se fue con él. La barca se fue con él. Los botes son leña quemada y el río está cerrado; solo queda el sendero. La torre no aguanta un asalto: tiene un boquete donde estaba el embarcadero y de los cuatro, uno no anda. Dime qué coño estamos guardando, Elandra.

—Tienes razón —dijo ella.

—Pues entonces...

—He dicho que tienes razón, no que se pueda hacer. Que tengas razón no levanta a nadie del suelo.

Señaló con la barbilla a Halvar y luego al banco de la chimenea: un lisiado que no sostenía el codo y un viejo exhausto incapaz de

llenar los pulmones. Cinco leguas a pie, a plena luz, por la ribera descubierta y al paso de esos dos.

—Se va despacio —dijo Milo.

—Se va despacio hasta que caiga la noche —replicó Elandra—. Y hay otra cosa que callas y sabes de sobra: si nos vamos, nos llevamos al viejo. Salimos a campo abierto cargando la única presa por la que le pagan. Le ahorramos la mitad del viaje y la molestia de volver a llamar a la puerta.

—Va a volver de todos modos —dijo Milo, bajando por fin la voz—. La próxima vez no vendrá solo ni se quedará en la barca a pedir las cosas por favor. Vendrá a por el viejo y se lo llevará. —Alzó un dedo—. ¿Sabéis por qué seguimos vivos? Por dos cosas, y ninguna es que sepamos pelear. La primera: cree que nos necesita para que le entreguemos el fardo, y a quien te tiene que dar algo no lo degüellas de entrada. La segunda es mejor: no sabía qué había dentro de la torre. Por eso no se bajó del muelle ni soltó la barca; un tipo que hace lo que hizo y no da tres pasos en tierra es un tipo que cuenta enemigos que no ve.

Milo señaló las paredes desnudas.

—Río abajo se lleva esta cuenta: vio a tres. A mí, a ella y al del arco, al que da por muerto porque le reventó el parapeto en la cara. Dos despojos visibles, un boquete en el muelle y una puerta abierta. Pero no soltó la barca ni pisó tierra firme porque sospechó la emboscada; no sabe cuántos éramos en total, ni quién bajaba por la cuesta, ni qué queda detrás de esa madera. Esa duda fue lo que nos salvó el pellejo hace un rato, pero también es lo que nos condena: cuando vuelva, no vendrá a medirse con dos sombras. Vendrá con hierro y gente de sobra para aplastar a los dos que vio y pasar a degüello a todo lo que se esconda en la torre. Viene a limpiar la casa entera.

—No —zanjó Durgan desde el suelo.

—¿Cómo que no?

—Que no salimos. Llevo veinte horas a pie, Halvar no se aguanta y el viejo no da dos zancadas más. Fuera solo hay juncos y fango; si

nos cazan en el camino no hay ni una piedra tras la que taparse. Aquí al menos hay muros de vara y media y una escalera estrecha.

—Aquí hay un agujero del tamaño de un carro.

—Se atranca con los bancos.

—¡Con bancos! —Milo soltó una carcajada agria—. ¿Tú viste lo que le hizo al muelle? ¿Atrancamos y le decimos que no estamos?

—Sal tú al camino y échale una carrera.

—¡Antes que quedarme aquí esperando a que...!

—¡Que no te llevas al viejo a Aldovera!

El grito de Durgan, puesto en pie de golpe, reventó la mesa. Puso sobre las tablas la única verdad que llevaban días esquivando: cinco leguas al sur había doscientas almas, la luna llena salía al anochecer y llegarían con ella en lo alto.

La discusión saltó en pedazos: Milo pisando a Durgan, Durgan tapando a Milo, Elandra intentando colar una frase sin éxito y Halvar tirando de la manga de la elfa desde el suelo, balbuceando palabras que nadie se paró a escuchar.

La primera vez que habló el viejo no lo oyó nadie; fue un murmullo derrotado contra la lana, la voz de quien pide perdón por existir.

La segunda cortó el aire.

—Esperemos a la noche.

No levantó la voz más de lo necesario: habló como el tabernero que templea una taberna de borrachos con una sola frase bien plantada. Varek se había enderezado en el banco, con las manos en las rodillas y los ojos fijos en la ceniza muerta.

—Esperemos a la luna.

Milo se quedó a media palabra. Durgan bajó los hombros y Elandra soltó el trapo ensangrentado.

—Aquí dentro, con esa puerta rota —dijo el viejo, mirándolos uno a uno sin pestañear—. Que venga si tiene que venir. Yo no voy a servir de mucho, pero esta noche, en esta torre, va a haber uno más de los que él ha contado. Y el que sobra no está cansado, no tiene setenta años ni cabe en una barca. Por eso digo que esperemos.

Hizo una pausa breve y remató casi en un susurro:

—Solo os pido una cosa: cuidaos.

La sala se quedó muda. El único ruido vino del otro lado de la despensa: el roce torpe de un saco de harina y el forcejeo mudo de una mujer atada que llevaba desde el alba oyéndolo todo sin perder una sílaba.

Nadie replicó al viejo. Se quedaron mirándolo mucho después de que volviera a clavar los ojos en el hogar apagado.

XIX. Sé que estáis ahí

Aquella mañana nadie dio una orden. Con el sol asomando sobre los juncos y la piedra aún helada, los cuatro se pusieron a trabajar sin cruzar palabra, con esa diligencia amarga de quienes han dejado de discutir por puro agotamiento.

Milo hacía cuentas.

Era lo único que sabía hacer y lo hacía sin parar, dando vueltas al salón con las manos a la espalda como un tasador en una ruina que no piensa comprar: calculó las horas de luz que les quedaban antes de que la luna llena rompiera el horizonte, y contó cabezas. Esa era la cuenta a la que volvía siempre, la peor de todas: dos y medio, poniéndose generoso. Un enano con las manos vacías, una elfa a la que no le quedaba ni una chispa, un bulto en el suelo que no era un guerrero sino medio, y él, que sabía bien lo que valía en una pelea abierta: muy poco y a traición.

De esos números no salió una sola idea limpia en toda la mañana: no había forma de maquillarlos ni de rascar una ventaja donde no la había, y para un fullero no hay nada peor que una cuenta terca que se niega a dejarse trampear.

Durgan, en cambio, no contaba: acarreaba.

Se pasó las horas apuntalando la torre con una obstinación de topo, y la dejó bastante mejor de lo que estaba. Con los restos del muelle y los tablones de dos mesas desguazadas cegó el vano de la puerta rota hasta el pecho, dejando arriba una tronera estrecha para mirar sin que cupieran los hombros de un asaltante. Volcó los bancos contra el arranque del pasillo, los calzó con escombros de la despensa y los trabó contra la piedra con dos vigas cortas. Tapió las aspilleras bajas con cascotes y fango del río. Solo cuando terminó subió al primer rellano y se quedó mirando los peldaños: la escalera de caracol se defendía de uno en uno, y esa era la única ventaja del edificio.

Varek buscaba su sitio.

Llevaba desde el amanecer recorriendo la torre despacio, tanteando las paredes, dando golpecitos con los nudillos y parándose en los rincones con la cabeza ladeada, como un tratante revisando la dentadura de una bestia. Lo hacía con una calma técnica que a Elandra le heló la sangre en cuanto comprendió qué buscaba.

Descartó el pilar central, que era lo primero que habían propuesto todos.

—Ahí no.

—Es roca maciza —dijo Durgan—. No la mueve nadie.

—Sé que no se mueve. —El viejo le puso la mano encima, casi con lástima—. Pero tira de lado. Si la argolla queda a la altura del pecho, lo que esté atado camina en círculos y hace palanca; y una palanca con ese peso revienta lo que sea. Tiene que tirar hacia arriba. —Señaló con la barbilla el techo de la despensa, la viga maestra ennegrecida por la humedad—. Arriba. Y a la madera, no al suelo, que del suelo se arranca.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una vez la arranqué del suelo.

Durgan no preguntó más. Arrimó la escalera de mano, encajó la argolla en el travesaño y estuvo un buen rato probando la solidez de la viga a punta de hacha.

A Halvar lo habían dejado sobre un jergón junto a la lumbre, y allí se pasó el día entrando y saliendo de la fiebre como quien cruza una puerta que no encaja. En dos ocasiones intentó incorporarse: las dos se aferró a lo primero que pilló y las dos acabó sentado contra el muro, con el resuello roto y los ojos perdidos en las rodillas, aturdido como un borracho que no entiende por qué el suelo se le ladea. A la segunda se quedó donde cayó y no volvió a probar. Elandra lo vio desde el otro extremo, dio media vuelta y se puso a doblar unos trapos que ya estaban limpios. En cinco días de marcha jamás le había visto a Halvar soltar una presa ni rendirse ante nada.

Fue el viejo quien se quedó a su lado sin que nadie se lo pidiera. Tras fijar la argolla, se sentó junto al jergón y no se movió de allí: le mudó los vendajes del costado, le levantó la cabeza para que

bebiera, le espantó las moscas y le habló. Le habló en voz baja durante horas con esa cháchara mansa de tabernero acostumbrado a lidiar con parroquianos sordos, parando solo cuando el guerrero perdía el sentido y volvía aquel silbido áspero en los pulmones.

Ninguno de los otros se acercó a escuchar. Elandra pasó de largo dos veces y a la segunda entendió por qué el anciano había elegido a ese oyente y no a otro: llevaba media vida guardándose aquello y, para soltarlo, había tenido que esperar a tener delante a alguien incapaz de apartar la cara, de cambiar de tema o de levantarse con cualquier pretexto. Se confesaba ante el único hombre que no podía replicarle.

Le contó lo ocurrido a los nueve años, de camino a la feria de Ansel con su padre. Acamparon mal; no había más vuelta de hoja. A su padre lo mataron y a él no. Durante dos años despertó lejos de su cama, con barro en las uñas y la cabeza en blanco, convenciéndose de que era sonámbulo hasta que la mentira no dio más de sí. Luego uno aprende a contar las lunas, aprende a buscar vigas maestras y aprende que la plata es lo único que aguanta, aunque cueste una fortuna y haya que jurarle al herrero que es para sujetar a un ternero mañoso.

Le dijo, con el tono plano de quien repasa un balance viejo, que llevaba tanto tiempo sin tocar a un vecino de Aldovera que ya se habían muerto de viejos todos los que lo recordaban de muchacho. Décadas enteras sirviendo cerveza de día y atándose a una viga cada vez que el cielo se encendía, sin fallar un solo mes.

—Es lo único que he hecho a derechas —murmuró—. Lo único. Y ya ves tú para lo que ha servido.

Halvar recobró el juicio a media tarde. Giró la cabeza despacio hasta enfocar al viejo con el ojo sano. Varek se quedó mudo a media frase, con el pánico del que descubre que ha dejado la puerta abierta toda la noche.

—Sigue —masculló Halvar.

Apenas dos sílabas que le costaron un mundo. Luego volvió a cerrar el párpado y el viejo siguió hablando con la voz rota.

Elandra bajó a la despensa a media mañana, mientras Durgan bloqueaba la última aspillera y Milo recomenzaba sus cálculos.

Kessa Ravel seguía atada al saco de harina. Llevaba horas pegando la oreja a las tablas y se le notaba: no soltó pullas ni esperó a que la elfa tomara asiento. La pregunta le brotó con un temblor impropio de ella:

—¿De verdad vais a soltar a esa bestia?

—Estás asustada.

—Contéstame.

—Te asusta lo que no toca —dijo Elandra, sentándose en el suelo frente a ella—. Tú no viste el muelle, Kessa. Oíste el estruendo y viste el humo, pero la idea que te hiciste se queda corta. El lobo es lo único de esta torre que comprendo, y llevo desde el amanecer rezando para que sea lo peor que nos pase esta noche.

Elandra dejó correr el silencio antes de inclinarse hacia ella:

—Cuéntamelo todo. A qué jugamos, qué sabe Karnash y quién es el de la barca. No me lo digas por caridad; dímelo porque el agua te llega al cuello a ti también. Un mago capaz de reventar un muelle con un gesto no hace de recadero para cualquiera. Si ese tipo hace los portes, el que da las órdenes es todavía más peligroso. Y tú llevas un año cobrando de él.

Kessa no sabía nada. En eso no había mentido en el primer interrogatorio: un año de cartas anónimas en una estafeta, oro bueno y ni una sola cara. Pero una capitana que ha mandado sobre treinta degolladores reconoce un naufragio desde el fondo de la bodega.

Así que habló durante un cuarto de hora, estirando jirones de verdad para tapar los huecos: nombres a medias, un recodo del río donde oyó rumores, fechas que casi encajaban. Lo soltó todo con vacilaciones medidas y con la misma trampa al final de cada frase: te lo marco mejor si me desatas; podría averiguarlo esta noche si me dejáis moverme.

Elandra la escuchó sin pestañear.

—No —dijo al final.

—Elfa...

—Nada de lo que me cuentas te importa: es solo el envoltorio. Lo que de verdad me estás vendiendo es que te suelte las manos, y no cuela. Llevo tres días viéndote tasar todo lo que cruza esta puerta y distingo de sobra cuándo lo que está en venta eres tú.

—Si ese engendro se suelta, estoy vendida contra el saco. ¡No puedo ni taparme la cara!

—Lo sé.

—¡Lo sabes! —A Kessa se le quebró la voz—. ¿Y os vais a quedar tan anchos?

—Nadie va a mover un dedo por ti esta noche —dijo Elandra desde el umbral, sin volverse—. Te ha tocado una mano pésima, Kessa. Juégala como puedas, que todavía no ha terminado la partida.

* * *

A mediodía, el viejo atajó a Durgan cuando este iba a meterle el hombro a otro madero:

—Enano, vete a dormir.

—Tengo faena.

—Llevas veinte horas de marcha encima y las manos vacías. Lo que a vosotros os devuelve la fuerza no viene de clavar tablones; viene de cerrar los ojos.

Durgan miró el martillo, miró al herido y soltó la herramienta contra el suelo.

—Dos horas —gruñó—. Si asoma algo por el río, me despertáis a patadas.

Se tumbó junto a las brasas sobre la manta de Miren y cayó redondo. A Elandra le costó más: subió a la tronera, se sentó de cara al ventanuco y entró en ese trance elfo que parece vigilia. Apenas aguantó tres horas antes de que el rumor del agua la sacara del letargo.

Aun así, despertaron con algo de aire. Durgan se tanteó el pulso divino: le alcanzaba para cerrar una herida grave y poco más. A Elandra le había regresado la brizna de fuego y un puñado escaso de trucos menores que tendría que dosificar al grano. No era un arsenal, pero cuando Milo rehizo la cuenta desde la mesa, le salieron tres combatientes enteros en lugar de dos y medio. La única suma que le cuadró en todo el día.

El atardecer se les echó encima antes de hora. Milo dejó de contar y pulió el estoque tres veces. Durgan repasó la barricada. Elandra volvió a la aspillera alta a vigilar el río.

Cuando el sol rozó las copas del bosque, Varek se levantó, se sacudió el polvo y entró solo en la despensa. Se encadenó él mismo: pasó treinta años haciéndolo a oscuras y sabía que nadie lo ajustaría mejor. Se sentó bajo la viga, se calzó los grilletes de plata altos sobre el hueso de las muñecas, pasó la anilla y probó la tensión dejándose caer a plomo.

Luego les enseñó el cabo.

Había desmontado el pasador de la argolla para sujetarlo con una cuña suelta; de la madera salía una cuerda fina que corría por el travesaño, cruzaba el marco y caía junto a la jamba del salón, a tiro de mano.

—Si tiráis de aquí, el pasador salta y la cadena se suelta. Desde fuera, sin tener que entrar.

Nadie preguntó nada. Era la misma advertencia de la mañana convertida en cáñamo: una fiera que sumaba uno más a la cuenta del enemigo.

No tardarían en comprobarlo.

* * *

Elandra divisó las barcas antes de que el ruido llegara al muelle: tres sombras doblando el recodo ceniciento en fila india, sin farol y acompasadas. Cinco hombres a los remos. El sexto iba en la proa del segundo bote, con las manos en las rodillas y la vista clavada en la torre. El intermediario.

Bajó la escalera de tres en tres. El crujido de la madera reventada contra los pilotes y el chapoteo de los asaltantes saltando a las tablas llenaron el pasillo.

Entró al salón casi sin aire:

—Cinco. Y él.

Durgan aferró el martillo y Milo sofocó el último rescoldo de la chimenea de una patada. La sala quedó a oscuras. Fuera, las tablas quemadas crujieron bajo unas botas pesadas.

Y entonces, tranquila y clara, llegó la voz desde el muelle:

—Sé que estáis ahí. Solo quiero mi mercancía. Dejaos de rodeos, que vengo con menos paciencia que esta mañana y el día perdido.

Hubo una pausa en la que se oyó arrastrar hierro sobre la madera.

—Y otra cosa: tenéis dentro a Kessa Ravel. Más os vale sacarla aquí fuera; esa mujer me debe explicaciones que llevo demasiado tiempo esperando.

XX. Lo que soltaron

Respondió Milo, porque siempre respondía él, y lo hizo desde detrás de un tablón, a oscuras y sin una sola carta en la mano.

—¡Está dentro, sí! —gritó—. ¡Igual que esta mañana, o peor! ¡Si lo quieres andando, te esperas al alba; si te vale a rastras, vas a tener que convencerme!

Afuera hubo una pausa corta. Después, la voz de aquel hombre sonó tan clara y cercana que pareció colarse entre las piedras del salón.

—No estamos regateando, y creo que ya lo sabes. Os informo, que es más rápido: quiero al viejo; quiero a Kessa Ravel, que me debe una charla; traigo cinco hombres pagados para meterse en sitios estrechos; y yo no pienso mancharme las botas. Elegid bien a la primera, porque no lo voy a decir dos veces.

Lo dijo sin aspavientos, con la calma del que repite una fórmula que siempre le ha salido bien. Por eso dolió escucharlo: no había rabia en el tono, y una amenaza, al menos, admite réplica.

—Ahora lo vuestro: dejadlos dentro y marchaos por el sendero. Nadie os va a seguir, nadie os va a buscar y no me importa quiénes seáis. Tenéis lo que se tarda en contar hasta doscientos.

Esa fue la peor parte de la noche, y aún no habían chocado los aceros.

Era una salida limpia. La única oferta decente que habían recibido desde que cruzaron el bosque de Corvegal. Los tres lo entendieron al vuelo y ninguno abrió la boca: Milo miró a Durgan, Durgan clavó los ojos en las losas y Elandra miró la puerta cerrada de la despensa, tras la cual un anciano esperaba encadenado a una viga a oscuras, ajeno al precio que le ponían a su pellejo.

Nadie votó. Ninguno fue capaz de pronunciar «se lo entregamos», y el silencio bastó como respuesta.

—Uno —dijo la voz desde el muelle.

Y empezó a contar. Despacio, sin apurar el compás, número a número.

Pero el tipo había pedido dos cabezas, y la segunda seguía abajo, atada al saco de grano. Sobre el viejo no había debate posible, pero con Kessa era distinto. Elandra cogió la vela y bajó los cuatro peldaños con Durgan pegado a la espalda; no para desatarla, sino para obligarla a hablar. Para ver qué cartas le quedaban por jugar antes de decidir si la sacrificaba.

La despensa apestaba a harina rancia y a miedo. Varek seguía bajo el madero, con la plata en las muñecas y la cadena recogida en el regazo como un ovillo; no alzó la vista. En la esquina opuesta, baldada tras horas en la misma postura, la tiefling no esperó a que hablaran.

—¡Sacadme de aquí!

—Nos está pidiendo a ti —dijo Durgan.

—Ya lo he oído. Sacadme de aquí.

Elandra levantó la llama. Ya no quedaba rastro de la suficiencia de Kessa; miraba la argolla del techo con la lucidez intacta: sabía a qué hora rompía la luna, a cuántos pasos estaba del anciano y que esa misma mañana le habían jurado que nadie movería un dedo por ella.

Antes de que la elfa diera media vuelta, quemó su último cartucho:

—Puedo pararlo.

—No cuela —dijo Elandra.

—Escúchame. —La voz le salió baja, con la urgencia del que se juega el cuello en una sola bocanada—: Llevo algo encima. Me lo dio Karnash hace ocho meses envuelto en trapos, con orden de no enseñárselo a nadie. Está cosido en el forro del chaleco; me registras y lo sacas en dos tirones.

—¿Qué es?

—Una piedra lunar.

Durgan soltó una bocanada de aire bronco.

—No sé usarla —añadió Kessa deprisa, y esa confesión la salvó—: Jamás la he probado. Podría ser un pedrusco caro y ya está. Solo os digo lo que me juraron: que manda sobre lo que tenéis

ahí sentado, y por eso costó una fortuna. Os lo digo ahora porque antes creía que me soltaríais por las buenas.

—Esta mañana me vendiste humo.

—Esta mañana te vendí palabras; es mi oficio. Ahora te ofrezco algo que puedes palpar y juzgar tú sola. Esa es la diferencia.

La ventaja de una trampa palpable es que se comprueba en el acto: o es una estafa burda o es una tabla de salvación. La sacaron entre los dos, con el enano cargando el peso y la elfa alumbrando el paso, y la subieron al primer rellano del caracol. La ataron a la columna central, lejos del vano y dos escalones por encima del jergón donde descansaba Halvar. Allí, Elandra rajó la costura con el cuchillo: la piedra era tibia, del tamaño de una nuez, y quemaba en la palma con un latido desagradable.

Ninguno votó tampoco aquello, pero los tres cedieron. Elandra por el peso del talismán en el puño; Durgan por escrúpulo de clérigo, incapaz de dejar a una prisionera atada en la misma celda que una fiera; y Milo porque, tras maldecir la maniobra, se agachó a tirar de la cuerda para sellar el apaño.

En la despensa quedó Varek, solo con sus hierros.

Al subir los últimos peldaños, Elandra vio el tajo de luz blanca que cortaba la escalera: un destello limpio, caído en diagonal desde la aspillera alta. Subió dos peldaños más y se asomó: la luna llena acababa de desprenderse de los juncos, enorme y lechosa sobre el cauce del Varga.

Abajo, el metal chirrió.

No hubo aullido de arranque; hubo un hombre. Se oyó a un anciano respirar a trompicones, pedir perdón dos veces a la nada y tensar la cadena contra la madera con un crujido agónico, colgándose con todo el peso para medir la argolla. Rasgó la tela del jubón. Y luego sonó una transición gutural, a medio camino entre la queja humana y el desgarrar de la carne, que duró doce latidos.

Después, una calma densa. Una respiración honda, rota, que no pertenecía a nadie conocido.

Durgan hincó las rodillas y masculló una plegaria en enano. Nadie lo mandó callar.

Afuera concluyó la cuenta y el muelle crujió bajo las botas. Durante cinco minutos la refriega fue previsible: cinco hombres armados en un embudo de vara y media se atorán igual que si fueran dos. Durgan se clavó tras la madera con el escudo en la muesca y descargó el mazo sobre el primero que metió el hombro; el segundo aprendió la lección y frenó en seco. Milo faenó desde abajo, picando a la altura de las corvas donde nadie baja la guardia, y Elandra reventó adoquines contra los cascos desde la penumbra.

Hicieron pie. Aguantaron el primer embite e incluso Milo torció una sonrisa entre los dientes. Al fondo, la puerta de la despensa encajó un golpe seco desde dentro, pero nadie apartó la vista de la brecha.

Entonces el mago zanjó el juego.

No lanzó una bola de fuego ni un rayo: la barricada comenzó a deshacerse por sí sola. Los tablones que Durgan había clavado a conciencia se soltaron de las espigas con un crujido seco y limpio, como un cajón que se desliza; las vigas de apoyo bascularon hacia los lados y el cascote rodó por las losas como grano vertido de un saco. En veinte segundos, la defensa de todo un día quedó reducida a un montón de leña desparramada, abriendo paso al aire helado de la ribera.

No lo habían tirado a golpes; lo habían desmontado a distancia, pieza a pieza, con la desgana del que aparta un plato vacío.

A Elandra se le secó la boca. No fue miedo a la espada ni a la caída; fue el vértigo de no entender a qué se enfrentaban. Aquel tipo no combatía, despachaba faena, y frente a eso la destreza no servía de nada. El instinto animal le tomó el pulso y le dictó la única salida de una bestia acorralada.

La madera de la barricada terminó de ceder con un crujido seco. Entre tablones astillados y patas de mesa rotas, la silueta del tipo asomó al hueco con los suyos empujando detrás.

—¡Atrás, al caracol! —gritó Elandra, aferrando a Durgan por el coselete.

Tropezaron hacia los primeros peldaños de la espiral de piedra, cediendo el rellano justo un segundo antes de que los invasores

cruzarán en tropel la brecha. Apenas tuvieron espacio para encajarse de espaldas a los escalones, con el eco de las botas enemigas resonando en las losas.

—La cuerda —dijo.

—Elandra, no —frenó Durgan, reculando hacia el arranque del caracol.

—La cuerda, Durgan.

—¡Estamos atrapados en una torre que nosotros mismos hemos barricado, con uno medio muerto y el otro convertido en una bestia! ¡Esa cosa no va a preguntar quién es quién!

—Ahí fuera hay seis haciendo ruido y les pillan más cerca. En eso confío. No sé qué pasará luego, pero tiro yo de la manta. ¡Hacedlo!

Milo no discutió. Midió el hueco con la mirada, cruzó tras la espalda del enano y buscó a tientas el cordel junto a la jamba. Se enrolló el cáñamo en la muñeca y pegó el tirón con todo el cuerpo.

La cuña saltó. La cadena se desplomó sobre el barro con el estruendo sordo de una reja de arado.

La mole salió en estampida hacia la claridad del boquete, hacia el ruido y hacia los hombres que lo provocaban, barriendo la entrada de una sola tarascada. Un mercenario con coraza y montante frente a semejante embestida dura lo mismo que un perro atado a una estaca: el primero voló sin llegar a encararse; al segundo lo partió contra el marco de piedra; y el tercero se tiró al Varga por su propio pie, la única maniobra cuerda de toda la noche. Hubo gritos cortos, crujidos de madera rota y botas chapoteando a la desesperada.

En la escalera, los tres soltaron el aire acumulado. Ocho segundos de tregua que pagarían caros.

Desde el muelle en ruinas, sobre el rumor de la carne abierta, brotó la risa del intermediario.

Un chasquido breve, satisfecho, de marchante que descubre que la pieza comprada vale el doble. Salió de la sombra del pilote sin apresurarse, encarando el muelle con un arco de caza entre las manos. Una madera corriente, de las que se compran por unos chelines en cualquier feria. Asentó los talones en las tablas

chamuscadas, calzó la flecha y abrió el tiro con la paciencia de un tirador de foso.

Elandra clavó los ojos en la punta del astil: no era de hierro, sino de un mineral blanco, lechoso, que despedía un brillo pálido bajo la luna. En el chaleco, la piedra que le había sacado a Kessa le ardió contra las costillas.

La cuerda restalló. La flecha cruzó la humareda y mordió hueso con un golpe seco, sordo, hundiéndose limpia en el músculo.

La fiera clavó los cuatro remos en mitad del embarcadero, frenando en seco con el testuz gacho, como si a medio salto se le hubiera vaciado la rabia.

El hombre empezó a hablarle en un murmullo ajeno, sin aspavientos, midiendo las pausas como quien apacigua a un caballo resabiado para no espantarlo. No buscaba abatir a la bestia; matarla era tirar una fortuna al agua. Habló con parsimonia hasta que el espasmo de los cuartos traseros remitió y el lomo del animal se hundió hacia las tablas. La respiración se fue acompasando, lenta y pesada, convertida en un fuelle dócil.

Entonces la criatura dio media vuelta.

Elandra retrocedió a tientas hasta chocar contra el muro. El monstruo enfilaba la torre al paso, con la cabeza baja, las pezuñas pesadas y el astil cabeceándole en el flanco, cruzando los tablones carbonizados en línea recta hacia la brecha que ellos mismos le habían abierto.

Detrás, inmóvil en la orilla, el hombre lo veía avanzar con las manos a la espalda.

XXI. Huid, idiotas

No hubo nada que decidir, y eso fue casi un alivio: aquello cruzó la brecha al paso, con el astil cabeceándole en el costado a cada zancada, y los tres regularon por la escalera de caracol por puro instinto.

Pero la escalera estaba atascada. En el primer rellano, atada a la columna de piedra, seguía Kessa Ravel. Dos peldaños por debajo, sobre el jergón improvisado, yacía Halvar. La retirada pasaba, sin metáfora posible, por encima de los dos únicos cuerpos incapaces de valerse por sí mismos, y no había tiempo para deliberar.

Durgan taponó la primera vuelta encajando el escudo de arista a arista contra la sillería, con las botas afirmadas en dos alturas; fue su mejor versión de toda la semana, pero contra semejante embestida apenas rascó unos segundos. Elandra fue con todo. Trazó el sello en el aire y le metió los dardos de fuerza en el pecho de tres en tres, sin pausa; luego vació lo poco que el descanso le había devuelto, hasta la brizna de fuego que llevaba templándole los dedos. Ningún conjuro frenó a la fiera: sirvieron solo para retrasarla, para arañar tiempo, y ella sintió cómo se le escurría la magia con una rabia amarga en la garganta.

—¿Cómo salimos de esta? —soltó Durgan.

Fue la primera vez en todo el viaje que el enano hacía una pregunta en lugar de zanjarla con una sentencia, y a Milo se le clavó el detalle.

El pícaro no contestó. Levantó los ojos hacia la boca negra de la escalera, hacia las almenas rotas donde Elandra se había pasado la noche contando sombras; la jugada que calculaba era un disparate, pero era la única que quedaba sobre el tablero. Luego bajó la vista al jergón y remató la peor parte de la cuenta: Halvar no podía moverse, y lo que Milo maquinaba no admitía cargas.

—¡Soltadme! —aulló Kessa desde el rellano, con los hombros machacados contra la piedra—. ¡Soltadme, que puedo ayudar! ¡Sé cómo funciona la maldita piedra!

—¡Hace un minuto jurabas que no!

—¡Hace un minuto estaba negociando!

Ahí quedó, escupido a pleno pulmón, el retrato entero de la mujer. La duda les duró el segundo exacto que tardaron en oír las garras raspar los peldaños tres pasos por debajo del broquel de Durgan.

Elandra sacó la daga y le segó las amarras de dos tajos. Fue cálculo frío, sin una gota de piedad: la segunda vez en dos días que le perdonaba la soga a esa mujer, y en ambas por pura conveniencia.

Kessa se puso en pie sobándose las muñecas despellejadas y soltó la paga por encima del hombro mientras subía los peldaños de dos en dos, sin intención de repetirlo:

—¡Por dentro! ¡Esa porquería solo responde desde dentro, tiene que tocarle la entraña! ¡Que se la trague, me dijeron! ¡Haced que se la trague!

—¡Kessa!

—¡Buena suerte!

La revuelta del caracol se la tragó y no volvieron a verla.

Segundos después, mientras retrocedían paso a paso tras el escudo del enano, les llegó desde abajo un golpe sordo y monumental: el zarpazo seco de un cuerpo pesado reventando contra el agua desde gran altura. Nadie dijo palabra. Los tres lo entendieron a la vez, y en ese instante atroz les pareció la decisión más cuerda tomada en toda la noche.

Entonces el hocico asomó por el hueco del caracol. Fue el peor momento de la refriega: Elandra se había aferrado a la idea de que una escalera estrecha iguala las fuerzas y de que semejante mole jamás entraría por un vano de vara.

La bestia forzó la paletilla y se embutió de todos modos, contorsionándose sobre sí misma con la elasticidad descarnada de un gato viejo, desmintiendo de golpe su tonelaje y su osamenta. La última ventaja táctica se vino abajo.

—¿Qué hacemos? —soltó Elandra.

Nadie respondió porque no había qué decir.

Durgan había alcanzado el rellano inferior y tropezó con Halvar, que reptaba losa arriba empeñado en ganar el siguiente peldaño con el único brazo útil. Sin hacer preguntas, el enano se dobló, le calzó el hombro bajo la axila sana y tiró de él hasta pegarlo a su flanco. Empezaron a remontar a trompicones: Durgan de espaldas, empujando con el broquel y sujetando las costillas del soldado con el brazo libre; Halvar afirmando la bota buena y cargando todo su peso muerto para alcanzar la vuelta. A Durgan se le salían los ojos de las cuencas por el esfuerzo. Halvar, con la cara hundida en el sayal mugriento del clérigo, maldecía su impotencia entre dientes con palabras muy crudas. Y Milo reculaba tres peldaños por cada uno que ganaban ellos, arrastrado por un pánico ciego que le borraba el juicio.

Elandra apretaba la piedra lunar en el puño izquierdo. La había sacado sin pensar: un guijarro tibio, del tamaño de una nuez, perfectamente inerte. Ni brillaba ni templaba el aire; un adorno inútil frente a la mole que les pisaba los talones.

Que se la trague, había gritado la tiefling. Elandra miró el tiro ciego de la escalera y no le dio tiempo a hilar la idea.

El único que había entendido el truco de la flecha era el hombre que apenas se tenía en pie.

Halvar lo había visto desde el suelo, con el ojo sano nublado por la fiebre: vio al tirador asentar las suelas en las tablas, medir el tiro y alojarle el astil en pleno costillar. Ni al cuello ni al codillo; no era un disparo para tumbar a una fiera, sino un garfio para gobernar una brida.

Intentó avisar. Probó dos veces, pero solo soltó gorgoteos pastosos contra el cuello del enano. Nadie lo entendió y nadie tenía un segundo para pedirle que repitiera.

Resolvió el asunto por su cuenta. Se soltó del cinto de Durgan de golpe, resbaló peldaños abajo y en la caída le arrancó del arnés la hacha corta de mano. Hizo pie contra la pared y, por una fracción de segundo, volvió a plantarse recto sobre las dos piernas.

Soltó un bramido salvaje, una dentellada de aire que heló a los tres más que el avance del monstruo. Un grito sin miedo que sonaba, por encima de todo, a un inmenso alivio.

Halvar se tiró caracol abajo y le clavó el hierro en el flanco izquierdo con las dos manos, volcando el resto de vida que le quedaba en el golpe. Con la diestra —la única pieza que todavía le respondía en el chasis— buscó a ciegas el astil lechoso que asomaba en el costado opuesto, cerró los dedos hasta que crujió la madera y pegó un tirón seco.

La flecha salió entera, con las barbas melladas y la punta limpia entre jirones de pellejo. Halvar cayó de espaldas cruzado sobre tres peldaños, aferrando el proyectil contra el pecho y con el hacha aún temblando en las costillas del animal. Entre los rugidos de la bestia se le oyó la voz, machacada y sin aire:

—¡Huid, idiotas!

La cólera estalló limpia e instantánea. La mole que subía a paso manso con la cabeza gacha se convirtió en un solo latido en la pesadilla que llevaban temiendo toda la noche: sin el arpón en la carne, la fiera volvía a ser dueña de su rabia.

Se revolvió en la estrechez y empezó a golpear a ciegas. No buscaba carne: embestía contra el mundo. Machacó los peldaños, el maderamen carcomido, el broquel caído y el eje de piedra, arremetiendo sin medir el daño propio. A la tercera embestida, la torre entera tembló desde los cimientos con el gemido sordo de un mástil quebrado por la galerna. El mortero de dos siglos, reblandecido por el río, reventó en grietas del ancho de un brazo.

Milo reaccionó el primero; un chispazo de instinto que lo redimió de la huida.

Enganchó a Elandra del jubón, trabó a Durgan por una correa y tiró de los dos hacia arriba con una fuerza inverosímil para su tamaño:

—¡Arriba! ¡Ya lo habéis oído!

Corrió caracol arriba y la sombra se lo tragó en dos vueltas.

Elandra subió tras él, con el amuleto clavado en los nudillos y sin atreverse a mirar atrás.

Durgan cerró la marcha. Antes de apretar el paso se giró por completo y se quedó un segundo suspendido ante la boca negra del pozo, donde su compañero se batía a oscuras en el suelo. Nadie supo qué llegó a ver. Luego echó a subir.

Subió pesado y torpe, como sube cualquier enano embutido en hierro, y más con la sillería oscilando bajo las suelas con un compás ajeno a las cosas de roca.

Al asomar a la azotea cazó la estampa al vuelo: vio a Elandra tomar carrerilla en cinco zancadas sobre las almenas rotas y arrojarle al vacío con una agilidad limpia que le supo casi a afrenta. De pronto la torre basculó hacia el cauce, crujió de arriba abajo y el suelo de losas se abrió en canal.

Durgan apretó los dientes y enfiló el pretil con el mazo golpeándole el muslo mientras las junturas de cal reventaban a sus pies; saltó en el último suspiro, justo cuando la fábrica entera cedía para venirle abajo en una masa ciega de polvo y cascotes.

Salió despedido hacia la negrura, hacia el espejo turbio del Varga que subía a engullirlo a toda prisa.

Y fue en esa fracción de segundo, con las piernas braceando en el aire y la aduana desplomándose a su espalda, cuando Durgan hijo de Torvald se acordó de lo que se tarda en soltar los cierres de una coraza de placas cuando el plomo tira hacia el fondo.

XXII. El camino al molino

Un enano con armadura de placas no flota; cae a plomo.

Baja recto, arrastrado por el peso ciego del acero. Durgan desperdició las dos primeras brazadas en comprender lo inútil del gesto: las correas de las hombreras se cerraban a su espalda, y despojarse de aquel caparazón bajo el agua era una tarea imposible. Para cuando el mordisco helado del Varga le anegó la garganta, recordó la coraza vacía que el río se había tragado cuatro días atrás; un pedazo de hierro del que jamás se volvió a saber, y que ahora lo aguardaba en el fondo.

Lo sacaron entre los dos, pagando el tributo de arrancarle a la corriente sesenta libras de acero con un enano ahogándose dentro.

Elandra hizo pie primero porque saltó limpia desde la azotea y nada mejor que casi nadie. Lo pescó a tientas por el muñón del brazo en alto, la única maniobra cuerda que el enano ejecutó en veinte segundos de asfixia. Milo llegó detrás, braceando con un cabo enrollado al pecho; le encajó el lazo bajo los sobacos al primer intento y, tirando los dos a una, lo vararon en el lodazal de la orilla. Durgan vomitó medio río entre arcadas antes de dejarse caer de espaldas a mirar la noche.

En lo alto, la luna seguía intacta.

A su espalda ya no quedaba torre, sino un túmulo: una masa informe de sillería que exhalaba columnas de polvo blanco, dos muñones de tapial y el arranque del caracol asomando de través como una tibia rota. Del muelle solo quedaban pilotes tronchados bajo las vigas maestras.

El inventario lo desgranó Milo en un susurro, acurrucado en el barro, porque a un tahúr los números se le agolpan en la lengua incluso con el miedo al cuello.

Iban a ciegas, sin yesca ni eslabón. Sin cadenas, porque el hierro del molino descansaba aplastado bajo veinte toneladas de mortero; una pérdida amarga tras legua y media de acarreo para una sola noche de uso. Sin argolla, sin vigas y sin trampa, con el artífice

sepultado en el derrumbe. A Elandra no le quedaba un conjuro en los nudillos; los había quemado en la escalera para arañar unos segundos inútiles. A Durgan se le había secado la gracia divina y le faltaba el aire.

Y no tenían a Halvar.

Milo soltó esa última baja con la misma sequedad que las anteriores —la única forma de no romperse— y calló.

La réplica al balance la puso el enano desde el fango, con la voz pastosa del que acaba de tragar cieno:

—Tampoco está eso.

Nadie pidió precisiones: los tres rumiaban lo mismo desde que tocaron tierra. Aquella mole jamás asomó a la azotea; le habían caído encima tres plantas de piedra viva, un mazazo ciego que no deja nada entero. Era la única casilla favorable de la cuenta, tan desproporcionadamente buena que nadie se atrevió a festejarla.

—Se lo ha llevado por delante —dijo Milo—. Halvar se lo ha cobrado entero.

Lo repitió dos veces, con la terquedad del que necesita creerse sus propios embustes.

Elandra no abrió la boca. Miró la palma izquierda: una piedra lechosa, tibia, del tamaño de una nuez. Una fortuna pensada para someter a una fiera que ya criaba malvas; inútil durante el asedio y vacía de sentido ahora.

—¿Y ahora? —soltó al aire, mirando el pedrusco inerte—. ¿Alguien sabe qué se supone que gobierna esto?

—No.

—¿Y a quién le preguntamos?

Silencio. De los dos únicos que podían arrojar luz sobre el asunto, uno dormía bajo una montaña de escombros sin haber visto jamás semejante magia, y la otra bajaba el río a nado tras confesar que solo había repetido un recado a ciegas.

En ese instante, la ruina crujió.

El cascote cedió por la boca rota del caracol. Se abrió paso despacio, con una demora pesada que a Elandra le revolvió el estómago: en una fiera, la lentitud delata intención y hueso duro.

Salió viva. Viva y maltrecha: el lomo blanco de cal, un tajo lívido de dos palmos en el flanco izquierdo y el orificio del proyectil manando en el derecho; arrastraba un cuarto trasero y sacudía el hocico como si el yeso le secara la boca.

Lo que mata a un hombre apenas roza a una estirpe así. Lo advertían infinidad de fechas en el cuaderno del viejo: tres décadas aprendiendo a palos que para sujetar a la bestia hacía falta plata sobre el acero y una viga maestra en lugar de tierra batida. El fuego no la consume. Dos viroles no la paran. La aduana entera desplomada encima apenas le astilló un corvejón.

—Ahí la tienes —masculló Milo contra el lodo—. Ahí la tienes, y nosotros al raso.

Al otro lado del muelle en ruinas, llana y sin quiebro, volvió a sonar la voz del intermediario.

Seguía entero: no se había arrimado a la piedra en toda la noche.

Bajaba por el talud con los dos espadachines que le quedaban cubriéndole los flancos, sin desenvainar y con la parsimonia de un tratante de mulas. Retomó el murmullo gutural, espaciando las pausas para dejar que el sonido calara en la carne antes de soltar la siguiente orden.

A Elandra le revolvió las tripas la crudeza del oficio. Nada de sellos en el aire ni alardes de escuela: solo un tipo seco administrando frases cortas sobre un montón de cascotes, sin alzar la voz, como quien repasa un albarán.

—Le está marcando el paso —susurró Durgan.

—No —atajó ella, poniéndose en pie con un chasquido de rodillas—. Intenta volver a meterle el freno.

Pero el freno patinaba.

La fiera ladeó la cabeza, pero no acudió. Se quedó rígida sobre las piedras, resoplando como un fuelle roto. El hombre repitió la orden; insistió una segunda vez y a la tercera tuvo que levantar la voz, el primer mal gesto que mostraba en todo el día.

Elandra lo vio claro: Halvar le había arrancado el astil entero de cuajo en la escalera y lo que quedaba bajo el pellejo no pasaba de ser una esquirla rota, astillada por el tirón y aplastada después bajo

toneladas de mortero. Con una mella de piedra se señala una dirección, pero no se sujeta una rienda.

—No puede —dijo la elfa—. Puede azuzarlo, no pararlo.

—¿Y eso nos ayuda?

No los ayudaba en nada.

El intermediario llegó a la misma conclusión un segundo antes y cambió de táctica: marcó la presa. Cortó el rezo con un chasquido seco, alzó dos dedos hacia el lodazal y la bestia, sorda al bocado, sí entendió el blanco.

Giró la cabeza hacia ellos. Y tras la cabeza, el cuerpo entero.

En cuanto la fiera puso la primera zarpa fuera del escombro, los tres ya habían puesto pies en polvorosa hacia la linde.

Durgan se llevó la peor parte: arrancó desde el barro con sesenta libras de hierro empapado encima y metió mal la zurda en un hueco de piedras. El crujido del hueso sonó limpio a tres pasos. No gritó ni aflojó el paso: se encajó la mano rota contra el peto con el otro brazo y echó a correr a trompicones, con el mazo golpeándole el muslo y la muñeca hinchándosele dentro del guantelete como una hogaza tibia.

Enfilaron hacia Aldovera por puro instinto animal: era el único sitio con empalizadas, trancas recias y lumbre para no amanecer degollados.

La fiera no se despegó.

No galopaba —el corvejón roto no le daba para carreras, lo que concedió a Milo una ventaja engañosa—, pero sostenía un trote sordo y machacón. Una bestia al galope revienta; aquello no esprintaba, avanzaba cojeando sobre el fango, y cada vez que el grupo paraba a recuperar el aliento a cien pasos, la sombra cenicienta volvía a recortarse al fondo del camino con el mismo compás de reloj.

En el repecho de una loma, Durgan clavó las botas.

Frenó en seco, patinando en la gravilla. Milo se le empotró en la espalda y casi se va al suelo. El enano quedó encorvado, con la mano sana en la rodilla, soltando silbidos por la boca y la vista fija

en la linde de los fresnos, tras la cual dormían doscientas personas ajenas a la sangría.

—No.

—¡Durgan!

—He dicho que no. —Se irguió despacio, pagando cada pulgada de hueso—. Yo no meto esta carnicería en el pueblo.

—¡Tienen empalizada! —aulló Milo—. ¡Tienen trancas y cien brazos con horcas!

—Tienen cien cuellos que cortar. —Durgan torció hacia el norte, dejando la senda principal—. Si metemos a eso en las calles, mañana no queda quien entierre a los muertos y media comarca sabrá qué guardaba la torre.

Fueron tres frases a cuchillo y nadie ganó, que es como se zanja los pleitos de verdad. Elandra leyó la obstinación en la nuca del enano y le siguió el rastro en cuanto dio la primera zancada. A Milo no le quedó más remedio que apretar los dientes y trotar detrás, rumiando maldiciones.

Durgan conocía el atajo: había cruzado esa loma dos noches antes para desenterrar las cadenas.

—Al molino viejo —soltó—. Bordeamos los sembrados por el norte y salimos al raso.

—¿Allí estamos a salvo?

—No.

Lo dijo sin volverse, con una aspereza que a Elandra le sonó a la primera muestra de cordura en toda la noche.

La trocha se comía dos horas a buen paso: un sendero quebrado entre alisos, dos cruces de arroyo a pedradas y la cuesta de las labores, un cascajal ingrato que a tres fugitivos rotos les arrancaba los hígados.

Ellos lo liquidaron en la mitad.

Corrieron mudos, sin parar a tragar saliva ni mirar atrás más de la cuenta: un enano con la muñeca rota, una elfa sin una gota de magia y un pícaro incapaz de soltar una cifra en voz alta. Dejaron las luces de Aldovera abajo, a la derecha, con un par de teas

mortecinas y el humo de la posada subiendo recto. Nadie señaló el pueblo; pasaron de largo en silencio.

Ganaron la era alta cuando la negrura empezaba a clarear por el linde del bosque. El molino viejo los esperaba con la cruz rota y un aspa solitaria alzada como un brazo tullido, idéntico a como llevaba treinta años aguantando el viento.

Llegaron primero. La única ventaja que les regaló la noche, y la quemaron entera antes de ver la luz del día.

XXIII. La primera palabra

Por dentro, a oscuras y sin lumbre, el molino viejo era una sola cosa grande y llena de esquinas.

Olía a serrín húmedo, a grano rancio y a treinta años de río. Había una tolva vacía con su escalón de sillería, una muela quieta bajo un manto de polvo ceniciento, un montón de sacos deshechos en un rincón y una puerta maciza de roble con el travesaño puesto. Milo entró el primero por oficio; dio la vuelta entera pegado al muro y salió diciendo que no había nadie, una obviedad que a los tres les hizo falta escuchar.

En el techo, cruzada de pared a pared, la viga maestra. De la madera colgaba una argolla.

Debajo, en el suelo de tierra apisonada, un semicírculo de arañosos.

Elandra se agachó a mirarlo con las manos en las rodillas. Era un arco perfecto. No un destrozo ciego, sino una curva limpia, del mismo radio en cada palmo, comida en el suelo a fuerza de insistir como la señal que deja una cabra trabada a una estaca. Doce lunas al año, tres noches por luna, durante tres décadas. Más de mil noches pasadas en ese radio exacto.

—Aquí —dijo Durgan desde el umbral, sin pasar del todo—. Aquí estuve yo con una vela y no miré el suelo.

Nadie replicó. En todo el edificio había una sola cosa puesta a conciencia y la había clavado el hombre al que ahora iban a cazar: una argolla atornillada a una viga ajena de la que colgaban, hasta hacía dos noches, unas cadenas de plata. Y ahora tres forasteros iban a tenderle una trampa con lo que él mismo había dejado atrás.

Hicieron balance a media voz.

Durgan conservaba el arnés y las hachas al cinto, pero no le quedaba una gota de gracia divina: ni para la muñeca izquierda, inflamada como una hogaza dentro del guantelete, ni para lo que viniera después. Milo tenía lo que tiene siempre: el tamaño, el fango y la costumbre de colarse por donde nadie mira. A Elandra no le

restaba un solo truco de los que muerden; le quedaban los menores, los que no se gastan: podía plantar en cualquier rincón un crujido falso, un hedor a hombre o el calor de un cuerpo agazapado a dos pasos de la nada. No servía para partir un hueso, pero servía para torcer un hocico.

Y tenían la piedra.

—Pártela —dijo Elandra, abriendo la mano por primera vez en dos horas.

Durgan apoyó el pedrusco en una losa suelta y descargó el martillo de mano. Necesitó cuatro golpes. Al cuarto cascó: salieron dos lascas del tamaño de una uña y un puñado de arenilla lechosa que se tragó la tierra. Esa era toda la munición.

—¿Y qué hacemos con esto? —preguntó el enano—. No hay arco ni tirador.

El plan se cerró en cinco minutos. Empezaba por esconderse: Durgan al borde del semicírculo, plantado en la franja de suelo dura como una era, porque un enano con placas no empuja desde el barro suelto; Milo tras los sacos podridos, aplastado como una arruga más; y Elandra en la sombra de la muela.

Luego, tocaba lo de la cuestión de suerte. La parte de la elfa: un chasquido aquí, un olor a sudor allá, un roce de suela tras la puerta. Doce pasos limpios hasta llevarlo bajo la viga. Si se frenaba un palmo antes, el enano tendría que salir a buscarla fuera de su terreno firme y el choque se perdería.

Cuando pisara la marca, Durgan entraría con el hombro y todo el arnés por delante, sin sacar hierro: solo barrerle las patas y volcarla de costado. Y en ese segundo exacto, Milo se metería por debajo con las dos esquiras para embutirlas en el flanco abierto, en el tajo que Halvar le había dejado marcado a golpe de hacha antes de caer la torre.

—Falta lo demás —apuntó Elandra—. Aunque se le apague la furia, no obedecerá.

—Ya lo sabemos.

—No os lo he dicho todo.

Les soltó lo que se había guardado durante la carrera: aquel hombre le había hablado a la bestia dos veces. Una en el muelle y otra en las ruinas. Ella lo había escuchado con oído de elfa: no entendía el idioma, pero se le había quedado el soniquete pegado al compás del trote.

—Me lo he venido repitiendo todo el camino. Como quien se aprende una copla que no entiende.

—¿Y sirve? —preguntó Durgan.

—No tengo ni idea.

—Bien. Ya es una cosa más de las que teníamos hace un rato.

* * *

La oyeron antes de verla: una pisada desigual en la cuesta de los sembrados, tres apoyos firmes y uno arrastrado. Subía sin prisa. Cuando recortó el portón, manchada de cal y con el hachazo abierto en las costillas, no parecía un invasor: parecía un animal que vuelve a su establo.

Y no entró.

Se frenó en el vano venteando el aire. El plan estaba a doce pasos de allí, bajo la viga.

Elandra puso el primer chasquido junto a los sacos: un crujido leve, tres pasos cortos y silencio. La fiera bajó el morro y se comió cuatro pasos hacia dentro.

El segundo señuelo lo olió con recelo: vaho a lana empapada y sudor rancio junto a la tolva. La bestia venteó dos veces, bufó para limpiarse las fosas y avanzó con el lomo tenso, recelando del rastro como quien huele un guiso que no huele a lo que debe. Ocho pasos. Diez. Faltaba uno.

El tercero no coló.

Elandra hizo crujir el maderamen del batiente; un golpe seco que habría hecho volverse a cualquiera. La bestia clavó los remos a un palmo de la marca y no miró la puerta: clavó los ojos en la muela.

La trampa se desarmó en un parpadeo: la fiera dejó de seguir los ruidos para buscar a quien los fabricaba.

Durgan tuvo que salir antes de tiempo y con mal apoyo. El suelo era arcilla húmeda; las botas le patinaron en la zancada y el golpe de hombro llegó sin fuelle. Rebotó contra el lomo del bicho y cayó sentado en el fango. La bestia ni lo miró: enfilaba la muela.

A la segunda embestida, el enano cargó desde el suelo y logró trabarla; pero cuando tocaba cerrar los dedos para voltearla, la muñeca rota no respondió. Durgan se desplomó a plomo y la mole se le vino encima.

Elandra no guardó nada. No buscó el filo de la espada: desplegó toda su baraja de ilusiones.

Desde la piedra del molino abrió los dedos y llenó el espacio de fantasmas: el crujido de botas sobre la tolva, jadeos ocultos tras los maderos, un rastro espeso de sangre fresca hacia el altillo y el resuello de una presa fácil silbándole al oído a la criatura. Hizo crujir la madera y vibrar las vigas viejas sin detenerse a respirar. Pero el monstruo ni pestañeó. Había volcado todos sus trucos solo para confirmar lo peor: la bestia había dejado de picar y el tiempo se le acababa.

Lo que le quitó al bicho de encima al enano fue Milo.

Salió de la nada con las dos esquirlas entre los dientes y se metió donde no cabía: reptó bajo las patas, pasó a un palmo de unas fauces abiertas y trepó por el pescuezo a pulso ciego. Ganó el lomo, metió el brazo hacia abajo buscando el hachazo y le faltó una cuarta. No llegaba.

El animal dio una sacudida seca de costillar y escupió al halfling por el aire. Milo rodó por el barro dejando media capa y tres surcos en el lomo, pero el revuelo distrajo a la bestia el tiempo justo para que Durgan sacara la cabeza del fango.

De rodillas primero. De pie después.

El enano no tomó impulso: metió el peto bajo el cuarto delantero maltrecho —el que la aduana le había quebrado— y empujó hacia arriba con los riñones, bufando como una bestia él también. El animal, sin apoyo en la pezuña rota, se venció de costado y reventó contra los sacos con un golpe seco que retumbó en los cimientos.

Cayó dentro del semicírculo.

Milo ya estaba encima: le metió la zurda por la carne abierta del flanco, escarbó hasta el fondo con dos dedos y hundió las dos esquirlas en la entraña hasta no tocar piedra.

La rabia se le vació al animal de golpe, como el agua de una balsa cuando levantan la compuerta. Se le aflojaron las corvas, se apagó el resuello bronco y dejó caer el hocico contra la tierra apisonada, justo sobre los arañosos de treinta años.

Los tres recularon sin dar la espalda. La mole no obedecía: la piedra le quitaba la furia, pero no le ponía bozal. Para gobernarla hacía falta la voz.

Elandra hincó las rodillas a cuatro pasos del morro, apoyó las palmas en el fango para que no se le notara el temblor y soltó aquella lengua ajena de memoria, sin entender una sola sílaba.

Le salió rota, a trompicones, con las palabras partidas y tragándose las pausas. No era una invocación ni una orden limpia; era una mujer aterrada imitando de oído lo que había cazado al vuelo río abajo.

Bastó.

Bastó para que el monstruo despegara el testuz y la mirara de hito en hito sin tirar la tarascada. No se movió. No acató una sola orden más, pero se quedó echada esperando el final de una frase que la elfa no sabía pronunciar.

Así los pilló el alba.

Hacia las seis, la luz grisácea entró por la aspillera y la mole se encogió. Lo que quedó sobre el barro fue un anciano desnudo tiritando de costado en el suelo de su molino, tiznado de cal y con el tajo lívido del costado cerrado en falso. Elandra le echó encima el jirón que le quedaba de capa.

Varek miró la argolla del techo, reconociendo cada astilla.

—¿A quién he matado? —soltó al fin.

—A un amigo mío —dijo Durgan, apretándose el brazo roto contra el peto.

El viejo cerró los ojos y calló, tanteándose el costado con dos dedos temblorosos. Miró sus yemas manchadas sin entender qué buscaba.

Fue Elandra quien se arrodilló a su lado, apartó su mano y le abrió la tela rasgada para examinar la piel:

—Aquí no hay nada —dijo ella, con la voz seca.

La piedra y las esquirlas se habían disuelto por completo en la carne. Habían servido para una sola vez, y ya no les quedaba ni una brizna.

Durgan se apoyó en la muela y miró hacia la puerta:

—Esta noche vuelve a salir la luna. Y después, otra más.

—No tenemos con qué trabarlos —remató Milo—. Las cadenas están sepultadas bajo la torre y la argolla no sirve de nada sin hierro. Tenemos el sitio y la bestia; falta la soga.

Elandra alzó la cabeza:

—Aquel hombre traía una barca.

—Grilletes —asintió Milo al vuelo—. De plata. En el fondo del casco, bajo una lona.

—Tú no has visto esa barca por dentro.

—No hace falta. Un tipo que baja el río con una piedra que vale un feudo y cinco espadas a sueldo no piensa llevarse a este hombre atado con una maroma de esparto. Si yo fuera él, traería lo mejor para asegurarlo.

La conversación murió ahí. No era una certeza, era un tiro al aire: cruzar el día entero jugándose el pellejo para rebuscar en una barca amarrada entre escombros y soldados. Y si bajo la bancada no aparecía la plata, no había plan alguno para esa noche ni para la siguiente.

Varek no despegó los párpados. Siguió encogido bajo la capa raída, en silencio.

XXIV. Lo que había en la barca

Fue Milo, y fue solo. No fue heroísmo, fue simple aritmética, y la desgarnó él mismo en voz alta porque no se fiaba del cálculo de nadie más.

Alguien tenía que guardar el molino, y ese alguien debía llevar armadura. El viejo no se levantaría en todo el día. Durgan no era tan útil con la muñeca rota, y aunque lo fuera, un enano de placas a pleno sol es un faro en mitad de un camino. Elandra era la única capaz de mantener a raya lo que habitaba dentro de Varek cuando la luna volviera a asomar, así que tampoco se movía de allí. Tres figuras en un sendero son un blanco; uno menudo y rápido podía pasar.

—Va uno a solas, o nos cazan a todos —zanjó.

Nadie se lo discutió; llevaban desde el alba sin fuerzas para discutir nada. Se cruzó el zurrón al pecho y salió por el portón a las ocho y media, con el sol bajo y la hierba aún empapada.

Tenía una hora de margen. Dos horas y media de ida por una trocha rota, otras tantas de vuelta, y el sol empezando a caer sobre el Corvegal mucho antes de que la luna reclamara la noche. Sesenta minutos limpios para revolver la barca, trincar lo que hubiera y volver a encerrarse a salvo mucho antes del anochecer.

El camino de regreso a las ruinas, de día y en solitario, era el mismo y no se parecía en nada. De noche había sido una cinta negra por la que huir a ciegas; de día era una senda mansa entre alisos y rastrojos, con dos arroyos y pájaros en las zarzas. Milo descubrió que tragarse cinco leguas a solas no tiene nada que ver con andarlas hablando, y la mudez forzada le sentó como un tiro.

En el repecho de la loma se volvió a mirar. Desde allí el molino se veía desamparado en mitad del raso, con el ventanuco de la tolva apuntando al camino. Media legua de campo abierto sin un mal seto: cualquiera que subiera de día se pasaba media hora siendo un blanco visible. Retuvo la idea un instante, como quien guarda una herramienta que no sabe cuándo va a usar, y siguió la marcha.

Vio las ruinas desde el último recodo y se tiró al barro antes de asomar la cabeza.

Había más gente. Seis u ocho hombres llegados entre sombras, y no se movían al azar. No perdían el tiempo en el derrumbe: dos tanteaban las piedras altas buscando apoyos recientes, mientras el resto peinaba los juncos palmo a palmo. Uno se arrodillaba en el fango para medir la profundidad de una huella fresca; otro apartaba las cañas con la punta de la vara, buscando ramas partidas a la altura del hombro, y un tercero venteaba el aire de espaldas al río, leyendo el terreno con la calma de quien sabe exactamente qué rastro persigue.

No venían a ciegas; era una partida de rastreo metódica e implacable.

Milo tardó media hora en burlarlos. Se arrastró por el cieno con el agua helada lamiéndole la barbilla y el zurrón en alto. Aguantó inmóvil tres veces, contando hasta cien en cada parada, y cuando ganó el abrigo de los pilotes negros le quedaban apenas veinte minutos de todo su margen.

Al pasar junto a los restos de la torre vio la mole de sillería que aún venteaba polvo. En algún punto bajo aquellas veinte toneladas de caliza yacía Halvar. Un nudo de angustia le atenazó el pecho al recordar a su amigo incorporándose en el jergón, con un solo brazo útil y un hacha prestada, soltando aquel aullido salvaje antes de despeñarse caracol abajo para comprarles la azotea. Fue una punzada limpia y amarga, de las que no sirven para nada, pero apretó el paso y siguió adelante: el tiempo se le iba.

La barca cabeceaba entre dos pilotes calcinados, con un palmo de agua de lluvia en el fondo y un centinela en la regala: un tipo fornido con una moharra corta cruzada en los muslos, aburrido tras horas sin novedad.

Milo lo despachó por la espalda y desde abajo, en lo único en lo que era infalible. Fue un lance mudo y breve: el hombre se deslizó entre los maderos hacia el río sin soltar el hierro.

Subió a bordo, chapoteó hasta la bancada de proa y metió las manos a ciegas. Sacó cabos podridos, un remo astillado y, encajado contra la borda, un bulto envuelto en un lienzo limpio, doblado con primor y atado con cáñamo nuevo.

Lo desató con los dedos entumecidos: plata maciza. Dos aros anchos unidos por una cadena corta del grosor de un pulgar, sin un rasguño, y forrados por dentro con badana fina cosida a mano para no desollar la carne.

Se quedó mirándolos más de la cuenta. Alguien en un despacho lejano se había tomado la molestia de medir los eslabones y acolchar el hierro para cuidar las muñecas del viejo al que pensaba encadenar.

—Hijo de perra —masculló Milo, y se los metió al zurrón.

Fue lo último que decidió por su cuenta.

No hubo gritos ni carreras en la madera. Una presión helada y ordenada le mordió los tobillos desde el agua del fondo y le trepó por las piernas; antes de que pudiera reaccionar se le trabaron los dedos, luego las rodillas, y de pronto solo podía mover los párpados. La fuerza lo izó en vilo, lo sacó de la barca y lo plantó de pie en el muelle quemado, con el tiento con que se coloca una taza de loza en una balda.

El intermediario aguardaba en la orilla seca, sin una gota en las botas.

—Llegas antes de lo previsto —dijo en tono llano—. Mejor: yo tampoco tengo el día libre.

Habló sin levantar la voz, y esa templanza fue lo que se le clavó a Milo en la memoria.

Lo que siguió no admite adornos: Milo no aguantó. No hubo resistencia heroica; hubo un halfling paralizado en un muelle en ruinas, encajando preguntas frías ante cinco espadas desnudas. Cantó el molino de Aldovera, dio la distancia, enumeró a los que

quedaban dentro y describió las miserias de cada uno. Lo soltó con la voz rota y la rabia de no poder taparse la cara con las manos.

Al preguntarle por la ruta, se adelantó a responder con ese celo servil que entra cuando ya se ha perdido todo. Explicó que había que rodear por las labores y caer sobre el molino por la espalda.

—¿Por la espalda?

Ahí Milo coló la única trampa del día, llorando y de corrido: que de frente era una locura porque el molino dominaba media legua de raso desde la aspillera alta; que si subían por el camino real los verían venir desde el primer repecho y les daría tiempo a trancar los batientes, huir al monte con el anciano o quemar la techumbre.

Era rigurosamente cierto; lo había comprobado esa misma mañana desde la loma. Lo que calló fue que dar ese rodeo duplicaba la marcha. El hombre sopesó la respuesta tres segundos y asintió.

En ese breve silencio, Milo vio el dibujo completo de su última baza. Era una jugada siniestra: duplicar el camino significaba plantarse ante el molino con el sol puesto y la luna asomando por el Corvegal. Y a esa hora, tras los tablonés solo habría una fiera hambrienta y suelta, porque las cadenas viejas seguían bajo las piedras de la torre y las nuevas las cargaba él en la chepa. Servirle la bestia al comprador en su hora exacta, a costa de encerrarse él mismo con ella teniendo a Durgan manco y a Elandra como mejor defensa. El balance daba lo que daba.

Terminó de entregar al viejo porque ya no tenía fuerzas para callar, aunque daba igual: lo habían pillado con los grilletes en las manos. Un tipo que se arrastra entre ocho centinelas por un par de aros de plata cuenta la historia entera sin necesidad de tortura: delata que la presa respira, que la luna está al caer y que no tienen con qué sujetarla.

El intermediario despachó a dos hombres río abajo, mandó levantar el campamento y lanzó una última pregunta:

—¿Y Kessa?

—Aprovechó el follón y puso pies en polvorosa —dijo Milo.

—Claro. Suele pasar.

Milo entregó el escondite, entregó al viejo y confirmó la ruina de los suyos. Lo único que salvó fueron los grilletes, que siguieron en su zurrón durante todo el camino de vuelta. Y retuvo las horas.

Partieron a primera hora de la tarde, con Milo abriendo la fila con las muñecas atadas por delante. Una marcha de dos horas y media que él estiró hasta seis.

No hubo genialidad, solo un desvío calculado: los sacó de la senda en el segundo arroyo jurando que el vado principal estaba a la vista del camino real. Los metió por el fondo lodoso de una cañada para esquivar senderos abiertos y los hizo bordear un pedregal impracticable asegurando que era la única bajada discreta. Los captores no tardaron en perder la paciencia: los bufidos se convirtieron en empujones secos en los riñones y una mano acarició el pomo de la espada junto a su oreja. El prisionero agachó la cabeza, tragó saliva y redobló las disculpas entre tartamudeos de puro pánico. Su miedo era tan auténtico que prefirieron creer que era un cobarde torpe antes que alguien haciéndoles perder el tiempo a posta.

Pasaron a media legua de Aldovera. Desde las lomas vio el humo de la taberna subiendo recto en el aire quieto; Milo clavó la vista en él unos segundos, dilatando el paso una vez más, y fue la segunda vez en dos días que aquel pueblo siguió en pie porque alguien decidió no meter el fuego en sus calles.

En la angostura de los alisos, las sombras de la tarde terminaron de cerrarse sobre el sendero. El líder del grupo frenó en redondo, miró el ocaso y luego a Milo, comprendiendo de golpe la trampa: ni torpeza, ni extravío; les había robado las horas de luz a propósito. Un revés de hierro le partió el labio al muchacho antes de que pudiera apartarse. Habían perdido la ventaja, y ahora tendrían que asaltar el molino con la luna llena amenazádoles en la coronilla.

Milo le había robado seis horas a un tipo al que le sobraba el tiempo. Los dos caminaban hacia el mismo desenlace con la boca cerrada: iban a llegar al molino casi justos a cuando la luna rompiera la noche.

XXV. Cuento hasta veinte

A las seis de la tarde, Milo llevaba casi cuatro horas de retraso sobre su propio cálculo; y las cuentas de Milo nunca fallaban.

Nadie dijo una palabra.

Elandra subió tres veces a la plataforma de la tolva a otear el sendero y las tres bajó muda; las dos últimas ni avisó. Durgan se pasó la tarde repasando trancas que ya estaban firmes y afilando contra un guijarro una hoja que no lo necesitaba, desviando la mirada hacia el portón cada vez que paraba el brazo. Varek, tendido sobre sacos podridos bajo la capa de la elfa y con el pecho entrecortado, tampoco preguntó: guardó silencio con esa insistencia que duele más que cualquier reproche.

Echaban el mismo balance y ninguno tenía con qué remendarlo. No podían salir a buscarlo: cinco leguas de ida y otras tantas de vuelta desbordaban la luz que quedaba. No podían desamparar el molino con el viejo postrado y la luna a tres horas de romper. Solo les quedaba esperar, y esa espera quieta no era ningún reposo: era una vigilia amarga, masticada con la espalda contra la piedra y el ojo puesto en el camino, que apenas daba para que la magia les volviera a los dedos con la tacañería de un pozo seco.

—Va a llegar —soltó Durgan a las siete, de la nada.

—Ya —dijo Elandra.

No volvieron a hablar en una hora.

Tampoco tocaron el asunto de la piedra. Elandra sabía hablarle a la bestia —mal, a trompicones y con ese deje ajeno de quien imita de oído pausas de respiración—, pero la noche anterior había una esquila pálida mordiendo la carne del animal. Esa tarde no quedaba nada: la piedra se había disuelto en la herida sin dejar rastro, igual que la del muelle. Nadie sabía si el milagro del alba había respondido a la gema, a las palabras o a las dos cosas a la vez.

Elandra consumió las horas mascullando los sonidos contra la muela, con los ojos cerrados y los labios en marcha, preguntándose si a una riada desbocada se la frena con saliva.

A las siete y media, el viejo entreabrió los ojos:

—Estás ensayando conmigo.

—Sí.

—Bien. Ensaya más.

A las ocho y cuarto, con el cielo cobrando un tono de estaño viejo sobre los rastrojos, una hilera de hombres asomó por el repecho.

Elandra los contó desde el ventanuco: seis. Buscó a Milo y tardó dos latidos en ubicarlo porque venía en cabeza, con los brazos atados por delante, tropezando en la tierra suelta y levantándose solo a media legua del molino.

Bajó la escalerilla de un salto:

—Casi seis horas tarde —soltó Durgan—. Sabíamos que estaba caído desde las dos.

—Sí.

—Y sus cuentas no fallan.

—Tampoco.

Pasar la tarde subiendo a una tabla para no admitir lo evidente no suavizó el golpe.

—¿Cuánto le queda a la luna? —preguntó el enano.

—Una hora. Quizá menos.

Durgan miró el portón y luego al viejo:

—Sal tú, que tienes labia. Yo guardo el vano.

Antes de cruzar la puerta, Elandra trazó con dos dedos un sello menor: la armadura invisible que apenas desvía media pulgada de hierro. Eso, tres dardos de energía y la brizna de fuego; doce horas de mal sueño sobre tierra batida le habían devuelto eso y nada más. A Durgan la fe no le había devuelto ni una brizna.

El intermediario frenó a veinte varas con cinco aceros desplegados en arco y Milo de rodillas sobre la hierba. Saludó con una cabezada seca, la misma cortesía fría del muelle.

Fue directo al grano:

—Os ahorro el rodeo: no vengo a por vosotros. Compró a un hombre. A un hombre se le calzan dos aros, se le lleva media legua al vado y se le conduce de noche sin sobresaltos. Lo que habrá dentro de ese cuerpo en una hora no lo compra nadie: no me queda

piedra, y sin piedra eso no es mercancía, es una catástrofe en mitad del rastrojo.

Milo cargaba los aros en el zurrón, de rodillas en el pasto, porque el tipo se los había encasquetado a la espalda como a un mozo de cuadra.

—Esto se cierra antes de que la luna monte sobre el bosque y por el camino que menos me cueste.

Elandra jugó la única baza que le quedaba:

—Se te va a morir en el camino. Tiene una pata rota, dos heridas abiertas y más de setenta años. No te llega vivo a ningún vado.

—Por eso he venido esta noche y no la semana que viene —repuso el hombre sin inmutarse—. Y otra cosa: esta tarde hemos andado el doble de lo que dista esto. No sé si el camino venía torcido o si me lo torció este menudo; él sabrá. Lo seguro es el coste: salí al mediodía con una noche entera por delante y me queda una hora. Las faenas que se rematan con prisas salen todas peor. Las mías incluidas.

Elandra entendió el precio de las seis horas que Milo había arañado: el margen se había esfumado y la prisa del comprador la iban a pagar ellos.

El hombre tocó el hombro del soldado de su izquierda. El mercenario dio dos pasos, agarró a Milo por los pelos hacia atrás y le asentó un cuchillo corto bajo la nuez. Con la frialdad limpia del matarife. Milo no abrió la boca.

—El viejo sale andando y el menudo entra andando —zanjó el comprador desde el umbral—. Yo me marchó con lo mío y tú te quedas con el enano, el molino y tu socio. Cuento hasta veinte. Ni repito ni regateo: el precio lo fijasteis vosotros mandándolo solo esta mañana.

Estuvo a punto de colar.

Elandra aceptó con un «de acuerdo» seco y dio media vuelta, adentrándose dos pasos en la penumbra de la molienda. Durgan no discutió: dejó el mazo apoyado contra un pilar, se hincó junto a los sacos y metió el brazo bajo la espalda del anciano para alzarlo.

Varek no protestó; se aferró al cuello del clérigo con el brazo sano para aliviar peso, asumiendo la entrega sin aspavientos.

Fue el propio enano quien frenó en seco a medio levantar. No por nobleza, sino por pura cuenta. Con el rostro pegado al hombro de Elandra, masculló muy bajo, solo para ella:

—¿Y después qué? Se lo dejamos en la era y nos tiene a tiro en campo abierto con tres espadas de sobra. Liquidar testigos le sale gratis.

Elandra lo entendió al vuelo: no era un intercambio seguro, pero sí la única rendija para que Milo salvara las diez varas de tierra descubierta hasta el portón.

Soltó el aire despacio, se giró de nuevo hacia la claridad del vano y alzó la voz para que el eco saliera limpio al patio. Mintió ella, que no había colocado un embuste en su vida:

—Trato hecho. Pero el menudo primero: lo sueltas a diez pasos del vano, empujo al viejo hacia fuera y no mueves un pie.

El hombre asintió. No porque se lo creyera, sino porque le daba igual: diez pasos de un cautivo inútil no le costaban nada y la puerta había que abrirla de todos modos. Hizo un gesto al del cuchillo para que levantara a Milo de un empujón.

Dentro, ejecutaron la maniobra al vuelo.

Durgan se disponía a izar de nuevo a Varek cuando vio a Elandra arrancarle la capa al anciano de un tirón. Antes de que el enano pudiera protestar o preguntar qué demonios hacía, ella le encasquetó la lana basta por la cabeza y le trabó la fíbula al hombro. Durgan se quedó rígido un segundo, mirándola con los ojos muy abiertos hasta que el destello en las pupilas de la hechicera le hizo encajar las piezas: el viejo se quedaba; salía él. Asintió con una mueca sombría y encorvó el lomo, acatando el plan sin chistar.

Elandra le apretó las sienes con ambas palmas y le volcó encima las facciones marchitas de Varek.

El conjuro exigió el tributo de siempre: mientras sostuviera ese rostro ajeno, en sus manos no cabía nada más. Ni dardos, ni llama, ni artificio. Se apostó en la jamba con las manos vacías y la concentración clavada en la espalda de su falso viejo.

El engaño era basto, pero colaba: un clérigo acorazado pesa lo que pesa, pero a veinte varas en el crepúsculo solo esperaban ver a un despojo arrastrando los pies. Y ese papel lo borda mejor quien carga con plomo que quien anda ligero.

Salieron a la vez.

Milo cruzó el pasto con las muñecas presas y la cabeza baja, fingiendo un desmayo que no sentía. Por la boca del molino asomó la figura encorvada, arrastrando los pies en la penumbra. Al tercer paso, el pícaro levantó apenas la vista, reconoció el porte bajo la lana y no alteró el compás: ni recortó el trote ni le dedicó a la capa una mirada de más. Siguió recto hacia el umbral.

El intermediario no se movió de su sitio. No se fiaba, pero tampoco tenía prisa: a diez pasos le echaría la mano al codo a la mercancía, y ningún disfraz aguanta un empujón de acero.

La trampa no se rompió por la cara, sino por el suelo.

El fallo lo cazó el tercero por la derecha, un veterano con la vista clavada en el barro. Un anciano agonizante apenas peina los tallos secos; aquel bulto, en cambio, abría dos zanjas hondas en el rastrojo, aplastando la tierra con el peso brutal de un yunque y soltando el roce sordo del metal contra las grebas. El mercenario dio medio paso al frente, abrió la garganta y aulló la alarma.

No le dio tiempo: ya se habían cruzado.

En mitad de la era, Durgan se sacudió la capa por la cabeza y viró en redondo.

Sin broquel —aplastado bajo las ruinas de la aduana— y con la mano izquierda inservible, recurrió a lo que le quedaba: se plantó de perfil entre Milo y los aceros, clavó las botas y trabó la correa del zurrón del halfling con la diestra. Un muro de placas cerrando el paso.

—No —soltó el intermediario desde la hierba, sin alzar la voz.

Tres virotes volaron a la vez: uno mordió la caliza del molino, el segundo rebotó en la panza del peto como una pedrada y el tercero, templado por un tirador viejo, se clavó en la juntura de la hombrera derecha del enano.

Durgan pegó el tirón para arrastrar a Milo, pero el chico no se movió un palmo.

La cuerda no tiraba de un hombre a la carrera, sino de un bloque de plomo. Milo se había quedado congelado en mitad de una zancada, con una bota en el aire y los músculos rígidos como la piedra, enraizado en el pasto sin ceder una pulgada. Seguía respirando con los ojos desorbitados por el espanto, incapaz de pestañear. El monosílabo seco del comprador no había sido una orden para sus soldados; era la palabra de mando del conjuro de apresamiento.

Durgan tiró una segunda vez con el chasis entero, escarbando tierra con los talones y el hierro ardiéndole en el hombro. Al forzar la mano rota para hacer palanca sintió un crujido limpio dentro del guantelete. Forcejeaba contra una columna de granito.

Soltó la correa, desanduvo los tres pasos con dos espadas rozándole el lomo y ganó el umbral medio segundo antes que los hierros. Entre Elandra y él empujaron la hoja de roble y encajaron la tranca en los mechinales. El rostro del viejo se le desvaneció a medio camino al soltar la elfa la concentración para aguantar el portón. La capa quedó fuera, pisoteada en el pasto.

Desde el exterior, llana y templada, llegó la voz del hombre:

—El menudo sigue respirando porque un muerto no compra nada, pero acabáis de gastar la fianza. —Hizo una pausa y ordenó a los suyos—: Echad la puerta abajo.

Milo se quedó donde lo clavaron: solo en mitad de la era, petrificado con un pie en el aire y las muñecas atadas. Cuando la parálisis mágica aflojó un rato después, se desplomó de costado sobre la hierba, rígido como una tabla, sin que nadie se molestara en volver a ponerlo en pie.

XXVI. La segunda noche

Eran las ocho y media, faltaban cincuenta minutos para que la luna montara sobre el Corvegal, y entre ambas cosas no mediaba más que una puerta.

La entrada era una sola hoja vieja atrancada con una viga de pino, y aguantó cuatro minutos escasos. No la tiraron a golpes: metieron una palanca de hierro por el quicio carcomido y reventaron el gozne superior hasta abrir un triángulo negro por el que cabía un hombre de través.

En ese hueco aguardaba Durgan: arnés completo, el mazo en la diestra y sin broquel. No le quedaba una gota de gracia divina en las venas ni a la espalda nadie que pudiera curarlo, y esa misma mañana había comprobado que allá arriba nadie atendía a sus rezos. Tenía un vano de una vara y piedra maciza a los costados; para un enano es toda la fortaleza que hace falta.

Los primeros compases fueron suyos: al primero que asomó la cabeza lo devolvió al pasto con la nariz rota en dos direcciones; al segundo lo cazó a media zancada y lo estampó contra el quicio con un chasquido sordo que retumbó en la molienda.

Luego la cosa empezó a torcerse. Cinco peones a sueldo que llevan el día entero tras un rastro aprenden a palos y aprenden rápido.

Dejaron de entrar de uno en uno. Se embutieron dos a la par, hombro con hombro, sin pretender ganar terreno: empujando con los escudos, anulando el recorrido del mazo y aguantando el choque. Un tercero se coló por debajo con una moharra corta, el hierro justo para buscarle las corvas a un enano. Le abrieron el muslo derecho justo bajo el faldar. Retiraron el hierro y mordieron de nuevo.

Desde el pasto, apoyado en un tocón, el ballestero soltó un tiro al ventanuco de la tolva. No tocó a Elandra: pasó a un palmo de su frente y le salpicó la mejilla con esquirlas de granito arrancadas de la jamba, pero la apeó de la tarima. Al bajar vio la brecha de frente: la hoja vencida, Durgan sangrando por la pierna y tres hombres apretados en un paso de hueco.

Pronunció tres palabras. Le sonaron a piedra frotando piedra, y de las yemas le brotó una lengua de fuego que barrió el vano de arriba abajo.

Al de la moharra le dio tiempo a rodar hacia la hierba y se alzó sin cejas y con la barba humeando. A los otros dos no les dio tiempo a nada: uno cayó en el umbral; el otro corrió loma abajo envuelto en llamas, mucho más de lo que parecía humanamente posible, antes de desplomarse sobre un rastrojo.

Al sentir el calor en los dedos, a Elandra no le vino lástima ni asco: sintió un alivio salvaje que le duró lo que la llamarada. Luego entró la peste a sayal quemado y, con ella, la cuenta amarga: acababa de fundir la mitad de lo que le quedaba en cuatro segundos, y lo peor aún no había asomado.

—¿Cuánto falta? —masculló Durgan, con el muslo manando a cada latido.

—Mucho.

Tras media hora, el intermediario se cansó de esperar.

No había intervenido antes porque para eso pagaba cinco aceros, y porque de su magia no disponía de más de dos golpes al día y uno se le había ido en cobrar su propia pieza. Tampoco quemó la techumbre: la leña seca habría reducido su compra a cenizas en cuatro minutos, y esa fue la única vez en que ser tasado como mercancía le salvó la vida a Varek.

Repitió lo del muelle. Sin humaredas ni aspavientos: plantado a veinte pasos, soltó tres frases breves dejando caer cada palabra.

A Durgan le trepó desde las suelas. Un frío mudo y ordenado que subió como se llena un pozo ciego; para cuando quiso apretar los dedos en el mazo ya no respondían los tendones, y al intentar girar el cuello ya no era dueño de su cuerpo.

No cayó. Se quedó clavado en la brecha, con el arnés puesto, el mazo alzado y los ojos abiertos, igual que un fardo en una repisa.

Le pasaron por encima. El primero lo empujó sin tumbarlo del todo y se escurrió entre el peto y el muro. El segundo, el de la lanza corta que se había quedado sin cejas, se detuvo ante él, le miró las

pupilas muertas, plantó la bota sobre su muñeca izquierda rota y descargó el talón girando el peso.

Durgan no pudo soltar un quejido. Inmóvil, con un verdugo triturándole los huesos, recurrió a lo único que queda cuando el cuerpo no responde: rezar de memoria, hilando el canon de corrido.

Nadie acudió.

Lo sacó de allí Elandra. Aquella magia requería sostenerse con la voluntad —se le notaba al tipo en los dos dedos tiesos y en los labios en marcha—, y al que sostiene una trama se le desarma empujándolo.

Trazó el glifo y tiró a veinte varas, al pasto, hacia la túnica oscura.

Los tres dardos de fuerza cruzaron el descampado y le mordieron el pecho con la sequedad de tres clavos en un madero. No bastaron para matarlo ni ella tiró a matar: lo estamparon de espaldas contra la hierba, y el golpe bastó para romperle la concentración.

Durgan regresó al mundo de golpe, en la misma postura rígida, con el mazo en alto y un hombre agachado a su siniestra; el hierro cayó a plomo. Le partió la clavícula al de la moharra de arriba abajo; el mercenario se desplomó en la entrada y no volvió a moverse.

El otro soldado, el que acababa de colarse dentro, vio caer a su compañero y a Durgan libre de nuevo; reculó asustado hacia la brecha y salió al descampado a trompicones para no quedar copado.

Afuera, en el pasto, el lazo invisible que sujetaba a Milo se quebró en el mismo instante en que el mago tocó el suelo. El halfling recobró el control de las piernas y comprendió la jugada antes de que el intermediario abriera los ojos: el hombre sabría que el conjuro se había disuelto, y un cautivo suelto en campo abierto solo servía de blanco. No intentó arrimarse al vano del portón, donde Durgan sangraba a mazazos. Se dejó caer de costado, se arrastró de panza hacia la cuneta y comenzó a culebrear entre los rastros con las muñecas atadas por delante, buscando la sombra y el declive del terreno para quitarse del medio de la carnicería.

Pero todo eso fue el último buen momento, y murió en cuanto Elandra miró afuera.

El intermediario ya estaba en pie. Se apretaba el hombro ensangrentado y avanzaba hacia la entrada a paso largo: la primera vez que apuraba la marcha en cuatro días. Cinco pasos por detrás le cubrían las espaldas los dos que quedaban sanos: el ballestero y el que acababa de escabullirse fuera.

A la elfa no le restaba un solo conjuro capaz de abrir carne.

Durgan cedió la entrada y reculó hacia la sala de molienda a través del batiente de roble, arrastrando la pierna herida. Cruzó el umbral, empujaron la hoja a la vez y encajaron el travesaño con la mano buena. Elandra ya había arrastrado a Varek tras la muela a tirones secos; el viejo no gritó, solo soltó un estertor hondo desde el pecho.

Se habían encerrado en un cuarto ciego con una sola salida y con un hombre al que le faltaban diez minutos para mudar de piel.

El roble aguantó ocho minutos.

Era madera recia con goznes plomados y tranca de encina; no la reventaron, la fueron sajando a hachazos. Una puerta que se astilla avisa despacio: el crujido, las virutas blancas saltando hacia dentro, el filo que asoma y la rendija por donde entra el relente.

Durgan aguantaba con el hombro derecho contra los maderos y los talones escarbando tierra; la fuerza la hacía la tranca, que al cuarto minuto empezó a quebrar por el corazón. Elandra seguía de rodillas junto a la muela, con la palma derecha en el pecho del viejo y la zurda vacía.

Por encima de los golpes, afuera, el hombre dirigía la faena:

—Más abajo. En el hierro no, que embotáis el corte. Ahí.

Elandra recurrió a lo único que no se agota: una voz.

Llevaba días oyéndolo hablar. Sabía cómo tomaba aire antes de una frase corta y cómo dejaba caer la última sílaba como una moneda en el mostrador. Tomó dos frases que el tipo había dicho esa noche, las unió y las soltó afuera, en el pasto, a veinte pasos de la entrada:

—La puerta no.

Un hacha se quedó en el aire. La otra dio dos golpes por inercia y paró.

—¿Qué?

—No —dijo la hierba, sin levantar la voz.

Uno de los peones dudó; el otro no. Dos hombres que discrepan ante un batiente no cortan madera: discuten. Se trabaron en un murmullo tenso en el umbral, uno señalando el roble y el otro el pasto.

El desacuerdo duró un rato.

Murió cuando el intermediario entendió la pantomima y soltó la primera muestra de nervio de toda la semana:

—¡He dicho la puerta!

Alzó la voz. Los hachazos volvieron con más rabia, que es como corta un peón al que acaban de abroncar.

Pero el rato que duró fue una eternidad cuando a tu espalda un hombre agoniza y le queda aire para una última frase.

—¿Cuánto? —soltó Durgan, con el hueso apoyado en el roble.

—Poco.

—Avisa cuando lo sepas.

Por el ventanuco de la tolva entró un tajo de luz blanca sobre la arpillera. Lo vio Varek:

—Elfa. Acércate.

Ella se arrodilló a su lado. El viejo le trabó la muñeca con una mano que ya perdía la forma humana; habló deprisa, sabiendo que no le quedaba aire para repetir:

—Sé lo que vais a hacer. Y quiero que lo hagáis. Llevo media vida atándome a una viga para que esto no tocara a nadie, y así ha sido. Esta noche no. Esta noche tiene que morder a ese hombre.

—Varek...

—Suelta lo que tengas que decir. Y si no atiende, tracad la muela y no abráis por nada.

Elandra no le dijo que esa puerta era la que estaban desguazando a golpes ni que no había otra salida. No hacía falta: para cuando terminó de pensarlo, en el suelo ya no quedaba un hombre.

La transformación duró doce latidos.

Afuera los golpes cesaron en seco; la única vez que los peones cruzaron palabras de espanto.

Lo que se alzó fue una mole deforme, blanca de polvo de cal, con el tajo de dos palmos en un flanco, el agujero del virote manando en el otro y un corvejón que no apoyaba.

Elandra se arrodilló en la tierra sobre los arañosos viejos, con las palmas abiertas, y le habló.

Le salió peor que la víspera: más torpe por el cansancio y con la lengua seca. Sin piedra en la carne, la pronunciación fue áspera y rota. Hubo un segundo espeso en que las fauces se inclinaron hacia ella sin frenar, y pensó con lucidez fría que el cálculo había fallado y que allí moría.

Pero la fiera escuchó.

Escuchó porque venía reventada: cargaba con el peso de una torre en los huesos, dos heridas abiertas y una pata partida. Lo que quedaba era una sombra de su fuerza, y a una sombra le basta con poco.

No acató como un perro amaestrado: cedió como el agua cuando le abren compuerta y enfiló la salida libre.

Durgan retiró la tranca de encina.

La alzó con la diestra —rajada por el medio y con dos filos asomando a la altura de sus ojos— y la dejó caer sobre la tierra. Abrió la hoja un palmo y se refugió tras la muela. Elandra subió a la plataforma de la tolva y se pegó a la pared, soltando el murmullo continuo sin saber para qué.

Le abrieron paso al lobo.

Los dos que picaban el roble no esperaron a verla entera: soltaron las hachas, ganaron el descampado por la brecha del portón y huyeron loma abajo para no volver a la cuenca del río.

El intermediario corrió detrás.

Ganó el pasto con la manga empapada de sangre, tropezó en el escalón y devoró quince varas cuesta abajo con los brazos por delante. A las quince varas clavó las botas.

Tenía media legua de rastrojo y la fiera encima; y era el único que sabía lo que pesaba, lo que corría y lo que no se le podía pedir.

Llevaba cuatro meses pagando por ella. Sabiéndolo, se dio la vuelta y plantó cara.

Tuvo tres segundos. Abrió la escarcela del cinto, sacó una bolita de azufre y estiércol seco y la trituyó entre los dedos soltando cuatro sílabas secas. Esta vez no fue un murmullo.

De la palma brotó una chispa que cruzó el pasto dejando un hilo de humo blanco. No la tiró al cuerpo: la puso a tres pasos del portón, en la hierba, por donde la fiera tenía que pisar por fuerza.

Y esperó.

El cerro se volvió blanco.

Reventó una llamarada del ancho de una era que iluminó cada surco, las hachas tiradas, la piedra del molino y al tipo con el brazo extendido. La techumbre soltó humo pero no prendió. Detrás llegó el trueno, un estampido que dobló los alisos a doscientos pasos y despertó a Aldovera a media legua.

La fiera encajó el golpe a medio camino, se dobló sobre sí misma y quedó clavada sobre los cuartos delanteros, humeando por el lomo con el hocico contra el barro.

Y se levantó.

Al verse rebasado, el tratante recurrió al oficio: le habló en la lengua gutural. Recogió la barbilla, abrió dos dedos y soltó la orden breve, templando las pausas.

La fiera frenó a doce varas, abiertas las patas y humeando por las costillas. Miró hacia el sonido.

Pero la orden no mordió.

No mordió porque en esa carne ya no quedaba piedra lunar. La salmodia no mandaba sobre el animal, mandaba sobre el mineral metido en las heridas, y ese ancla se había disuelto. La voz le resbalaba como el silbido de un extraño. Y, sobre todo, no prendió porque llevaba un día entero entrándole por las orejas otra voz rota que acababa de abrirle la puerta.

No se encaró para obedecer; se encaró porque le había hablado.

El hombre tiró el último recurso: le trabó la pata delantera sana con el mismo lazo mudo y se la volvió de piedra viva contra el fango.

Con esa ventaja no retrocedió un paso: soltó la fórmula otra vez buscando el corvejón trasero.

No prendió. El primer lazo había cerrado y el segundo no, como una llave que se traba en la cerradura.

La bestia apoyó el peso en la pata petrificada, la arrancó de la tierra de cuajo con una pella de barro colgando y acortó la distancia.

Llegó a tres remos y en línea recta: doce varas de pasto en un parpadeo. Le metió el hombro de lleno y el hombre salió despedido cuatro pasos más abajo, rodando por el repecho con el aire reventado. Luego entraron las fauces: abajo, en la tierra, mordiendo con las muelas traseras para quebrar hueso. Le partió el hombro y la garganta de una sola dentellada.

El intermediario alzó el brazo una vez más, sin tiempo de cerrar el trazo.

No soltó un grito, ni un ruego, ni un «espera». Lo último que salió de su boca fue una frase corta en ese hablar ajeno, dicha a media voz a una fiera que ya no escuchaba. Murió comprobando la única cosa que no se gobierna con palabras.

Milo remató de soltarse las amarras en el fondo de la zanja. Había frotado los nudos contra una piedra viva mientras la tierra temblaba por la explosión, dejándose la piel de las muñecas en el cáñamo. Se quedó pegado al barro en el linde de los sembrados, a treinta pasos del desastre, con la nariz en un surco y las dos manos libres apretando el zurrón contra el pecho para que los grilletes de plata no cantaran en la noche. No se movió hasta que el rumor de los huesos partidos se apagó del todo.

Al disiparse el humo quedaron dos cosas en el descampado: un hombre muerto boca arriba a veinte pasos del portón y, a diez varas de él, la fiera tendida de costado en la era, humeando todavía, respirando hondo y sangrando por cuatro heridas.

Viva, al raso bajo la luna y sin forma humana de meterla bajo techo.

Al clarear el día se vio el resto: la puerta descuartizada, las hachas abandonadas, el cerco de ceniza y un mercenario con la clavícula rota sentado contra la pared porque no tenía adónde ir.

Durgan tapó los despojos con sacos viejos antes del alba, sin miramientos, solo para poder pisar el suelo. De cinco espadas apenas bajaron dos.

Ninguno se acercó al cadáver ni pegó ojo, masticando la misma duda: cuánto de todo aquello seguiría respirando cuando saliera el sol.

XXVII. La tercera noche

No lo metieron dentro.

Se contó de dos formas y la verdadera es la fea. No lo metieron porque pesaba lo que pesa un percherón, porque entre los tres sumaban cinco manos útiles y un cabo podrido que no aguantaba ese fardo, y sobre todo porque ninguno se atrevió a bajar a la hierba a comprobar si se dejaba tocar. Yacía a treinta pasos, vencido de costado, despierto. Respiraba con un fuelle roto que se oía desde el vano y de vez en cuando despegaba el morro del suelo, miraba hacia el molino y lo dejaba caer otra vez porque no le quedaban fuerzas para sostenerlo.

Faltaban ocho horas para el alba.

Hicieron lo único posible con el cuerpo roto: meterse bajo techado y esconderse de él.

Atrancar la entrada fue un remiendo a ciegas. La hoja estaba descuartizada y descolgada del gozne alto, y la viga de pino venía partida en dos; levantaron el batiente entre los tres, lo encajaron en los mechinales y le echaron encima lo que no servía para nada: tabloncillos sueltos de la tolva, el banco de picar la muela y sacos con grano de hacía treinta años, apelmazados como plomo. Durgan hincó las dos hachas abandonadas en la era a ambos lados del quicio, con el filo hacia dentro y a la altura del pecho. Nadie preguntó para qué; se entendía sin hablar.

Metieron al peón de la clavícula rota antes de cerrar. Llevaba desde las nueve sentado en el barro sujetándose el brazo con la zurda, con los ojos clavados en el pasto sin pestañear mientras a veinte varas destripaban a su amo. Lo arrastraron de las axilas y lo sentaron contra la jamba: dejarlo fuera era degollarlo y ninguno tenía estómago para cargar con ese muerto. No dio las gracias ni abrió la boca en toda la noche; cuando Milo le arrimó un trapo con agua, bebió en silencio.

Elandra no paró de hablar.

Subió a la plataforma de la tolva, se sentó contra la piedra de cara al ventanuco y, sin mirarlo, le habló al bulto la noche entera. No para mandar: para que no se moviera. Repitió los sonidos que llevaba horas masticando, unos chasquidos vacíos para ella que soltaba como quien reza en una lengua que no entiende. La garganta se le quebró a medianoche. Siguió con un hilo áspero hasta quedarse sin aire, moviendo solo los labios, sin aflojar el compás por miedo al precio de callar.

Abajo, la mole se incorporó dos veces.

La primera pasada la una: hierba crujiendo, un resoplido y las cuatro patas clavándose en la tierra. La segunda fue hacia las cuatro: se alzó del todo, dio siete u ocho pasos torpes y enfiló la loma hacia abajo.

Esa vigilia la confesó Durgan una sola vez, borracho, ante un capellán de su clan, y no volvió a mentarla sobrio.

La esperaba desde medianoche. Había subido dos veces a la aspillera a mirar no a la bestia, sino el racimo de tejados oscuros media legua ladera abajo, con más de cien vecinos durmiendo tras el cerrojo sin sospechar nada. Echó la cuenta de un enano sin herramientas: no le quedaba una oración, la muñeca rota no cerraba, tenía un agujero de moharra en el muslo y un mazo de guerra.

Se sentó con los otros dos y soltó lo que tocaba si el animal bajaba hacia las casas:

—Tú saltas por el ventanuco y corres al pueblo —le dijo a Milo—. No a pedir ayuda: a sacar a la gente a la calle. Revienta puertas y grita fuego, que al fuego acuden todos. —Miró a Elandra—: Tú le hablas hasta vaciarte. En cuanto notes que no frena, al río monte a través y no mires atrás. Yo salgo a la trocha y le corto el paso.

—Durgan —frenó ella.

—No para tumbarla. Para compraros tiempo.

Calló la palabra clave. No la soltó esa noche ni treinta años después: matarlo. Matar a un viejo que se había colgado de una viga tres noches al mes durante treinta años para que nadie tuviera que pronunciarla.

Se plantó junto a la mampostería con el mazo en la diestra y esperó a que se acabaran los ocho pasos.

Se acabaron. Sonó el costillar contra la pendiente, la hierba triturada y el estertor de fuelle de nuevo. No hubo noveno paso.

Pasaron el resto de la noche en vela, cada uno en su esquina, oyendo jadear a la mole y rezando para que no se levantara.

Amaneció a las seis y diez, y lo que quedó en el pasto fue un anciano muriéndose.

Lo metieron entre los tres sin esfuerzo. Lo que la víspera no habrían movido ni con una yunta lo alzaron a pulso un clérigo tullido, una elfa sin voz y un halfling reventado: pesaba menos que uno solo de los sacos podridos apilados en la puerta. Lo llevaron entre los tres y lo tumbaron sobre sus propios arañazos, bajo la argolla de la viga.

El mercenario herido se arrastró hacia el vano en cuanto abrieron y se quedó allí sentado, de cara al sol, sin moverse en todo el día.

El tajo del flanco supuraba. El tiro del costado derecho llevaba dos días cerrado en falso y tenía los bordes negros. La pierna no venía rota, venía triturada en un ángulo que revolvía las tripas. Y encima pesaban dos noches seguidas mudando la piel mientras se desangraba por dentro.

A Durgan no le quedaba magia para una llaga. Lo intentó de rodillas con la frente en el lodo y nadie respondió arriba; se levantó sin dar explicaciones y arrimó un caldero a la lumbre.

Bregaron a mano con lo que había: agua hervida, trapos rotos, fuego en el hogar por primera vez en décadas, un cinto seccionado para entablillar la pierna y miel que Milo mangó de unas colmenas del rastrojo. Turnos ciegos de siete a siete.

Varek cobró el sentido a mediodía, con la nuca en la falda de Elandra:

—¿Murió?

—Sí.

—Bien.

Y se fue otra vez.

Que llegara vivo al anochecer fue la única victoria, y nadie la celebró.

Faltaba una noche.

Milo lo recordó a las seis mirando el ventanuco: tres noches dura la luna, y la tercera cobra la cuenta. Sacó los grilletes del zurrón y los posó en la muela.

Seguían limpios tras el barro, el río y la loma: dos aros de plata maciza unidos por una cadena gruesa y forrados de badana fina por dentro.

—A pesar de cómo está —dijo Durgan.

—A pesar de cómo está —repitió Milo.

Se los calzaron a un hombre incapaz de alzar la cabeza del suelo, bajo la argolla donde se había encadenado media vida. Durgan pasó la maroma por el hierro, la subió al madero y le metió dos nudos ciegos:

—El cáñamo es por no quedarnos mirando. Si esto tira, la cuerda se parte en nada. Lo que manda es la plata.

Nadie mentó que ese cuero fino lo había encargado un mercader para arrear a un esclavo. Varek tenía las muñecas desolladas por el hierro basto de treinta años, y lo que le pusieron esa noche era más piadoso que lo suyo.

La vigilia fue larga y mansa. Se relevaron sin hablar: uno de pie, dos sentados en los sacos y cambio a la media hora.

Por la aspillera entraba el relente con el olor a lana quemada que tardó días en irse. En la nave solo sonaba el grano escurriéndose entre las tablas y un grillo en el rastrojo. Para no perder el juicio, repasaron nudos firmes y afilaron filos que ya cortaban, porque el estertor del viejo se iba espaciando.

A las siete y media, la pausa entre respiraciones era más honda que a las siete. A las ocho y media se alargó más. A las nueve se contaba por latidos.

Milo se sentó en el fango de espaldas al anciano y se puso a contar tejas del tejado en un susurro: ciento cuarenta y dos. Las contó cuatro veces seguidas.

La luna coronó el bosque a las nueve y media, diez minutos más tarde que la víspera. Al molino tardó en llegar: entre el sesgo de la aspillera y las nubes bajas del Varga, la luz blanca no tocó el piso hasta las diez menos veinte.

Cayó cruzada sobre la tierra, justo en el semicírculo, y le dio en el pecho.

Se pusieron en pie de golpe.

No pasó nada.

Pasó un minuto y pasaron cinco. Durgan con el mazo arriba y el brazo malo colgando; Elandra arrodillada con los labios a medio abrir; Milo subido a la tolva. Inmóviles mientras la claridad avanzaba por el barro.

No hubo muda.

A los diez minutos, Elandra bajó los ojos y vio al anciano con la vista fija en las vigas, el ceño liso y la boca apenas entreabierta sin rictus de dolor. Llevaba un rato así: hacía muchos minutos que no quedaba nada que escuchar.

Se había ido cuando la luna montó sobre las ramas, con la plata forrada en las muñecas y el brillo blanco en la camisa.

No murió de viejo, aunque en el pueblo juraran lo contrario a la mañana siguiente. Murió del hachazo en el flanco, del tiro gangrenado, de la pierna rota bajo la aduana y de dos noches mudando en fiera con el cuerpo deshecho. Murió la noche en que le tocaba morir a la bestia.

Se quedaron quietos en mitad de la nave. Elandra le bajó los párpados. Durgan le soltó los aros de plata con su única mano sana y los dejó sobre la muela, con una prisa sorda por apartarle el metal de la carne.

Milo rompió el silencio con la voz rota de un tipo menudo a las diez de la noche:

—¿Y ahora cómo se lo decimos a Miren?

Nadie contestó.

Amaneció sobre la loma con la misma luz cenicienta. Afuera seguía tendido el hombre que había remontado el río para pagar por una presa que ya no existía; le vaciaron los bolsillos a media

mañana por puro trámite: una bolsa pesada y una nota con cuatro líneas sobre un vado, cuatro leguas río abajo, y un esquife esperando al anochecer.

De la recompensa de Aldovera no volvió a acordarse ninguno. Ni esa mañana, ni al día siguiente, ni nunca.

Epílogo

A Miren se le dijo todo. El mismo día, de pie en la trastienda de La Cepa Mocha y con la puerta entornada; a Elandra le pareció que aquella mujer ya había tenido bastantes noches de verdades a medias. Se le refirió la carta, la torre, la barca, la cuesta y el molino. Se le explicó que su abuelo había pasado treinta años subiendo solo esa loma tres noches al mes para que en la aldea nadie tuviera que enterarse de nada, y que lo había conseguido. Y se le confesó que los tres que tenía delante lo habían sacado de allí.

Se le contó también lo del final, lo único que se podía entregar sin abrir herida: que no llegó a mudar la piel. Que la tercera noche la luna le tocó el pecho y no pasó nada, porque se había ido un rato antes sin que nadie lo advirtiera; y que al mirarle la cara, no parecía asustado.

Lo habían discutido de bajada por el sendero, porque dicho a la ligera suena a consuelo de velatorio y ninguno quería que sonara a limosna. Resolvieron decírselo despacio, con la hora puesta y sin adornos. Lo dijo Elandra; lo dijo dos veces, la segunda más pausada.

Miren escuchó las dos vueltas. Al terminar, solo preguntó si su abuelo había estado solo. Se le juró que no, y era rigurosamente cierto. Se guardó esa respuesta para siempre y la repitió en su casa cada vez que algún borracho fabulaba sobre el Viejo Varek: que se fue la noche en que le tocaba ser fiera y no lo fue, y que murió tranquilo y acompañado. Los tres bajaron la cuesta dudando de cien decisiones; de esa no dudaron.

Al viejo lo enterraron tras la iglesia, con media aldea presente y el herrero llorando en primera fila. En la losa se grabó el nombre y una edad que estaba mal: la que declaró al llegar al pueblo y la que repitió desde antes de que naciera la madre de Miren. El cura la cantó, el pueblo asintió y nadie chistó; un tabernero viejo no le rinde cuentas a nadie de sus inviernos. Elandra calló desde la tercera fila, Durgan bajó la vista y Milo se guardó la lengua. Lo habían visto

desnudo a la luz de una aspillera tres noches seguidas: las muñecas y los huesos sobrepasaban los setenta años con holgura.

Quien miente treinta años sobre las noches de luna miente también sobre los números menudos, por pura inercia. Los grilletos de plata, que valían más que el mesón y la bodega juntos, no se vendieron: Milo los arrojó al Varga desde el puente una tarde de otoño, sin avisar a nadie, y desanduvo el camino despacio.

De la recompensa cobraron la mitad; porfiar con los notables gasta más que cavar zanjas. Con el resto se pagó el entierro, se compraron dos vacas para Miren y sobró un pico que le dejaron sobre el mostrador la madrugada de la partida, sin despedidas.

La bolsa del hombre de la barca no la tocaron en cuatro días; luego sí, porque no eran santos y el camino de vuelta se hace largo con las tripas vacías. Fue al vaciarla sobre una piedra del camino cuando Elandra miró el montón rácano de monedas y luego a Milo, que andaba con la vista baja repasando el cuero de sus botas. No alzó la voz ni le hizo falta:

—«Un golpe limpio», decías en la taberna. «Medio cofre y vuelta antes de la siega».

Milo no replicó. Se limitó a apartar tres monedas con el índice, con ese gesto hosco del tahúr al que le enseñan una baraja marcada que él mismo creía dominar.

—Os dije en que esta cuenta no salía —remató la elfa, dándole la espalda sin esperar respuesta—. Y ya ves el saldo: una torre en el fondo del río, Halvar criando malvas y nosotros comiendo polvo por tres perras gordas.

* * *

Del papel con las señas del vado no hicieron nada: nadie bajó a mirar.

De Kessa Ravel no volvió a haber noticia. Ni ese otoño ni nunca.

El montón de piedras junto al embarcadero llevaba tres días inmóvil.

Nadie miraba hacia allí. Los peones de la barca habían tirado río abajo en cuanto vieron que no cobraban, las garzas volvieron a los juncos y el relente asentó el polvo blanco. Al tercer día un derrumbe a la orilla del agua deja de parecer una desgracia reciente: asoman ortigas entre las grietas, una lagartija se solea en el sillar partido y no queda un alma en leguas a la redonda.

Una mano se abrió paso entre los cascotes.

Asomó por un hueco de dos palmos, entre la raíz del caracol y un bloque volcado; despacio, a tientas, blanca de cal y pringada de sangre seca. Palpó el borde de la piedra, cerró los dedos y empujó hacia arriba.

Luego salió la cabeza.

La bóveda de la despensa había aguantado. Aguantó como llevaban aguantando los arcos doscientos años, trabando las dovelas a medida que el peso les caía encima; y lo que cayó por el tiro de la escalera bajó tres varas y no cuarenta, cobrándose dos costillas y no la espina dorsal. Tres días a oscuras lamiendo humedad en la cara de un sillar, con un brazo inútil y abriéndose paso con la única mano buena, apartando piedras del tamaño de una cabeza una a una.

Halvar se sentó en la cresta del escombros con las piernas colgando hacia el río, blanco de yeso y tragándose el aire de la mañana como si fuera aguardiente. Miró el hueco donde antes había tres plantas de aduana y el sendero por el que sus compañeros se habían largado sin meter una mala pala.

Se pasó la lengua por el labio roto.

Y lo primero que soltó, en mitad del río y gateando fuera de su propia fosa, fue la lista exacta de agravios que pensaba cobrarles en cuanto les pusiera la zarpa encima.

Se la recitó al Varga en voz alta, sin ahorrarse un insulto; y le llevó un rato largo vaciarla, porque había tenido tres días enteros para poner la cuenta a punto.